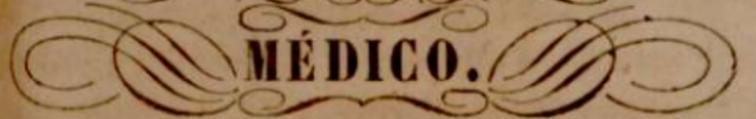






**MEMORIAS**

DE UN



**MÉDICO.**

MEMORIAS

MEDICINA

# MEMORIAS DE UN MÉDICO,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

por

D. Joaquín de Sierra.

—••—  
**TOMO VI.**  
—••—

**SEVILLA.**

—  
Imprenta de don José M. Atienza,  
*calle de las Serpes núm. 5.*

**1847.**





## **JOSÉ BÁLSAMO.**

### **CAPÍTULO XXII.**

#### **Las Señas.**

Aquella noche tan larga y fértil en acontecimientos, que hemos recorrido como la nube de los dioses mitológicos, desde San Dionisio á la Muette, de la Muette á la calle de Coq-Heron, de la calle de Coq-Heron á la de Platriere y desde esta á la de San Claudio, la habia empleado Mme. Dubarry en discurrir el medio de atraer y amoldar el ánimo y la voluntad

del rey á sus miras de política nueva, insistiendo, sobre todo, en el peligro que habria en dejar á los Choiseul ganar terreno en el ánimo de la delfina.

Luis XV habia contestado encojiéndose de hombros, que Maria Antonieta era una niña y Mr. de Choiseul un ministro viejo y que por consiguiente no habia peligro, supuesto que la una no sabia intrigar ni el otro divertir.

Satisfecho de esta aguda respuesta, no quiso llevar adelante sus esplicaciones.

No sucedió lo mismo á Mme. Dubarry, pues habia creído observar en el rey cierta distraccion.

Luis XV era voluble. Su mayor gusto consistia en dar celos á sus queridas, evitando sin embargo que estos se convirtieran en disgustos ó riñas demasiado prolongados.

Mme. Dubarry era celosa, en primer lugar por amor propio y en segundo por temor. Le habia costado muchos sinsabores conquistar su posicion, y esta era demasiado elevada para que se atreviese, como Mme. de Pompadour, á to-

lerar otras queridas al rey, y aun buscárselas cuando Su Majestad se mostraba cansado y lleno de tedio, lo que como es sabido, le sucedia frecuentemente.

Siendo, pues, celosa, como hemos dicho, Mme. Dubarry trató de conocer á fondo las causas de la distraccion del rey, quien contestó estas palabras memorables:

—Me ocupo mucho de la felicidad de mi nuera, y no sé en verdad si el delfin le dará esa felicidad.

—Por qué no?

—Porque me ha parecido que Mr. Luis ha mirado en Compiègne, en S. Dionisio, y en la Muette mucho mas á las demas mujeres que á la suya.

—De veras, Señor? Si Vuestra Majestad mismo no me dijese semejante cosa, no la creeria: sin embargo, Mme. la delfina es muy hermosa.

—Es un poco flaca.

—Es tan jóven!...

—Bah! mirad la señorita de Taverney: tiene la edad de la archiduquesa.

—Y qué?

—Que es una beldad perfecta.

Un rayo brilló en los ojos de la condesa y el rey que advirtió su aturdimiento:

—Pero vos misma, querida condesa, continuó vivamente, vos que hablais, estoy seguro de que á los diez y seis años estábais tan gruesa como los pastores de nuestro amigo Boucher.

Esta lijera adulacion arregló un poco el estado de las cosas; sin embargo, el golpe se habia dado.

Asi pues, Mme. Dubarry tomando la ofensiva con interesante desden:

—Ola! exclamó: conque es tan linda esa señorita de Taverney?

—Lo sé yo por ventura? dijo Luis XV.

—Cómo! la elojiais y decís que no sabeis si es bonita?

—Sé que no es falsa, y nada mas.

—Luego la habeis visto y examinado?

—Ah! querida condesa, tratais de sorprenderme, eh? Bien sabeis que soy corto de vista. Lllaman mi atencion las cosas en globo, pero no reparo en los detalles. En Mme. la delfina he visto huesos, y es lo que puedo deciros.

—Y en la señorita de Taverney habéis visto cosas en globo, como decís; porque Mme. la delfina es una beldad distinguida, y la señorita de Taverney es una beldad vulgar.

—Vamos, pues! dijo el rey: por esa cuenta, Juana, no sereis una beldad distinguida? Creo que os burlais.

—Bueno, un cumplimiento, dijo en voz baja la condesa; pero desgraciadamente este cumplimiento sirve de capa á otro que no se dirige á mí. Y luego en voz alta: pardiez, añadió, me alegraría que Mme. la delfina escojiese damas de honor á quienes se pudiera mirar con gusto las caras; porque es terrible ver una corte compuesta de viejas.

—A quién decís eso, querida amiga? Ayer mismo se lo manifesté yo al delfin; pero á ese marido todo le es indiferente.

—Y no seria malo que para comenzar tomase á esa señorita de Taverney. Qué os parece?

—Creo que la tomarán, respondió Luis XV.

—Ah! sabeis eso, señor?

—A lo menos me parece que así lo he oído decir.

—Es una jóven sin fortuna.

—Sí, pero de buena casa; de esos Taverney Casa-Roja, antiguos y leales servidores.

—Quién los protege?

—No sé; pero creo que no tienen fortuna como vos decís.

—Entonces no será Mr. de Choiseul, porque disfrutarian infinidad de pensiones.

—Condesa, condesa, os suplico que no hablemos de política.

—Es hablar de política, decir que los Choiseul os arruinan?

—Ciertamente, dijo el rey levantándose.

Una hora despues Su Majestad habia vuelto al gran Trianon, alegre y satisfecho de haber inspirado celos, pero diciendo á media voz, como hubiese hecho Mr. de Richelieu á los treinta años:

—En verdad que empalagan las mujeres celosas.

Tan luego como se retiró el rey, se le-

vantó á su vez Mme. Dubarry y pasó á su gabinete donde la esperaba Chon, impaciente por saber noticias.

—Parece, dijo, que has alcanzado en estos últimos dias un gran triunfo, pues has sido presentada antes de ayer á la del-fina y admitida ayer á su mesa.

—Sí, valiente cosa!

—Cómo! valiente cosa! Sabes tú que á estas horas hay cien carruajes que corren al encuentro de tu sonrisa matutina por el camino de Luciennes?

—Lo siento.

—Por qué?

—Porque es tiempo perdido; ni coches ni jentes obtendrán hoy mi sonrisa.

—Oh! oh! condesa, el tiempo está tempestuoso?

—Si, pardiez! mi chocolate, pronto, mi chocolate.

Chon llamó y acudió Zamora.

—Mi chocolate, dijo la condesa.

Zamora partió lentamente contando sus pasos, y dándose la importancia de un personaje.

—Este picaro quiere matarme de ham-

bre, gritó la condesa; cien azotes si no corres.

—Yo no correr, porque yo ser gobernador, observó majestuosamente Zamora.

—Ah! tú gobernador! dijo la condesa cojiendo un latiguillo con puño de plata destinado á mantener la paz entre sus perros y gatos: ah! tú gobernador! aguarda, aguarda, yo te haré ver lo que eres.

Al ver Zamora el látigo, echó á correr ajitando todas las campanillas y lanzando grandes gritos.

—Estais feroz hoy, Juana, dijo Chon.

—Tengo razon para estarlo, no es verdad?

—Oh! si, decis bien, pero os dejo, querida mia.

—Porqué?

—Temo que me devoreis.

Tres golpes sonaron en la puerta del gabinete.

—Bueno: quién llama ahora? dijo la condesa con impaciencia.

—No dejará de ser bien recibido, murmuró Chon.

—Vale mas que yo sea mal recibido,

dijo Juan, empujando la puerta con un desembarazo réjio.

—Y bien, qué sucederia si fuéseis mal recibido? porque al fin seria posible.

—Sucederia, dijo Juan, que no volveria á poner aquí los pies.

—Y qué?

—Que habriais perdido mas quo yo, en recibirme mal!

—Impertinente!

—Bueno, soy impertinente porque no adulo. Qué es lo que tienes hoy, querida Chon?

—No lo sé, pero no quiere hablar; está insociable. Ah! aquí está el chocolate.

—Pues bien no le hablemos.—Buenos dias, chocolate, dijo Juan cojiendo la bandeja que fué á llevar á un rincon y puso sobre una mesita, delante de la cual se sentó.

—Ven, Chon, dijo, ven, los que son demasiado orgullosos no tomarán chocolate.

—Ola! estais hoy muy graciosos, dijo la condesa viendo á Chon que indicaba por señas á Juan que podia desayunarse

solo; os haceis los susceptibles y no veis que sufro.

—Pero qué es lo que tienes? preguntó Chon acercándose.

—No, exclamó la condesa, no hay uno de ellos que piense en lo que me ocupo.

—Pero qué cosa os ocupa, decid?

Juan desentendiéndose siguió impávido untando sus tostadas de manteca.

—Te hace falta dinero? preguntó Chon.

—Oh! en cuanto á eso, dijo la condesa, antes le faltaria al rey.

—Entonces, préstame mil luises, dijo Juan; los necesito.

—Mil papirotazos en vuestra gorda y colorada nariz.

—Conque decididamente el rey proteje á ese abominable Choiseul? preguntó Chon.

—Buena noticia: ya sabéis que no pueden caer en desgracia.

—Conque esta enamorado de la del-fina?

—Ah! os aproximais, magnifico! pero

mirad ese ganso que se atraca de chocolate, y que no mueve ni el dedo meñique para acudir en mi auxilio. Oh! esos dos seres me matarán de pesar.

Sin cuidarse Juan de la tempestad que rujía á su espalda, abrió otro panecillo, lo untó de manteca y se puso á tomar otra jicara de chocolate.

—Cómo! exclamó Chon, el rey está enamorado?

Mme. Dubarry hizo una seña con la cabeza que queria decir: habeis acertado.

—Y de la delfina! continuó Chon juntando las manos. Pues bien, me alegro, pues supongo que no será incestuoso, y debéis estar tranquila: mas vale que se enamore de esa que de otra cualquiera.

—Y si no estuviese enamorado de esa sino de otra?

—Bueno! exclamó Chon poniéndose pálida. Oh Dios mio! Dios mio! qué me dices?

—Bien! Ponte mala ahora, pues es lo único que nos falta.

—Ah! si eso es asi, murmuró Chon, estamos perdidos; y tu lo consientes, Juana? pero de quién está enamorado?

—Preguntalo á tu hermano; él te lo dirá porque lo sabe, ó por lo menos lo sospecha.

Juan levantó la cabeza.

—Me hablan? dijo.

—Si, señor diligente, si, señor utilísimo, contestó Juana, se os pregunta el nombre de la persona que ocupa al rey.

Juan se llenó herméticamente la boca, y haciendo un gran esfuerzo pronunció estas cuatro palabras:

—La señorita de Taverney!

—La señorita de Taverney! exclamó Chon. Ah! misericordia!

—Lo sabe el verdugo, dijo la condesa recostándose sobre el respaldo de su sillón y levantando los brazos al cielo, lo sabe y come.

—Oh! exclamó Chon abandonando visiblemente el partido de su hermano para pasarse al campo de su hermana.

—No sé en verdad, exclamó la condesa, por qué no le arranco esos ojos, hinchados todavía del sueño perezoso. Ahora se levanta, querida mia, ahora se levanta.

—Os engañais, dijo Juan, yo no me he acostado.

—Pues qué habeis hecho entonces, gorrón?

—Pardiez, dijo Juan, no he cesado de andar en toda la noche y en toda la mañana.

—Cuando yo lo decia.... oh! quién me servirá mejor de lo que me sirven? quién me dirá qué se ha hecho esa joven? donde está?

—Dónde está? preguntó Juan.

—Si.

—En Paris!

—En Paris?... pero en qué sitio de Paris?

—En la calle de Coq-Heron.

—Quién os lo ha dicho?

—Su cochero, á quien esperaba yo en las caballerizas y le he preguntado.

—Y qué os ha dicho?

—Que acaba de conducir todos los Taverney á una casa de la calle de Coq-Heron, situada en un jardin y contigua á la casa d' Armenonville.

—Ah! Juan! Juan! exclamó la condesa:

hé ahí lo que me reconcilia con vos; pero convendrá saber estos detalles. Cómo vive? qué hace? recibe cartas? Importa averiguar todo esto.

—Pues bien, se sabrá.

—Y cómo?

—Cómo, hé? Yo he hecho mis indagaciones: haced ahora las vuestras.

—Calle de Coq-Heron? dijo vivamente Chon.

—Así es, respondió Juan con la mayor calma.

—Pues bien, en esa calle debe haber cuartos que se alquilan.

—Oh! excelente idea, exclamó la condesa. Es menester ir ahora mismo á la calle de Coq-Heron, Juan, y alquilar una casa. Allí se ocultará una persona; esta persona verá entrar, verá salir, verá maniobrar: pronto, pronto, al coche, y vamos á la calle de Coq-Heron.

—Es inútil: no hay cuartos desalquilados en ella.

—Y cómo sabeis eso?

—Toma! porque me he informado; pero los hay....

—Donde? veamos.

—En la calle Platriere.

—Qué calle es esa?

—Una cuyas accesorias dan á la de Coq-Heron.

—Pues bien, pronto, pronto, dijo la condesa, alquilemos un cuarto en la calle Platriere.

—Está alquilado, dijo Juan.

—Hombre admirable! exclamó la condesa. Abrazame, Juan, abrazame.

Este se limpió la boca, abrazó á Mme. Dubarry, y le hizo una ceremoniosa reverencia en señal de agradecimiento por el honor que acababa de recibir.

—Esto es magnifico! dijo Juan.

—Supongo que no os habran conocido?

—Quién diablos quereis que me conozca en la calle Platriere?

—Y habeis alquilado?...

—Un cuarto en una casa muy oscura.

—Os habrán preguntado para quién?

—Sin duda.

—Y qué habeis contestado?

—Que para una jóven viuda.

—Eres tú viuda, Chon?

—Bah! dijo Chon.

—Perfectamente, continuó la condesa; Chon será la que se instale en la habitación; Chon será la que espíe y vijile, pero es necesario no perder tiempo.

—Quiero, pues, marchar ahora mismo, dijo Chon. Los caballos, los caballos!

—Los caballos! gritó Mme. Dubarry llamando.

Juan y la condesa sabían á qué atenerse respecto de las relaciones amorosas que suponían entre el rey y Andrea.

Solo al presentarse, esta jóven habia despertado la atención del rey; luego Andrea era peligrosa.

—Esa muchacha, dijo la condesa mientras enganchaban el tiro al coche, no sería verdadera provinciana, si desde su palomar no hubiese traído á París algún amante tímido: descubramos quién és, y pronto un casamiento. Nada enfriará al rey como un casamiento entre amantes de provincia.

—Diablo! todo lo contrario, dijo Juan para Su Majestad cristianísima y vos, condesa, lo sabeis mejor que nadie, es un

plato apetitoso una muchacha casada; pero una jóven que tuviese amante, desagradaria á Su Majestad.

—El coche está dispuesto, dijo.

Chon se lanzó fuera de la habitacion, despues de haber apretado la mano de Juan y abrazado á su hermana.

—Por qué no la conducís vos, Juan? dijo la condesa.

—No por cierto, yo iré solo por otro camino, respondió este. Espérame en la calle Platriere, Chon. Yo seré la primera visita que recibas en tu nueva habitacion.

Partió la jóven, y Juan volvió á sentarse á la mesa para tomar la tercera jicara de chocolate.

Chon trató, en primer lugar de afectar todo el aire provinciano que pudiese, á cuyo efecto habia mudado de traje y se habia cubierto sus espaldas aristocráticas con una manteleta de seda negra: media hora despues subia con Silvia una altísima escalera que conducia al cuarto piso, en el cual se hallaba la habitacion alquilada por el vizconde.

Cuando llegó al tramo del segundo

—No señor, contestó Jilberto, pues es el de la filosofía, solo que no estoy acostumbrado á oírle en boca de personas de vuestra clase.

—Dices bien: sin embargo es el de toda nuestra jeneracion. El mismo principe profesa estos principios. Vamos, no seas orgulloso conmigo: mas tarde me devolverás lo que ahora te preste. Quien sabe si llegarás á ser algun dia un Colbert ó un Vauban.

—Ó un Tronchin, añadió Jilberto.

—Por supuesto. Ea, aqui está mi bolsillo: partamos.

—Muchas gracias, dijo el indómito joven, conmovido, aunque sin querer confesarlo, de la admirable llaneza de Felipe; muchas gracias, nada me hace falta: pero.... pero estad seguro que os agradezco la proposicion aun mas que si la aceptara.

Esto diciendo, saludó al capitan que le miraba estupefacto, y corrió á confundirse entre la muchedumbre.

El hijo del baron permaneció inmóvil algunos segundos, cual si no pu-

diera dar crédito á lo que habia oido y visto; mas viendo que Jilberto no volvia, montó otra vez á caballo y marchó á colocarse en su puesto.

## CAPÍTULO XI.

### **La Maleficiada.**

Todo este estruendo de carruajes, repique de campanas y redobles de tambores; toda esta majestad, reflejo de las majestades del mundo, ya perdido para Mme. Luisa, se deslizó por su alma y se estinguió como una débil ola, al pie de los muros de su celda.

Luego que el rey partió, despues de haber intentado inútilmente volver á su hija al mundo, como padre y como soberano, es decir, con una sonrisa á la que sucedieron súplicas que parecian órdenes: luego que Maria Antonieta, que á primera vista comprendió toda la grandeza de alma de su augusta tia, desapareció con su multitud de cortesanos; la superiora de las Carmelitas, mandó quitar las

vizconde Juan, que habia subido las escaleras de cuatro en cuatro escalones como escribiente de procurador, apareció en el umbral de la habitacion de la supuesta viuda:

—Qué hay? preguntó.

—Ah! eres tú, Juan? me has asustado.

—Qué dices de esto?

—Digo que estaré admirablemente aqui para verlo todo; pero por desgracia no podré tambien oír.

—Eres muy exigente. A propósito: otra noticia.

—Cuál?

—Maravillosa.

—Bah!

—Incomparable.

—Este hombre es capaz de asesinar con sus exclamaciones.

—El filósofo....

—Y bien, qué! el filósofo?

—Por mas que digan....

—El sabio está preparado á todo evento.

—Yo soy muy sabio; pues bien, no estaba preparado á esto.

—Os suplico que acabeis. Os estorba esta muchacha? En ese caso pasad al cuarto inmediato, Silvia.

—Oh! no, todo lo contrario: quédate, Silvia, quédate.

El vizconde acarició con el dedo la barba de la muchacha, cuyo ceño se fruncía ya, con la idea de que se iba á decir una cosa que ella no oiría.

—Que se quede en horabuena; pero hablad.

—No hago otra cosa desde que estoy aquí.

—Para no decir nada, callaos entonces y dejadme mirar: mejor será esto.

—Calmaos. Pasaba, pues, como digo, por delante de la fuente....

—Precisamente no deciais una palabra de esto.

—Bueno: me interrumpís?

—No.

—Pasaba, pues, por delante de la fuente, y ajustaba algunos muebles viejos para esta fea habitacion, cuando de repente siento que el agua salpica mis medias.

—Qué interesante es todo eso!

—Esperad: sois demasiado ejecutiva, amiga mía; miro... y veo... adivinais qué?

—No, proseguid.

—Veo á un caballero obstruyendo con un pedazo de pan el caño de la fuente, y produciendo, gracias al obstáculo que oponia al agua, aquella extravasacion y aquel surtidor.

—Es interesante lo que me contais, dijo Chon encojiéndose de hombros.

—Esperad; al sentirme salpicado eché mil maldiciones; el hombre del pan mojado se vuelve y veo....

—A quién veis?

—A mi filósofo, ó mas bien á nuestro filósofo.

—Quién, Jilberto?

—En persona, con la cabeza descubierta, la casaca desabrochada, las medias arrugadas, y los zapatos sin hebillas; en fin, en un elegante *negligé*.

—Jilberto... y qué te dijo?

—Le reconozco, me reconoce; me adelanto, retrocede; alargo el brazo, abre las

piernas y corre como una liebre entre los cochés y los aguadores.

—Y lo habeis perdido de vista?

—Ya lo creo: no habia de ponerme a correr tambien.

—Verdad es, Dios mio! era imposible: comprendo; pero lo habeis perdido de vista.

—Qué desgracia! exclamó Silvia.

—Si por cierto, dijo Juan, le debo una buena racion de zurras, y si le hubiera echado la mano al cuello, os juro que no hubiera perdido nada por esperar; pero sin duda adivinó mi buena intencion y puso pies en polvorosa. No importa, está en París, que es lo esencial; y en París por poco amigo que sea uno del subdelegado de policia, se encuentra todo lo que se busca.

—Será preciso....

—Y cuando lo tengamos en nuestro poder le haremos ayunar.

—Se le encerrará, dijo Silvia; solo que esta vez será preciso escojer un sitio seguro.

—Y Silvia le llevará á ese sitio se-

guro, su pan y su agua; no es verdad Silvia? dijo el vizconde.

—Hermano mio, no nos riamos, dijo Chon: ese muchacho presenció el lance de los caballos de posta y si tuviese motivos para querernos mal, podria hacernos daño.

—Por eso al subir tu escalera, replicó Juan, he pensado en ir á ver á Mr. de Sartines y contarle mi hallazgo. Él me contestará que un hombre sin sombrero, con las medias casi caidas, los zapatos en chancas, y que moja su pan en la fuente, debe habitar muy cerca del sitio donde se le encuentra de esta manera perjeñado, y entonces se comprometerá á buscárnoslo.

—Qué puede hacer aqui Jilberto sin dinero?

—Desempeñar algunas comisiones.

—Él! un filósofo de una especie tan salvaje! Bah! bah!

—Habrá encontrado, dijo Silvia, alguna beata vieja, parienta suya, que le dará los mendrugos de pan, demasiado duros para su perro.

—Basta, basta; guardad la ropa blanca en ese armario viejo, Silvia, y vos, hermano mio, á nuestro observatorio.

Aproximáronse en efecto, á la ventana con grandes precauciones.

Andrea dejó su bordado, estendió negligentemente sus piernas sobre un sillón, despues alargó la mano para cojer un libro colocado sobre una silla que estaba á su lado, lo abrió y comenzó una lectura que los espectadores juzgaron ser de las mas interesantes, porque la jóven permaneció inmóvil desde el momento que principió.

—Oh! qué estudiosa es! dijo Chon: qué leerá?

—Primer mueble indispensable, añadió el vizconde sacando de su bolsillo un antejo que alargó y flechó á Andrea, apoyándolo para tomar bien la punteria en el ángulo de la ventana.

Chon le miraba con impaciencia.

—Y bien, sepamos: es verdaderamente linda esa criatura? preguntó al vizconde.

—Admirable! es una muchacha perfecta; qué brazos! qué manos! qué ojos!

qué labios, capaces de tentar al mismo S. Antonio! los pies, oh! los pies divinos! el tovillo.... qué tovillo debajo de aquella media de seda!

—¿A que te vas á enamorar de ella? dijo Chon: no nos faltaba mas que eso.

—Y bien: qué mal habria en ello, principalmente si ella me queria? esto tranquilizaria algo á nuestra pobre condesa.

—Veamos: dame ese anteojo, y deja por un momento tu charla, si es posible... si, verdaderamente es linda esa jóven, y es imposible que no tenga un amante.... no lee, mirad.... el libro se le vá á caer de las manos.... se desliza.... miradle, miradle como se le cae.... cuando yo os decia.... Juan no lee, medita.

—¿O duerme.

—Con los ojos abiertos? hermosos ojos á fé mia!

—En todo caso, dijo Juan, si tiene un amante, le veremos bien desde aqui.

—Si viene de dia, porque si es de noche....

—Diablo! no he calculado eso, y sin

embargo es la primera cosa en que debia haber pensado.... esto prueba hasta que punto soy inocente.

—Sí, inocente como un procurador.

—Bueno! estoy prevenido, inventaré cualquier cosa.

—Pero qué buen anteojo es este! observó Chon: leeré casi en el libro.

—Leed, y decidme el título: acaso pueda adivinar algo de este modo.

Chon avanzó con curiosidad; pero retrocedió con mas prontitud que habia avanzado. Qué es eso? preguntó el vizconde

—Mirad con precaucion, hermano mio, contestó Chon cojiéndole del brazo, mirad quien se asoma á aquella ventana de la izquierda. Cuidado no os vea.

—Oh! oh! esclamó sordamente Dubarry, el que me ha mojado las medias. Dios me perdone!

—Se vá á echar abajo.

—No tal; se agarra del alero del tejado.

—Pero qué mira con aquellos ojos ardientes y aquella enbriaguez salvaje?

—Acecha.

—Ah! ah! ya sé, exclamó el vizconde dándose una palmada en la frente.

—Qué?

—Está acechando á nuestra hermosa dama.

—La señorita de Taverney?

—Sí, la misma. Ahí teneis el amante del palomar; ella viene á París y él corre tras ella. Ella se hospeda en la calle de Coq-Heron, y él se escapa de nuestro poder para venir á habitar en la calle Platriere; él la mira y ella medita.

—Es verdad, dijo Chon: mirad aquellos ojos, aquella fijeza, aquel fuego livido: está perdidamente enamorado.

—Hermana mia, dijo Juan, no nos cansemos en acechar á la enamorada; el amante hará el gasto. Ahora dejadme pasar, é iré á ver á Mr. Sartines. Pero cuidado no os vea el filósofo, pues ya sabreis si levanta pronto el campo.

## CAPÍTULO XXIV.

**Plan de campaña.**

Mr. de Sartines habia vuelto á su casa á las tres y media de la madrugada, muy cansado pero muy satisfecho de la fiesta que habia improvisado al rey y á Mme. Dubarry.

Reanimado por la llegada de Mme. la delfina, el entusiasmo popular habia saludado á Su Majestad con muchos gritos de: viva el rey! muy disminuidos de volúmen desde aquella famosa enfermedad de Metz, durante la cual se habia visto toda la Francia en las iglesias ó en peregrinacion para pedir por la salud del jóven monarca, llamado en aquella época Luis XV el muy amado.

Por otro lado, Mme. Dubarry, que no dejaba de ser insultada en público por algunas aclamaciones de un jénero particular, habia obtenido una favorable acogida contra lo que ella misma esperaba, por parte de muchas filas de espectadores; de suerte que, satisfecho el rey

dirigió una leve sonrisa á Mr. de Sartines, y este estaba seguro de un buen agradecimiento.

En este supuesto creyó poder levantarse á las doce del dia, cosa que no le habia sucedido hacia ya mucho tiempo, y habia aprovechado al levantarse aquella especie de vacacion que él mismo se concedia, para probarse una ó dos docenas de pelucas nuevas, escuchando al mismo tiempo los partes de aquella noche, cuando al encasquetarse la décima sexta peluca, y al llegar á la tercera parte de la lectura, se anunció al vizconde Juan Dubarry.

—Bueno, dijo para sí Mr. de Sartines, hé aquí mi recompensa. Quién sabe? las mujeres son tan caprichosas! Haced entrar al señor vizconde en el salon.

Juan, fatigado ya de su madrugada se sentó en un sillón, y el subdelegado de policia, que no tardó en presentársele, pudo convencerse de que la conferencia no tendria nada de desagradable.

En efecto, Juan parecia hallarse muy contento.

Los dos hombres se apretaron la mano,

—Y bien, vizconde, preguntó Mr. de Sartines, qué os trae tan temprano á mi casa?

—En primer lugar, contestó Juan, habituado ante todas cosas á lisonjear el amor propio de las personas de quienes necesitaba obtener algun servicio, vengo á cumplimentaros por la acertada direccion de vuestra fiesta de ayer.

—Ah! gracias! Pero es oficialmente?

—Oficialmente, en cuanto a Luciennes.

—Es todo lo que necesito. No es allí donde sale el sol?

—Y donde tambien se pone algunas veces.

Y Dubarry soltó esa carcajada grosera y estrepitosa que daba á su persona la natural honradez que frecuentemente necesitaba.

—Pero ademas de los cumplimientos que tengo que tributaros, vengo tambien á pedir os un servicio.

—Dos, si puedo hacerlos.

—Oh! ante todo, decidme: cuando se pierde una cosa en Paris. hay esperanzas

de hallarla?

—Si no vale nada ó vale mucho, sí.

—Lo que busco no vale gran cosa,  
dijo Juan meneando la cabeza.

—Qué buscais?

—Un muchacho de diez y ocho años  
poco mas ó menos.

Mr. de Sartines alargó la mano hacia  
un papel, cojió un lápiz y escribió:

—Diez y ocho años. Cómo se llama?

—Jilberto.

—Qué hace?

—Supongo que lo menos que puede.

—De dónde viene?

—De la Lorena.

—Dónde estaba?

—Al servicio de los Taverney.

—Lo han traído consigo?

—Nò; mi hermana Chon lo recojió en  
el camino muerto de hambre; lo hizo subir  
á su coche, lo llevó á Luciennes, y allí...

—Y bien, qué hizo allí?

—Temo que el bribon abusó de la  
hospitalidad.

—Ha robado?

—No digo eso.

—Pero en fin...

—Digo que huyó de una manera extraña.

—Y ahora quereis verle?

—Sí.

—Teneis alguna idea del sitio donde puede estar?

—Le he visto hoy en la fuente que forma el ángulo de la calle Platriere, y me parece que vive en la misma calle: aun creo que podria designar la casa.

—Pues si conoceis la casa, nada es mas fácil que cojerlo. Qué destino quereis darle cuando se halle en vuestro poder? Se le encerrará en Charenton ó en Bicetre?

—No, nada de eso.

—Bien, lo que querais: no os incomodeis.

—Ese muchacho agrada á mi hermana, y quisiera tenerlo á su lado, porque es muy vivo. Ahora bien; si con dulzura pudiéramos atraerlo, seria mejor.

—Se intentará ese medio. No habeis hecho ninguna pregunta en la calle Platriere para indagar en qué casa se halla?

—Ninguna: ya comprendereis que no he querido hacerme notable ni averiguar su posicion; pues si me hubiera visto habria escapado, como si el diablo lo llevára; y si hubiera sabido que yo conocia su retiro, tal vez lo hubiera abandonado.

—Es verdad. Decis que en la calle Platriere? al fin, al medio, ó al principio de la calle?

—Sobre poco mas ó menos á la tercera parte de ella.

—Bien, descuidad; voy á enviar un hombre diestro.

—Ah! querido subdelegado, un hombre diestro, por mucho que lo sea, hablará siempre algo.

—No; entre nosotros nadie habla.

—El muchacho es fino como el ámbar.

—Ah! comprendo: dispensad si no he caído antes en la cuenta; quisiérais que yo mismo... es verdad, teneis razon.... será mejor.... porque hay en esto dificultades que no sospechais.

Aunque Juan estaba persuadido de que el majistrado trataba de dar mérito

a sus servicios, no quiso quitar nada á la importancia de su papel, y añadió:

—Precisamente á causa de esas dificultades que presentais, deseo que vayais en persona.

Mr. de Sartines llamó á su ayuda de cámara.

—Que pongan el coche, dijo.

—Yo traigo uno, dijo Juan.

—Gracias: prefiero el mio porque no tiene armas y participa de un justo medio entre el fiacre y la carretela. Es un carruaje que se pinta todos los meses, y que por esta razon dificilmente es conocido. Ahora mientras enganchan permitid que me asegure si mis pelucas nuevas me sientan bien.

—Haced lo que gustéis, dijo Juan.

Mr. de Sartines llamó á su peluquero que trajo una verdadera coleccion de pelucas: las habia de todas formas, de todos colores y de todas dimensiones: pelucas de golillas, pelucas de abogado, pelucas de asentista y pelucas de cortesano. Mr. de Sartines para hacer sus indagaciones mudaba de traje tres ó cuatro veces al

dia, y tenia sumo cuidado en la exactitud del vestido.

Cuando el majistrado se probaba su vijésima cuarta peluca, vinieron á avisarle que estaba preparado el coche.

—Conocereis bien la casa? preguntó á Juan Mr. de Sartines.

—Pardiez! la veo desde aquí.

—Habeis examinado la entrada?

—Es la primera cosa en que he pensado.

—Y cómo es esa entrada?

—Hay una alameda.

—Decís que hay una alameda y que la casa estará hácia la tercera parte de la calle?

—Sí, con puerta de secreto.

—Con puerta de secreto! diablo! sabeis el piso que ocupa vuestro fujitivo?

—En las buhardillas. Pero ya estamos cerca; veo la fuente.

—Al paso, cochero, dijo el subdelegado.

El cochero moderó su carrera y Mr. de Sartines echó los cristales.

—Mirad, dijo Juan, es esa casa sucia.

—Ah! justamente, exclamó Mr. de Sartines dando una palmada; hé ahí lo que yo temia.

—Cómo! temeis alguna cosa?

—Sin duda.

—Pues qué temeis?

—Qué fatalidad!

—Ésplicaos.

—Esa casa sucia que habita vuestro fujitivo, es precisamente la de Mr. Rousseau, de Jinebra.

—Rousseau el escritor?

—Sí.

—Y qué os importa?

—Cómo! qué me importa? Ah! bien se conoce que no sois subdelegado de policia, y que no teneis que habéros las con filósofos.

—Bah! Jilberto en casa de Mr. de Rousseau! qué probabilidad hay para eso?

—Nó habeis dicho que vuestro jóven era filósofo?

—Sí.

—Pues bien: Dios los cria y ellos se juntan.

—En fin, supongamos que esté en

casa de Mr. Rousseau.

—Sí, supongamos eso.

—Qué resultaría?

—Que no le cojereis, pardiez!

—Por qué?

—Porque Mr. Rousseau es muy temible.

—Por qué no lo encerrais en la Bastilla?

—Lo propuse el otro día al rey, pero no se ha atrevido.

—Cómo! no se ha atrevido?

—No: ha querido dejarme la responsabilidad de esta prision, y en verdad, yo no he sido mas valiente.

—De veras?

—Como os lo digo, se mira uno mucho antes de tocar al pelo á esos señores filósofos; diablo! un raptó en casa de Mr. Rousseau! no á fé mia, amigo mio.

—En verdad, querido majistrado, os encuentro estrañamente tímido; el rey no es rey, y vos el subdelegado de policia?

—Teneis un modo de discurrir muy particular los que lo vivís en medio del laberinto de los negocios. Cuando decís

«el rey no es el rey?» creéis haberlo dicho todo. Pues bien, escuchadme querido vizconde: mejor quisiera apoderarme de vuestra persona, en casa de Mme. Dubarry que sacar á vuestro Jilberto de la de Mr. Rousseau.

—De veras! gracias por la preferencia.

—Si por cierto! se gritaria menos; pues no sabeis hasta qué punto es sensible la epidermis de esos letrados; á la menor desolladura, chillan como si los enrodáran.

—Pero no nos forjemos fantasmas. Se sabe de positivo que Mr. Rousseau ha-  
va recojido á nuestro fujitivo? Esta casa de cuatro pisos le pertenece y la habita solo?

—Mr. Rousseau no posee un óbolo, y por consiguiente no tiene casa en París; tal vez vivan con él quince ó mas inquilinos en esta barraca. Pero tomad esto por regla de conducta; siempre que se presenta una desgracia con alguna probabilidad, contad con ella; si es una felicidad, no la espereis, debiendo tener presente que hay noventa y nueve pro-

babilidades para el mal, y una sola para el bien. Pero aguardad: como sospechaba lo que nos sucede, he tomado notas.

—Qué notas?

—Mis notas sobre Mr. Rousseau. Creéis que dá un paso sin que se sepa dónde vá?

—Pero de veras es peligroso?

—No, pero es revoltoso; semejante loco puede romperse á cada momento un brazo ó una pierna y se diria que nosotros éramos causa de aquellos accidentes.

—Eh! mandad que de una vez le aprieten el pezcuezo.

—Dios nos libre de semejante atentado!

—Permitid os diga que no alcanzo á comprender vuestra repugnancia.

—Me explicaré: el pueblo le apedrea de vez en cuando, pero se reserva ese derecho como propio suyo, y si el buen jinebrino recibiese la menor ofensa de nuestra parte, á nosotros, dirijiria entonces sus tiros.

—Bien!.... dispensadme; yo ignoraba esas ceremonias.

—Usaremos, pues, de las mas minucio-

as precauciones. Por ahora nos limitaremos á usar de la única probabilidad que nos resta: la de que no esté en la casa de Mr. Rousseau. Ocultaos en el interior del carruaje.

Obedeció Juan, y Mr. de Sartines mandó al cochero que se internase algunos pasos más en la calle. Abrió despues su cartera, y sacando de ella algunos papeles:

—Adelante, dijo, si vuestro jóven está con Mr. Rousseau. Desde qué dia está aqui?

—Desde el 46.

—17. Han visto á Mr. Rousseau herborizar en los bosques de Meudon: estaba solo.

—Estaba solo!

—Prosigamos. A las dos de la tarde del mismo dia, herborizaba tambien acompañado de un jóven.

—Ah! exclamó Juan.

—De un jóven, repitió Mr. de Sartines: lo ois?

—Si por Cristo, ese es.

—De miserable apariencia.

—Cierto.

—Ambos arrancan plantas que encier-  
ran en una caja de hoja de lata.

—Cáspita! exclamó Dubarry.

—No es esto todo. Escuchad; por la  
tarde se lleva al jóven; á media noche este  
no ha salido de su casa.

—Bien.

—18. El jóven no ha salido, y pare-  
ce haberse instalado en la casa de Mr.  
Rousseau.

—Todavía me resta alguna esperanza.

—Decididamente sois optimistas, no  
importa, participádmela.

—Que tenga algun pariente en la casa.

—Éstá visto, es preciso satisfaceros, ó  
mas bien, quitaros toda esperanza.

—Alto, cochero.

Apeóse el subdelegado, y no habia da-  
do diez pasos, cuando encontró un hombre  
vestido de color oscuro, y de una aparien-  
cia bastante equívoca, quien al ver al ilus-  
tre majistrado se quitó el sombrero vol-  
viéndoselo inmediatamente á poner, sin dar  
mas importancia al saludo, aunque el res-  
peto y la fidelidad hubiesen brillado en su  
mirada.

Mr. de Sartines hizo una seña, el desconocido se aproximó, y despues de recibir algunas instrucciones, desapareció por la alameda.

El subdelegado subió de nuevo al carruaje, y cinco minutos despues volvió á presentarse el desconocido y se aproximó a la portezuela.

—Volveré la cabeza á la derecha para no ser visto, dijo el vizconde.

Sonrióse el subdelegado, y despidió á su agente tan luego como recibió la confidencia.

—Qué hay? preguntó Dubarry.

—Qué hay! ya sospechaba yo que teniamos malas probabilidades: vuestro filósofo está hospedado en casa de Rousseau. Creedme, renunciad á cojerle.

—Que renuncie!

—Sin duda. No creo que querais sublevar contra nosotros por un capricho, todos los filósofos de Paris. Es verdad?

—Oh! Dios mio! Qué dirá mi hermana Juana!

—Conque tanto quiere á Jilberto? interrumpió el subdelegado.

—Sí, mucho.

—Pues entonces pensad en medios mas suaves: usad de política, halagad á Mr. Rousseau, y en lugar de arrebatár á Jilberto por fuerza, él mismo nos lo entregará voluntariamente.

—Bah! tanto vale ocuparnos en amansar un oso.

—Tal vez sea menos difícil de lo que pensais. Ea, no hay que desesperar: á él le gustan las caras bonitas; la de la condesa es de las mas lindas, y la de la señorita Chon no es desagradable tampoco. Decidme: será capaz la condesa de hacer algun sacrificio por ese capricho?

—Hará ciento.

—Consentirá en enamorarse de Rousseau?

—Si fuese absolutamente indispensable.....

—Puede ser utilísimo; pero necesitamos un agente intermedio que aproxime estos dos personajes. Sabeis de alguno que conozca á Rousseau?

—Mr. Conti.

—No me gusta: desconfia de los prin-

ripes, conviene echar mano de un hombre de poca nota, de un sábio, un poeta.

—A ninguno conozco.

—No he encontrado en casa de la condesa á Mr. de Jussieu?

—El botánico?

—Sin duda.

—Ah! creo que sí. Viene á Trianon, y mi hermana le permite que destroce las plantas del jardin.

—He ahí lo que necesitamos: Jussieu es mi demas amigo mio.

—Entonces somos felices.

—O poco menos.

—Conque lograré apoderarme de Gilberto?

Despues de algunos instantes de reflexion, el subdelegado contestó:

—Comienzo á creer que sí, y sin violencia, sin gritos. El filósofo jinebrino os entregará atado de pies y manos.

—Lo esperais así?

—Estoy seguro.

—Qué debo hacer por mi parte?

—Una cosa muy insignificante. No os dirigis hacia la parte de Meudon ó de Mar-

¿ly algun terreno?

—Oh! eso no faltará.

—Pues bien, mandad construir allí cómo diré yo? una trampa para filósofos.

—Qué habeis dicho?

—Una trampa para filósofos.

—Oh! Dios mio! y cómo se construye eso?

—Yo os daré el plan, descuidad: ahora marchemos, marchemos pronto, porque nos están mirando. Cochero arrima á esta casa.

## CAPÍTULO XXV.

**Mr. de La Vauguyon, preceptor de los príncipes franceses.**

Los grandes acontecimientos de la historia, son para el novelista lo que las montañas gigantescas para el viajero. Las contempla, dá vuelta al rededor de ellas, las saluda al paso, pero no las atraviesa.

Así, pues, contemplaremos dando vuelta á su derredor y saludando esa ceremonia majestuosa é imponente de la princesa

en Versalles. El ceremonial de Francia, es la única crónica que debe consultarse en semejante ocasion.

En efecto, no es en los esplendores de Luis XV en Versalles, ni en la descripción de los suntuosos trajes de corte, de las libreas y ornamentos pontificales, donde nuestra historia, que modestamente marcha costeadando el ancho camino que traza la historia de Francia, puede hallar su interés y engrandecimiento.

Dejemos concluir la ceremonia á los rayos del sol ardiente de un hermoso dia de mayo, y á los ilustres convidados retirarse silenciosamente, alegres y comentando las maravillas del espectáculo que acababan de presenciar, y volvamos á nuestros acontecimientos y á nuestros personajes, que no dejan ciertamente de tener bastante valor histórico.

Cansado de la representacion del banquete que habia sido largo y calcado sobre el ceremonial de la comida de boda del gran delfin, hijo de Luis XIV, el monarca se retiró á su cámara á las nueve, y despidió á todo el mundo, esceptuando á Mr. de La

Vaugnyon preceptor de los príncipes de Francia.

Este duque, gran amigo de los jesuitas que esperaba atraerse, gracias al crédito de Mme. Dubarry, veia terminada parte de su tarea por el casamiento del duque de Berry.

No era esta, sin embargo, la parte mas laboriosa, pues quedábale todavia la de perfeccionar la educacion de los condes de Provenza y Artoix, que tenian á la sazón quince años el primero y trece el segundo. Aquel era taciturno é indómito, este muy revoltoso y atronado: por otra parte, ademas de las buenas cualidades que le hacian un discipulo muy apreciable, Luis Augusto era delfin, es decir, el primer personaje de Francia despues del rey. Mr. de La Vaugnyon, podia por tanto perder mucho, perdiendo sobre aquel espíritu la influencia que una mujer iba ácase á conquistar.

Al oír la invitacion del rey, Mr. de La Vaugnyon pudo abrigar la esperanza, de que Su Majestad comprendiendo aquella pérdida, queria indemnizarle por medio de alguna recompensa. Terminada una edu-

cacion es costumbre gratificar al preceptor, lo cual debió contribuir á redoblar la sensibilidad de Mr. de La Vauguyon, demasiado esquisita por naturaleza; así es, que durante la comida, no cesó de llevarse el pañuelo á los ojos, como para manifestar el sentimiento que la pérdida de su alumno le ocasionara. Concluidos los postres prorumpió en sollozos; pero al quedarse solo, comenzó a sentirse mas tranquilo.

Al llamamiento de Luis XV, sacó el pañuelo de su bolsillo, haciendo de nuevo aparecer las lágrimas en sus ojos.

—Acercaos, mi pobre La Vauguyon, dijo el monarca instalándose cómodamente en un sillón, acercaos y hablaremos un rato.

—Estoy á las órdenes de Vuestra Majestad, repuso el duque.

—Sentaos, querido mio; estareis muy cansado.

—Sentarme yo, señor!

—Si, sin ceremonia.

Y Luis XV indicó al duque un taburete colocado de tal manera, que las luces daban de lleno en el rostro del pre-

ceptor, dejando el suyo à la sombra.

—Conque habeis ya terminado la educacion? preguntó el rey.

—Si señor, repuso el duque exalando un profundo suspiro.

—Una buena educacion en verdad! continuó Luis XV.

—Vuestra Majestad es demasiado bondadoso.

—Y que os honra mucho, duque.

—Vuestra Majestad me favorece demasiado.

—Creo que Luis es uno de los príncipes sábios de Europa.

—Así lo creo yo tambien, señor.

—Buen historiador?

—Exelente.

—Jeógrafo perfecto?

—El delfin hace él solo planos, que dificilmente haria un ingeniero.

—Tornea con perfeccion?

—Ah! señor, ese honor no me pertenece, pues otro ha sido quien le ha enseñado.

—No importa: el resultado es que sabe tornear?

—De una manera prodijiosa.

—Y en relojería?... eh!... qué destreza!

—Estraordinaria, señor.

—Seis meses hace que mis relojes andan uniformes como las ruedas de un coche, siendo él solo quien tiene el cuidado de arreglarlos.

—Eso pertenece á la mecánica, señor, y debo tambien confesar, que tampoco he tenido parte en esa enseñanza.

—Si: pero matemáticas, náutica?

—Ah! señor, he ahí las ciencias que he tratado de enseñarle.

—Y habeis logrado vuestro objeto: noches pasadas le oí hablar con Mr. de Laperoise de obenques, palo mesana y bergantines.

—Términos propios de marina.... sí, señor.

—Y se esplica como un Juan Bart.

—Como es profundo en esa ciencia..

—Ya, pero á nadie sino á vos, debe esos adelantos.

—Vuestra Majestad me favorece mas de lo que merecen mis méritos, atribuyén-

dome una parte, por corta que sea, en las apreciables ventajas que el delfin ha sacado del estudio.

—La verdad, duque: espero que Luis ha de ser sin duda alguna, buen rey, buen administrador, y buen padre de familia... Qué os parece, será buen padre de familia?

—Oh! señor, repuso cándidamente el preceptor, opino que hallándose en jérmen todas las virtudes en el corazon del delfin, esta debe estar todavia oculta como las demas.

—No me comprendeis, duque, continuó Luis XV: os pregunto si será buen padre de familia.

—Confieso, señor, que no comprendo à Vuestra Majestad. En qué sentido me hace esa pregunta?

—En qué sentido, en qué sentido?..... No habeis leído la biblia?

—Sí señor, la he leído.

—Pues bien, conoceis à los patriarcas?

—Sin duda.

—Será buen patriarca?

Mr. de La Vauguyon miró con tanta admiracion al rey, como si le hubiese ha-

blado en hebreo, y dando vueltas al sombrero entre sus manos:

—Señor, contestó, un gran rey lo es todo.

—Perdonad, señor duque, insistió Luis XV: veo que no nos entendemos.

—Procuro sin embargo explicarme lo mejor que puedo, señor.

—En fin, continuó el rey, hablaré con mas claridad. Veamos, conocéis el delfin como si fuese hijo vuestro, es verdad?

—Oh! seguramente, señor.

—Sus inclinaciones?

—Sin duda, señor.

—Y sus pasiones?

—Oh! en cuanto á sus pasiones es cosa distinta, pues yo las habria radicalmente estinguido, tan luego como monseñor las hubiese tenido: mas afortunadamente no me he visto precisado á tomarme ese trabajo, porque no tienen imperio alguno en el ánimo de monseñor.

—Afortunadamente dijisteis?

—Y no es una felicidad?

—Conque no las tiene?

—No señor.

—Ni una?

—Ni una, ós lo aseguro,

—He ahí precisamente lo que yo temia. El delfin será buen rey, buen administrador, pero buen patriarca, jamás.

—Vuestra Majestad no me ha encargado que educase al delfin para el patriarcado.

—Cierto es, y confieso que he obrado mal, pero debia haber tenido presente que habria de casarse algun dia. Pero aun cuando no tenga ahora pasiones, no le condenareis enteramente?

—Cómo?

—Quiero decir que no le juzgareis incapaz de tenerlas algun dia.

—Temo señor...

—Cómo! qué temeis?

—En verdad, prosiguió el pobre duque con tono lastimero, Vuestra Majestad, me pone en un suplicio.

—Señor de La Vauguyon, exclamó el rey que comenzaba á impacientarse; os pregunto, si, con pasion ó sin ella, el duque de Berry será buen esposo. Dejo aparte la calificacion de padre de familia,

y abandono la de patriarca.

—Oh! señor, á eso precisamente es á lo que no puedo contestar á Vuestra Majestad.

—Cómo! que no podeis contestar?

—No señor, porque lo ignoro.

—Que lo ignorais! exclamó Luis XV con una admiracion que hizo oscilar la peluca sobre la cabeza de Mr. de La Vauguyon.

—Señor, el duque de Berry vivia bajo el techo de Vuestra Majestad con la inocencia propia de un niño que estudia.

—Eh! señor duque, ese niño no estudia ya, se casa.

—Yo era el preceptor de monseñor....

—Hé ahí precisamente la causa por la que debisteis haberle enseñado todo cuanto era preciso que supiese, contestó el monarca recostándose en su sillón y encojiéndose de hombros.—Me lo figuraba, añadió despues de algunos instantes lanzando un suspiro.

—Por Dios, señor!

—Sabeis la historia de Francia, señor de La Vauguyon?

—Siempre lo he creído así, y continuaré creyéndolo, á menos que Vuestra Majestad me diga lo contrario.

—Pues entonces no debéis ignorar lo que me sucedió la víspera de mi boda.

—Lo ignoro, señor.

—Oh Dios mio! entonces nada sabéis.

—Si V. M. se dignase manifestarme ese punto que me es desconocido?...

—Escuchad, duque, y que os sirva de lección para los otros dos condes.

—Escucho, señor.

—Yo también había sido educado según el método que habéis practicado con el delfín, y bajo el techo de mi abuelo. Mi preceptor, Mr. de Villeroy era un hombre de bien como vos. Ojalá me hubiese permitido con más frecuencia la sociedad de mi tío el rejente! Pero no, la inocencia del estudio, como vos mismo habéis dicho, me hizo descuidar el estudio de la inocencia. Me casé sin embargo, señor duque, y el matrimonio de un rey, es cosa muy formal en el mundo.

—Oh, señor! ya principio á comprender.

—Me alegro. Prosigo, pues, mi relación. El cardenal examinó mis disposiciones para el patriarcado: estas eran completamente nulas, y mi candor hacia temer que el trono de Francia recayese en la línea femenina. Pero por fortuna el cardenal consultó á Mr. de Richelieu sobre este asunto tan delicado, y como este último estaba muy instruido en semejante materia, ocurriósele una idea luminosa. Conociendo á una señorita llamada Lemoure, ó Lemoure, (no recuerdo bien el nombre,) que hacia cuadros admirables, le encargó una serie de escenas.... comprendéis?

—No señor.

—Cómo me explicaria yo?... escenas campestres....

—Semejantes á las de los cuadros de Teniers?

—No, mejores: primitivas.

—Primitivas!...

—Naturales. Creo haber por fin hallado el término: entendéis ahora?

—Cómo! exclamó Mr. de La Vauguon ruborizado: osaron presentar á Vues-

tra Majestad!

—Quién dice que me presentaron, duque?

—Pero para que Vuestra Majestad pudiese ver....

—Bastaba con que Mi Majestad mirára.

—Y bien!

—Miré.

—Y?...

—Y como el hombre es esencialmente imitador.... imité.

—En verdad, señor, el medio es ingenioso, escelente, aunque peligroso para un jóven.

Miró el monarca al duque de La Vauguyon con una sonrisa que pudiera llamarse cínica, á no haberse deslizado en los labios de Luis XV.

—Dejemos por hoy el peligro, y volvamos á lo que os resta que hacer.

—Oh!

—Lo sabeis?

—No señor, y Vuestra Majestad me haria señalada merced en manifestármelo.

—Bien, pues escuchadme: ireis á buscar al delfin que está recibiendo los últi-

mos cumplimientos de los caballeros invitados, mientras la princesa se despidió de las damas.

—Si señor.

—Tomareis despues una palmatoria, y llamando á parte al dellin.....

—Bien, señor.

—Indicareis á *vuestro discípulo*, y el rey pronunció con afectacion estas dos palabras, indicareis á vuestro discípulo que su cámara está situada al fin del corredor nuevo.

—Del cual nadie tiene la llave.

—Porque la guardaba yo, previendo lo que hoy sucede: aqui la teneis.

El preceptor la tomó temblando.

—Quiero deciros, señor duque, continuó el monarca, que esa galeria contiene unos veinte cuadros que he mandado colocar en ella....

—Ah! señor, si, si.

—Si, señor duque, abrazareis vuestro discípulo, le abrireis la puerta del corredor, le pondreis la palmatoria en la mano, y despues de darle las buenas noches, le direis que debe emplear veinte minu-

tos en llegar á la puerta de su cámara, minuto por cuadro.

—Ah! señor, comprendo

—Mucho me alegro: buenas noches, señor de La Vauguyon.

Y la puerta se cerró detras del ayo.

Tiró entonces Luis XV de su campanilla particular, á cuyo llamamiento se presentó Lebel.

—Mi café, dijo el rey: á propósito Lebel!

—Señor.

—Despues de traerme el café, seguirás á Mr. de La Vauguyon que ha salido para cumplir ciertos deberes cerca del delfin.

—Voy señor.

—Pero espera que te informe de lo que has de hacer.

—Cierto es, señor; mi celo en obedecer á Vuestra Majestad es tal....

—Muy bien: seguirás pues á Mr. de La Vauguyon.

—Si señor.

—Está tan turbado y triste, que temo se enternezca delante del delfin.

—Y si así sucede, qué debo hacer, señor?

—Venir á decírmelo.

El ayuda de cámara salió después de haber dejado el café junto al rey, que comenzó á saborearlo lentamente.

Un cuarto de hora después, Lebel volvió á presentarse.

—Qué hay? preguntó Luis XV.

—Mr. de La Vauguyon ha ido hasta el corredor nuevo, llevando á monseñor del brazo.

—Bien, y qué más?

—Lejos de estar tan triste como Vuestra Majestad esperaba, le encontré por el contrario con los ojos muy avispados.

—Bien, continúa.

—Sacó una llave del bolsillo, que entregó á monseñor, el cual abrió la puerta, y entró en el corredor.

—Y luego?

—El señor duque dió la palmatoria que llevaba á monseñor, diciéndole en voz baja, pero no tanto que no pudiese yo dejar de oírle:

—«Monseñor, la cámara nupcial está

al fin de esta galería, cuya llave acabo de entregaros. Su Majestad desea que tardeis veinte minutos en llegar á ella.»

—Cómo! exclamó el príncipe, veinte minutos cuando apenas necesito veinte segundos!

—Monseñor, replicó Mr. de La Vauguyon; aqui concluye mi autoridad, y solo me resta daros un consejo: mirad detenidamente las paredes á derecha é izquierda de esta galería, y aseguro á Vuestra Alteza que encontrará en qué emplear esos veinte minutos.

—Y no mal.

Hizo entonces Mr. de La Vauguyon un gran saludo, acompañado de miradas tan ardientes, que parecían querer penetrar en el corredor, y se retiró dejando á monseñor en la puerta.

—Supongo que el príncipe entraria?

—Mirad, señor, mirad la luz en la galería. Un cuarto de hora hace ya cuando menos que pasea.

—Ea, ea, ya desaparece, dijo Luis XV despues de estar algunos instantes asomado á las vidrieras. Veinte minutos me

dieron á mi tambien; pero recuerdo que antes de cinco ya estaba en la alcoba de mi mujer. Ay! tambien dirán del delfin lo que se dijo del segundo Racine:

«¡Digno nieto de su abuelo!»

## CAPÍTULO XXVI.

### **La noche de bodas del delfin.**

Luis Augusto abrió la puerta de la cámara nupcial, ó mas bien de la estancia que la precedia.

La archiduquesa, vestida con un largo peinador blanco, esperaba en el dorado lecho, hundido apenas por el leve peso de su cuerpo débil y delicado. Pero, cósá estraña! si hubiese sido posible leer al traves de la nube de tristeza que cubria su frente, se hubiera reconocido, en lugar de la dulce esperanza de la desposada, el terror de la doncella amenazada por uno de esos peligros que las naturalezas nerviosas alcanzan á prever, y sufren á veces con mas valor que los han presentido.

Mme. de Noailles, ocupaba un asiento

junto á la cama.

Las demas camaristas aguardaban á un extremo de la real cámara, la menor señal de la dama de honor para retirarse.

Esta, fiel á la etiqueta, esperaba impaciente la llegada del delfin.

Mas como si todas las leyes de la etiqueta y del ceremonial, hubiesen debido ceder en esta ocasion á la malignidad de las circunstancias, resultó que las personas destinadas á introducir al jóven príncipe en la cámara nupcial, ignorando que Su Alteza, segun las disposiciones de Luis XV, debia llegar por el corredor nuevo, esperaban en otra antecámara.

La que acababa de visitar el delfin estaba vacia, y la puerta que daba á la cámara lijeramente entreabierta, resultando que podia ver y oir lo que pasaba en aquella estancia.

Detúvose algunos instantes mirando á hurtadillas y escuchando furtivamente, y oyó pura y armoniosa aunque algo trémula, la voz de Maria Antonieta que preguntaba:

—Por dónde entrará el delfin?

—Por esta puerta, señora, contestó la duquesa de Noailles indicando la opuesta á la que ocultaba al príncipe.

—Pero qué se oye por esa ventana? añadió la delfina: diríase que es el ruido del mar.

—Es el rumor de los innumerables espectadores, que se pasean á la luz de la iluminacion esperando los fuegos artificiales.

—La iluminacion! exclamó con triste sonrisa Maria Antonieta: no estará de mas esta noche, el cielo está tan oscuro!... lo habeis visto, señora?

En este instante el príncipe, cansado ya de esperar, empujó dulcemente la puerta preguntando si podia entrar.

Mme. de Noailles lanzó un grito, por no haber desde luego conocido al delfin.

La archiduquesa cojió el brazo de Mme. de Noailles, sobrecojida por las sucesivas emociones que habia experimentado, mientras se hallaba ajitada por ese estado nervioso en que jeneralmente todo nos sobresalta.

—Soy yo, señora, dijo el delfin; no os

asusteis.

—Pero por qué entrais por esa puerta?

—Porque, repuso Luis XV asomando tambien su cabeza cínica por la puerta entornada, porque Mr. de La Vauguyon, como verdadero jesuita, sabe latin, matemáticas y jeografía; pero ignora lo demas.

Al oír tan inopinadamente al rey, la delfina se deslizó de la cama y se puso de piés, envuelta en su gran peinador que la ocultaba tan herméticamente como la túnica de una matrona romana.

—Cómo se conoce que es flaca! murmuró Luis XV. Lleve el diablo á Mr. de Choiseul, que entre tantas archiduquesas fué á escojer precisamente esta.

—Vuestra Majestad, dijo Mme. de Noailles, podrá observar que en la parte que me concierne, se ha observado estrictamente la etiqueta, á la cual solo se ha faltado por monseñor el delfin.

—Tomo á mi cargo la infraccion, contestó el rey, y es muy justo, pues por mi causa se ha cometido: mas como las circunstancias eran graves, espero, querida condesa, me dispensareis.

—No comprendo lo que Vuestra Magestad quiere dar á entender.

—Nos iremos juntos, duquesa, y os lo explicaré. Ahora, dejemos á estos jóvenes que se acuesten.

Maria Antonieta se alejó un paso de la cama, y se apoderó del brazo de Mme. de Noailles con mas terror acaso que la vez primera.

—Oh! por piedad, señora, exclamó; moriría de vergüenza....

—Señor, dijo la duquesa: Mme. la delina os suplica la dejeis acostarse como una simple señora particular.

—Cómo! cómo! Y vos solicitais eso? vos tan estricta observadora de las leyes de la etiqueta?

—No ignoro, señor, que es contrario al ceremonial de Francia; pero mirad á la archiduquesa....

En efecto, Maria Antonieta, de pié, pálida, y sosteniéndose contra el respaldo de un sillón, hubiera parecido la estatua del Espanto, á no haberse oido el lijero castañeteo de sus dientes, acompañado del sudor frio que inundaba su rostro.

—Oh! no pretendo violentar á la del-  
fina hasta ese extremo, repuso Luis XV,  
príncipe tan opuesto al ceremonial, como  
decidido sectario habia sido Luis XIV.  
Retirémonos, duquesa: ademas, como hay  
cerraduras en las puertas, será mucho  
mejor....

El delfin se ruborizó al oír estas últi-  
mas palabras de su abuelo, mas la prin-  
cesa no las comprendió aunque pudo tam-  
bien oirlas.

Abrazó Luis XV á su nuera, y salió en  
compañía de la duquesa de Noailles, rién-  
dose de aquel modo burlon que le era pe-  
culiar, y que causa tanta tristeza á los que  
no participan de la alegría del que se ríe.

Los demas espectadores salieron por  
la puerta contraria y los dos jóvenes que-  
daron solos.

Un silencio profundo reinó durante al-  
gunos instantes.

En fin, Luis Augusto se acercó á la  
princesa: su agitado corazon latia precipi-  
tadamente, y sintió agolpársele al pecho, y  
á las sienes, la fogosa sangre de la juven-  
tud y del amor.

Ademas, tímido y torpe por naturaleza, el jóven príncipe se estremecía solo al pensar que su abuelo podria estar oculto tras la puerta, y que su cínica mirada penetraba hasta la alcoba nupcial.

—Señora, dijo por último acercándose a la archiduquesa, os sentís mala? Estais tan pálida, y me parece que temblais...

—No trataré de ocultaros, repuso aquella, que experimento una ajitacion extraña: preciso es que haya en el cielo alguna tempestad terrible, y que ejerce sobre mí grande influencia.

—Conque creéis que estamos amenazados de algun huracan? preguntó el delfín.

—Oh! sin duda, así os lo aseguro: todo mi cuerpo tiembla, mirad.

En efecto, todo el cuerpo de la pobre archiduquesa parecia estremecerse bajo sacudimientos eléctricos.

En aquel instante, como para justificar sus previsiones, una ráfaga de viento impetuoso, parecido á esos soplos poderosos que arrollan unas olas sobre otras, arrastrando al parecer las montañas, y semejante al primer rujido de la tempestad que

avanza, llenó el palacio de tumulto, de ayes y de crujidos horrosos é intensos.

Las hojas arrancadas de sus ramas que caian tronchadas de los árboles, las estatuas arrojadas al pié de sus pedestales, un inmenso y prolongado grito de cien mil espectadores esparcidos por los jardines, y el lúgubre clamor que resonaba en las galerias y corredores del castillo, produjeron en aquel momento, la mas salvaje y tétrica armonía, que jamás vibrára en oídos humanos.

Un ruido siniestro sucedió al clamor: eran los vidrios que, rotos en mil pedazos, caian sobre las gradas de mármol y sobre las cornisas, ocasionando un sonido seco y volaban despues rechinando por el espacio.

El viento habia tambien arrancado de cuajo una de las persianas mal cerradas, que habia ido á chocar contra la pared, como el ala jigantesca de un pájaro nocturno.

Apagáronse las luces, anonadadas por una ráfaga de viento, en todas las habitaciones del castillo, donde las ventanas habian quedado abiertas.

Aproximóse el príncipe á la ventana para cerrar sin duda las persianas; mas se detuvo al oír á la archiduquesa que esclamaba:

—Ay! señor, señor, por piedad; si abris esa ventana, se apagarán nuestras bujías, y moriré de miedo.

Distinguiáanse al traves de la cortina que el delfin acababa de descorrer, las copas de los árboles sombríos del parque, agitadas y torcidas, como si el brazo poderoso de algun gigante invisible, sacudiera sus troncos en medio de las tinieblas.

Apagáronse todas las iluminaciones, y entonces pudieron verse en el cielo lejones de espesos y negros nubarrones que rodaban arremolinados como escuadrones lanzados á la carga.

El príncipe permaneció trémulo y de pié con la mano apoyada en la falleba de la ventana, mientras su jóven esposa cayó sobre una silla lanzando un doloroso suspiro.

—Teneis mucho miedo, señora? preguntó Luis Augusto.

—Ay! sí; pero vuestra presencia me tranquiliza sin embargo algun tanto: Dios

mio! qué tempestad! qué tempestad! todas las iluminaciones se han apagado.

—En efecto, repuso el delfin, el viento sopla de sud-sudoeste y es el que anuncia los mas fuertes huracanes. Si continua, no se de qué modo se dispararán los fuegos artificiales.

—Y por qué se han de disparar? Quién quereis que esté en los jardines con semejante tiempo?

—Ah! señora, no conoceis á los franceses: los fuegos artificiales son para ellos indispensables, y los de esta noche eran extraordinarios: el ingeniero me ha enseñado el plan. Oh! mirad, mirad como no me equivocaba; ya disparan los primeros cohetes.

En efecto, brillantes como largas sierpes de fuego, los cohetes de anuncio se lanzaron hácia el cielo; pero al mismo tiempo, como si la tempestad hubiese tomado estos disparos por un desafio, un solo relámpago, pero que parecia hender el cielo, serpenteó entre las piezas de artificio, mezclando su fuego azulado á la llama rojiza de los cohetes.

—Me parece una impiedad, observó la archiduquesa, que el hombre se ponga á luchar así con Dios.

Aquellos cohetes de anuncio precedieron solo algunos segundos á la explosion jeneral; pues el ingeniero, conociendo que era preciso abreviar la funcion, dió fuego á las primeras piezas, que fueron saludadas por la multitud con un inmenso clamor de alegría.

Mas como si en efecto, el fuego, la tierra y el cielo, hubiesen de luchar entre sí, y como si el hombre segun dijera la archiduquesa hubiera cometido una impiedad contra su Dios, la tempestad irritada confundió con su estruendo terrible el clamor popular, y abriéndose á una vez todas las cataratas del cielo, torrentes de lluvia se precipitaron de las nubes.

El agua apagó los fuegos artificiales, con la misma prontitud que antes el viento habia apagado las luminarias.

—Ay! qué desgracia! exclamó el del fin: se ha frustrado la funcion.

—Pero señor, no se frustra todo desde

mi entrada en Francia?

—Qué decís, señora?

—Habeis visto á Versailles?

—Sin duda, señora, no os agrada?

—Me agradaría ciertamente mas, si en el dia estuviese como lo dejó vuestro ilustre abuelo Luis XIV. Pero en qué estado lo hemos visto! por todas partes luto y ruina. Oh! sí, sin duda, esta tempestad concuerda perfectamente con la fiesta que en obsequio mio se hace. No os parece conveniente que venga un huracan á disfrazar á nuestro pueblo las miserias de este palacio? No será favorable y bienvenida la noche que oculte esas alamedas llena de yerbas silvestres, esos grupos de tritones cenagosos, esos estanques sin agua y esas estatuas mutiladas? Oh! si, si; brama viento del sud, ruje tormenta: amontonaos nubes espesas y ocultad á la vista de todos los hombres el extraño recibimiento que hace la Francia á una hija de los Césares, el dia que enlaza su mano con la de su rey futuro.

El príncipe, visiblemente turbado por no saber qué contestar á aquellas recon-

venciones, ni á aquella melancolia exaltada, tan opuesta á su carácter, lanzó á su vez un profundo suspiro.

—Os aflijo, continuó Maria Antonieta; sin embargo no creais que me espreso así por orgullo. Oh! no, ciertamente, pues ni siquiera me han mostrado todavia ese Trianon tan risueño, majestuoso y floreciente, cuyos bosques destroza sin compasion la tormenta, y cuyas transparentes aguas enturbia. Me hubiera agradado tanto su murmullo encantador! Pero las ruinas me horrorizan, repugnan á mi juventud, y sin embargo, cuántas va á causar todavía este espantoso huracan!

Una nueva borrasca, mas terrible aun que la primera, conmovió en este instante las paredes del edificio, y la princesa levantándose aterrada exclamó:

—Oh! Dios mio! decidme que no hay peligro, decidmelo aunque lo haya.... me muero de miedo!

—Tranquilizaos, señora. La construcción de Versalles es plana, y no puede atraer el rayo. Si cayese sería probablemente sobre la capilla que tiene techo gua-

do, ó sobre el castillo que presenta asperzas. Ya sabreis que los puntos elevados atraen el flúido eléctrico, y que los cuerpos planos, por el contrario, lo rechazan.

—Nó, no lo sé, no lo sé.

Luis cojió la mano de la archiduquesa que encontró trémula y helada.

Pero en el mismo instante un relámpago inundó la estancia con su luz livida y violada, y Maria Antonieta rechazó al príncipe arrojando un terrible grito.

—Pero, señora, que teneis?

—Ay! contestó aquella, os he visto al resplandor de ese relámpago, pálido, desencajado, sangriento. He creído ver un fantasma.

—Es el reflejo del fuego asufrado, observó el príncipe, y puedo esplicaros...

Un espantoso trueno, cuyos ecos se prolongaron jimiendo y que llegado al punto fulminante comenzó á perderse á lo lejos, interrumpió la esplicacion científica que el delfin trataba de dar tranquilamente á su rejia esposa.

—Vamos señora, continuó despues de



un momento de silencio, animaos: dejad al vulgo esos temores: la agitacion física es una de las condiciones de la naturaleza. No debemos estrañar esta agitacion mas que la calma, pues una y otra se suceden naturalmente. Ademas señora, esto no es mas que una tormenta, uno de esos fenómenos mas naturales y frecuentes de la creacion. No sé por qué os asustais tanto.

—Oh! aislada, acaso no me turbaria; pero una tempestad el dia mismo de nuestras bodas ¿no os parece un terrible presajio, unido á los que me persiguen desde mi entrada en Francia?

—Cómo! señora, interrumpió Luis, acometido á pesar suyo de un terror supersticioso: presajios habeis dicho?

—Sí, sí, horribles, sangrientos!

—Esplicaos, señora: todos me atribuyen un carácter frio y prudente: acaso tenga la dicha de combatir y destruir esos presajios que os atemorizan.

—La primera noche que pasé en Francia, fué en Strasburgo, donde me instalaron en una gran alcoba y encendieron can-

delabros. A la luz de sus bujías, noté una pared empapada en sangre. Tuve sin embargo valor para aproximarme á examinar aquellas tintas rojas con mas atencion, y vi que estaban estampadas en unas colgaduras que representaban el degüello de los inocentes. Por todas partes aparecian escenas de desesperacion, de luto y de muerte; por todas partes veia esgrimir y brillar la espada ó el hacha, y creí realmente oír los gritos lastimeros de las madres y los roncocos suspiros de agonía, lanzados confusamente de aquella pared profética, que á fuerza de contemplarla me parecia viva. Oh! helada de espanto no pude dormir durante aquella noche.... Pero vos mismo, decidme: no fué este un triste presajio?

—Para una mujer de la antigüedad, tal vez, pero no para una princesa de vuestro siglo.

—Este siglo, señor, está tan preñado de desgracias, como ese cielo que se inflama sobre nuestras cabezas lo está de azufre, de fuego y de desolacion. Así me lo ha asegurado mi madre, y he ahí la causa por qué tengo tanto miedo, y por qué todo

presajio me parece un aviso

—Ningun peligro, señora, puede amenazar el trono á que subimos: nosotros los reyes, vivimos en una rejion superior á las tempestades. El rayo está á nuestros pies, y cuando cae sobre la tierra, nosotros mismos somos quien lo lanzamos.

—Ay! no es eso lo que me han pronosticado.

—Pues que és, señora?

—Una cosa horrible, espantosa.

—Os han pronosticado?

—O por mejor decir me han hecho ver.

—Ver!

—Si, he visto, sabedlo, y aquella imájen ha quedado grabada en mi alma tan profundamente, que no pasa dia sin que me estremezca al recordarla, ni noche sin que la vea en sueños.

—Y no podeis decirme lo que habeis visto?.... Os han exijido el silencio?

—No, nada me han exijido.

—Entonces, hablad, señora.

—Es imposible describirlo. Era una máquina elevada como un cadalso, á la

cual se adaptaban al parecer dos largueros de una escala. Entre estos largueros se deslizaban un cuchillo, un machete y una hacha. Yo contemplaba todo esto, y cosa estraña! veia tambien mi cabeza debajo del cuchillo, que deslizándose algunos instantes despues entre ambos largueros, separó de mi cuerpo la cabeza que cayó rodando al suelo.

—Pura alucinacion, interrumpió el delfin: conozco todos los instrumentos destinados á quitar la vida, y el que habeis manifestado no existe: por lo tanto debeis tranquilizaros.

—Ay! exclamó María Antonieta, no puedo desechar este odioso pensamiento apesar de mis esfuerzos por conseguirlo.

—Ya lo conseguireis, repuso Luis Augusto aproximándose á su esposa: teneis á vuestro lado desde este momento, un amigo afectuoso y un protector decidido.

—Ay! exclamó segunda vez la delfina cerrando los ojos y dejándose caer con languidez sobre su sillón.

El príncipe volvió á acercarse á ella, y pocos instantes despues sintió María Anto-

nieta en su mejilla el aliento de su marido.

En este momento se entreabrió la puerta que habia dado entrada al delfin, y una mirada curiosa atravesó la penumbra de aquella vasta estancia, apenas alumbrada por dos bujias colocadas sobre candeleros de plata.

Era la de Luis XV; y ya abria la boca para formular sin duda en voz baja algunas palabras que alentasen á su nieta, cuando resonó en el palacio un estruendo imposible de describir, acompañado esta vez del relámpago que habia siempre precedido las anteriores detonaciones. En el mismo instante una columna de fuego blanquecino se precipitó delante de la ventana, haciendo estallar todos los vidrios y destruyendo una estatua situada debajo del balcón: y despues de un terrible estampido, volvió á remontarse al cielo desvaneciéndose repentinamente como un meteoro.

Apágaronse las dos bujias á impulso de aquella bocanada de aire que coló en la cámara, y el delfin aterrado, vacilante, deslumbrado, retrocedió hasta una pared,

contra la cual permaneció recostado.

La archiduquesa medio desmayada, fué á caer sobre las gradas de su reclinatorio, quedando allí sepultada en un mortal letargo.

Luis XV, tembloroso creyó que la tierra iba á abrirse bajo sus plantas, y se volvió seguido de Lebel á sus habitaciones desiertas.

Durante este tiempo huia á lo lejos como bandadas de pájaros espantados el pueblo de Paris y Versalles que, esparramado por los jardines, calles y bosques, se veia perseguido en todas direcciones por una fuerte y espesa granizada, que marchitaba las flores del jardin, arrancaba las hojas de los bosques y tronchaba las mieses del campo. Las pizarras y las finas esculturas del edificio, añadian el estrago á la desolacion.

La delfina oraba con fervor apoyada la frente en sus manos, y lanzando profundos sollozos.

Luis Augusto contemplaba con aire sombrío el agua que se introducía en la estancia por los vidrios rotos y que refle-

aba sobre el pavimento en planos azulados, los relámpagos no interrumpidos durante muchas horas.

Sin embargo, todo este caos se aclaró al venir el día, y los primeros rayos de la aurora manifestaron los estragos del huracan nocturno.

Versalles estaba desconocido.

La tierra habia embebido aquel diluvio de agua: los árboles habian absorbido aquel diluvio de fuego, y por todas partes se veian árboles arrancados, torcidos ó calcinados por esa serpiente abrasadora que llamamos rayo.

Luis XV que no habia podido dormir, tan grande era su terror, llamó á Lebel para vestirse apenas rayó el alba. Este, que no le habia abandonado un instante, volvió por la misma galeria donde jesticulaban vergonzosamente á los lívidos reflejos de la aurora, las pinturas que ya conocemos, y que habian sido colocadas entre flores, cristales, y candelabros encendidos.

Empujó tercera vez Luis XV la puerta de la cámara nupcial, y se estremeció al ver sobre el reclinatorio, trastornada,

pálida, con los ojos lívidos como los de la sublime Magdalena Rubens, á la futura reina de Francia, cuyos tormentos habia por fin suspendido el sueño, cuya blanca vestidura azulaba el alba con religioso triunfo.

En uno de los extremos de la estancia y sobre un sillón apoyado en la pared, reposaba con los pies calzados de seda estendidos sobre un charco de agua, el delfin de Francia tan pálido como su joven esposa.

Un sudor frio inundaba la frente de ambos príncipes.

Frunció el ceño Luis XV al observar que el lecho nupcial estaba como lo habia visto la víspera; y un dolor que no habia experimentado hasta entonces, abrasó como un hierro candente aquella frente helada por el egoismo.

Balanceó su cabeza lanzando un suspiro y volvió á sus habitaciones mas triste y aterrado tal vez en aquel momento, de lo que habia estado durante la noche.

## CAPÍTULO XXVII.

### Las fiestas de la Plaza de Luis XV.

El día 30 de mayo, es decir, dos días después de aquella noche espantosa, tan fecunda en presajios y avisos, París celebró las funciones del casamiento de su rey futuro. Toda la población se dirigió en su consecuencia á la plaza de Luis XV donde debían quemarse los fuegos artificiales, como complemento de toda solemnidad pública que el parisiense considera mofándose, pero del cual no puede privarse sin disgusto.

Habíase elegido con notable acierto aquel sitio, pues hasta seiscientos mil espectadores podían circular por él sin temor de incomodarse unos á otros. Alrededor de la estatua ecuestre de Luis XV, estaban dispuestos varios tablados circulares, que permitían á todos los espectadores ver los fuegos, que se elevaban de diez á doce pies desde el nivel del suelo.

Los parisienses fueron llegando en grupos según costumbre, y emplearon largo tiempo en buscar las mejores posiciones, pues este es un privilegio inatacable de los primeros concurrentes.

Los niños se subían á los árboles, los hombres se acomodaban en los pilares, y las mujeres en las barandillas de los fosos y andamios movibles levantados al aire libre por los especuladores bohemios que se encuentran en todas las fiestas de París, y á quienes una fecunda imaginación permite variar de tráfico cada día.

A las siete comenzaron á llegar con los primeros curiosos, algunas partidas de arqueros.

El servicio de vijilancia no se hizo por los guardias franceses, á quienes la municipalidad no quiso conceder la gratificación de mil escudos, pedida por el coronel mariscal duque de Biron.

Este rejimiento era temido y amado á la vez por el pueblo, que creía ver en cada individuo de este cuerpo un César ó un Mandrin. Los guardias franceses, ter-

ribles en el campo de batalla, inexorables en el cumplimiento de sus funciones, gozaban en tiempo de paz ó fuera del servicio de una espantosa reputacion de bandidos; en la formacion eran arrogantes, valientes é intratables, y sus evoluciones agradaban tanto á las mujeres, como imponian á los maridos. Pero cuando libres de toda consigna, se diseminaban como simples particulares entre la multitud, eran el terror de aquellos mismos que los admiraran la víspera, y perseguian á los que al dia siguiente se veian precisados á proteger. Halló pues la villa en sus antiguos resentimientos contra aquellos corredores nocturnos de garitos, un motivo para negar los mil escudos, bajo el pretesto especioso, de en que una fiesta de familia, semejante á la que se preparaba, debia bastar la guardia ordinaria de esta.

Entonces se vió á los guardias franceses fuera del servicio mezclarse á los grupos de que hemos hablado, y tan licenciosos como severos habian sido, causar en la multitud, merced á su cualidad de paisanos armados, todos los desórde-

nes que hubieran reprimido á culatazos y aun con el arresto, si su gefe César Biron hubiese tenido derecho para tratarlos como soldados aquella noche.

Los gritos de las mujeres, las amenazas de los paisanos, y las quejas de los bolleros, cuyas tortas se comian gratis, preparaban un falso tumulto antes del verdadero, que ciertamente debia verificarse cuando seiscientos mil curiosos se hallasen reunidos en aquel sitio, y animaban la escena de tal modo, que hácia las ocho de la noche, presentaba la plaza de Luis XV un verdadero y vasto cuadro de Teniers.

Luego que los pillos parisienses, que son á un tiempo los mas diligentes y perezosos del mundo conocido, se hubieron instalado, ó izado, y el pueblo tomó posicion, llegaron los coches de la nobleza y de los altos empleados. Mas como no se habia trazado de antemano itinerario alguno, desembocaron sin orden por la calle de la Magdalena y San Honorato, conduciendo á las casas nuevas aquellos que habian recibido invitaciones para las

ventanas y balcones del gobernador, desde donde se podian ver los fuegos con la mayor comodidad.

Los que no habian sido invitados, dejaron sus carruajes en un ángulo de la plaza, y se mezclaron á pié, precedidos de sus lacayos, al numeroso jentío, que aunque oprimido é incómodo, deja siempre sitio al que sabe conquistarlo.

Digna era de notarse la sagacidad con que aquellos curiosos sabian dirigir en la oscuridad su marcha ambiciosa, para ocupar algun puesto ventajoso en aquel desigual terreno. La calle, muy ancha, pero todavia sin concluir, que debia llamarse calle Real, estaba interrumpida aqui y allí por fosos profundos, en cuyos bordes se habian amontonado escombros y tierra de las escavaciones. Cada pequeña eminencia estaba ocupada por algun grupo, asemejándose á una ola mas elevada en medio de aquel mar humano.

De vez en cuando, la ola empujada por las demas, se hundia entre las risas de la multitud, todavia no muy apretada, para que hubiese peligro en semejante

caída, y para que los que cayeran no pudieran levantarse.

A las ocho y media, todas las miradas diverjentes hasta entonces, comenzaron á tomar la misma direccion, y se fijaron en el tablado de los fuegos artificiales. Entonces fué, cuando los codos jugando sin descanso, principiaron á sostener la integridad de la posicion del terreno contra los invasores que sin cesar se reproducian.

Aquellos fuegos de artificio, dispuestos por Ruggieri, estaban destinados á rivalizar con los que ejecutára la antevíspera en Versalles el ingeniero Torre, que habian tenido tan mal resultado á causa de la tempestad. Sabíase en Paris que se habian aprovechado poco en Versalles de la liberalidad réjia, que habia concedido cincuenta mil libras para aquellos fuegos, pues la lluvia habia apagado hasta los primeros cohetes, y como la noche del 30 de mayo estaba despejada y hermosa, los parisienses gozaban anticipadamente de su triunfo, obtenido contra sus vecinos de Versalles.

Por otra parte, Paris esperaba mucho

mas de la antigua popularidad de Ruggieri, que de la nueva reputacion de Torre.

Ademas, el plan de aquel, menos caprichoso y vago que el de su cólega, revelaba intenciones pirotécnicas de un orden muy distinguido: y la alegría, reina de aquella época, estaba combinada con el mas elegante gusto arquitectónico. La armadura representaba ese antiguo templo de Himeneo, que entre los franceses rivalizan en juventud con el de la gloria. Estaba sostenido por una columnata gigantesca, y rodeado de un parapeto, en cuyos ángulos se veian delfines que con la boca abierta aguardaban solo la señal para vomitar torrentes de llamas. Frente á los delfines se elevaban majestuosos y erguidos sobre sus urnas, el Loira, el Rodáno, el Sena, y el Rhin, dispuestos á verter, en lugar de sus aguas, fuegos azules, blancos y rosados, tan luego como se inflamase la columnata.

Otras piezas de artificio, que debian incendiarse al mismo tiempo, formarían gigantescas macetas de flores sobre el terrado del palacio de Himeneo.

En fin, sobre aquel mismo palacio des-

tinado á presentar tantas cosas diferentes se elevaba una pirámide luminosa terminada por el globo del mundo, el cual despues de haber fulgurado sordamente estallaria como un trueno entre infinitas jirándulas de diferentes colores.

En cuanto á la manga de cohetes voladores, reserva tan precisa como importante, pues sin ella jamás juzga bien el parisiense de los mejores fuegos, Ruggieri la habia separado del cuerpo de la máquina, y puesto al lado del rio y delante de la estatua, en un bastidor forrado de lienzo, de suerte que el golpe de vista debia ser mucho mejor en aquella elevacion de tres ó cuatro toesas, que colocaba el pié de la manga sobre un pedestal.

Hé aqui los detalles de que se ocupaba Paris: durante quince dias miraron los parisienses con suma admiracion á Ruggieri y sus ayudantes vagar como sombras á las luces fúnebres de sus armaduras, deteniéndose con jestos estraños para colocar las mechas y asegurar los cebos.

Así es, que el momento en que apa-

enciaron las linternas sobre el terrado de la armadura, indicando la aproximacion del incendio, produjo una viva sensacion en los espectadores; y algunas filas de las mas intrépidos retrocedieron, causando una larga oscilacion hasta los extremos de la multitud.

Los carruajes que continuaron llegando, acabaron de invadir toda la plaza. Los caballos apoyaban sus cabezas sobre las espaldas de los últimos espectadores, que comenzaron á inquietarse con tan peligrosos vecinos. Bien pronto detras de los carruajes se agrupó la muchedumbre, cada vez mas crecida, de tal suerte que, aun cuando aquellos hubiesen querido retirarse, no lo hubieran podido conseguir, ya encajonados como se hallaban por tan compacta y tumultuosa inundacion. Entonces se vieron guardias franceses, artesanos y lacayos, con esa audacia del parisiense que invade, en razon directa de la longanimidad del que se deja invadir, que subian sobre los imperiales, como náufragos sobre las rocas.

La iluminacion de los boulevards des-

pedía desde lejos su luz rojiza sobre la cabeza de millares de curiosos, entre los cuales brillaban las bayonetas de los archeros de la villa, tan raras como las espigas que quedan en pié en un campo recién segado.

A los costados del edificio, hoy palacio Crillon y Guarda-mueble de la corona, los coches de los convidados, en medio de los cuales no se había tomado la precaucion de facilitar ningun paso, habían formado tres filas que se estendian por un lado desde el boulevard á las Tullerías, y por el otro desde el boulevard hasta la calle de los campos Eliseos, volviendo como una serpiente tres veces replegada sobre sí misma.

A lo largo de esta triple fila de carruajes, veíase vagar, como espectros por las orillas de la laguna Estijia, aquellos convidados á quienes los coches de sus predecesores impedían llegar á la gran puerta, y que aturdidos por el ruido, temiendo pisar (las damas sobre todo) aquel suelo tan lleno de polvo, se encontraban oprimidos entre las oleadas del pueblo que

se mofaba de su delicadeza, y tratando de abrirse paso entre las ruedas de los coches y los piés de los caballos, se deslizaban como podian hasta su destino, objeto tan codiciado, como lo es el puerto durante una tempestad.

Uno de estos coches llegó hacia las nueve, es decir, pocos minutos antes de la hora prefijada para disparar los fuegos, procurando como los demas abrirse paso hasta la puerta del gobernador: pero su pretension, ya tan disputada hacia algun tiempo, llegaba á ser en aquel momento sino imposible, al menos temeraria. Habíase comenzado á formar una cuarta fila que reforzaba las tres primeras, y los caballos confundidos y atormentados por la multitud de inquietos, se habian puesto furiosos, y á la menor irritacion, sacudian á diestro y siniestro tan sendas coeces, que ya habian producido algunos accidentes perdidos en medio de aquella tumultuosa muchedumbre.

Asido á los muelles de este coche, marchaba un jóven, rechazando á cuantos pretendian como él utilizarse de aquel

locomotor, que al parecer habia confiscado en su provecho.

Cuando se detuvo el carruaje, nuestro jóven se hizo á un lado, sin abandonar el muelle protector, y asi pudo fácilmente oir por la portezuela abierta, la conversacion animada de las personas que venian en él.

Una jóven vestida de blanco, y peinada con algunas flores naturales, se asomó á la portezuela. Al punto le gritó una voz.

—Vamos Andrea, pareces una aldeana: no conoces que asomándote así te espones á que te dé un abrazo el primer palurdo que pase? Es preciso que te convenzas que nuestro coche está entre este pueblo como en medio de un rio. Estamos en el agua, querida, y en agua sucia: no nos mojemos.

La jóven volvió á ocultarse en el interior del coche diciendo:

—Pero señor, desde aquí no se ve nada: si nuestros caballos pudiesen dar una media vuelta, veriamos por la portezuela, y estariamos casi tan bien como

en la ventana del gobernador.

—Vuelve cochero, gritó Taverney.

—Es imposible, señor baron, observó aquel, pues para lograrlo sería preciso aplastar diez personas.

—Aplástalas, voto á Cribas!

—Oh! señor, dijo Andrea.

—Padre mio! exclamó Felipe.

—Quién es ese baron que quiere aplastar la jente? gritaron varias voces con tono de amenaza.

—Yo, dijo Taverney inclinándose, y mostrando con este movimiento su banda encarnada.

Y como en aquella época se respetaba todavia á los que llevaban esta distincion, el rumor continuó, pero en un diapason descendente.

—Esperad, dijo Felipe, voy á bajar y veré si encuentro medio de pasar.

—Cuidado, hermano, no te lastimes: no oyes los relinchos de los caballos que se enfurecen?

—Bien puedes decir los ruidos, repuso el baron. Vamos á apearnos: dí que se aparten, Felipe, para que pasemos.

—Ah! padre mio, contestó el jóven, ya no conocéis á Paris. Ese tono imperativo, podia ser bueno en otros tiempos; pero acaso tendria en el dia un resultado contrario al que esperais, y supongo que no querreis comprometer vuestra dignidad.

—Sin embargo, cuando esa canalla sepa quien yo soy....

—Padre mio, interrumpió Felipe sonriendo: aun cuando fuéseis el mismo delfin, nadie se incomodaria; y sobre todo, en este momento seria enteramente imposible, porque mirad, ya van á comenzar los fuegos.

—Entonces no podremos ver nada, dijo Andrea con aire disgustado.

—Tú tienes la culpa, replicó Taverney, pues has empleado mas de dos horas en vestirte.

—Hermano, dijo la jóven, no pudiera apoyarme en tu brazo y colocarme contigo en medio de la jente?

—Sí, sí, señorita, contestaron muchas voces de hombres movidos á compasion por la hermosura de Andrea; si, venid,

como no sois gruesa, podremos con facilidad hacerlos un sitio.

—Conque quieres bajar? preguntó Felipe.

—No he de querer? replicó Andrea saltando con presteza sin tocar el estribo del coche.

—Sea, observó el baron; pero yo que me río de estas diversiones, me quedé aquí.

—Haced lo que gustéis, dijo Felipe: no nos alejaremos.

En efecto, el pueblo, que cuando ninguna pasión le irrita, mira siempre con respeto esa reina suprema que se llama hermosura, se abrió para dejar paso á los dos hermanos, y un buen ciudadano, poseedor con su familia de un banco de piedra, hizo apartar á su mujer y á su hija para que Andrea pudiera colocarse entre ellas.

Felipe se puso á los pies de su hermana, y esta apoyó una de sus manos en el hombro del jóven.

Habíalos seguido Jilberto, y colocado á cuatro pasos de los dos hermanos devoraba á Andrea con la vista.

—Estás bien? preguntó Felipe.

—Perfectamente, respondió Andrea.

—Para que veas cuanto vale ser bonita, dijo sonriendo el baron.

—Si, en efecto, muy bonita, murmuró Jilberto.

Andrea oyó estas palabras, pero como si hubiesen venido de la boca de un hombre cualquiera del pueblo, no hizo mas caso de ellas que un ídolo de la India del homenaje que deposita á sus pies un pobre pária.

## CAPÍTULO XXVIII.

### Los fuegos artificiales.

Apenas se colocaron ambos hermanos en el banco, cuando los primeros cohetes serpentearon por los aires, y un grito de sorpresa salió de la multitud, ocupada ya enteramente del golpe de vista que iba á ofrecer el centro de la plaza.

El principio de los fuegos fué magnífico, y digno en todo de la alta reputacion de Ruggieri. La decoracion del templo se iluminó progresivamente y presentó una fachada incendiada. Resonaron los aplausos: pero estos se trocaron en *bravos* frenéticos cuando de la boca de los delfines y de las urnas de los rios se lanzaron surtidores de llamas, que cruzaron sus cascadas de fuegos de variados colores.

Trasportada de admiracion Andrea no trató siquiera de disimular sus impresiones á la vista de aquel espectáculo, que carece de equivalente en el mundo, el

de una poblacion de setecientas mil almas ruiendo de alegria al hallarse enfrente de un palacio de llamas.

A tres pasos de ella, oculto tras las espaldas hercúleas de un mozo de cordel que levantaba en el aire á su hijo, miraba Jilberto á Andrea, y solo dirijia su vista hácia los fuegos artificiales, porque ella los miraba.

Jilberto veia de perfil á la señorita de Taverney: cada cohete alumbraba su hermoso rostro y hacia estremecer al joven, pareciéndole que la admiracion jeneral nacia de la contemplacion adorable, de aquella divina criatura á quien él idolatraba.

Jamas habia visto Andrea á Paris, ni tanta jente reunida, ni los esplendores de una fiesta: aquella multiplicidad de revelaciones que venian á asediar su espíritu la aturdia.

De repente apareció una luz vivísima, lanzándose en diagonal hácia el lado del rio. Era una bomba que estalló con estrépito, y cuyos variados fuegos llenaron de admiracion á Andrea.

—Mira, mira, Felipe, exclamó, qué hermoso es eso!

—Dios mio! dijo el joven lleno de temor y sin contestar á su hermana: ese último cohete ha sido mal dirigido; se ha desviado de su camino, pues en lugar de describir una parábola, se ha escapado casi horizontalmente.

Apenas manifestó Felipe aquella inquietud, que comenzaba ya á revelar la muchedumbre con sus oscilaciones y gritos, cuando un torbellino de llamas brotó del bastion sobre el cual estaba colocada la manga de cohetes voladores y la reserva de los fuegos artificiales. Un ruido semejante al de cien truenos cruzándose en todas direcciones, retumbó en la plaza, y como si aquel fuego encerrara una metralla devoradora, puso en derrota á los mas próximos curiosos, que sintieron por un momento en el rostro el calor de aquella llama inesperada.

—Los cohetes voladores, ya, ya!... gritaron los espectadores mas distantes. Todavía no; es demasiado pronto!

—Ya, ya! repitió Andrea. Oh! es de-

masiado pronto.

—No, repuso Felipe, no son los cohetes; es una fatal ocurrencia, que, como las olas del mar, va á poner en desorden en un momento á todo este jentío que todavia está tranquilo. Ven, Andrea, vámonos al coche.

—Oh! déjame ver mas, Felipe: esto es tan hermoso!

—Andrea, no perdámos un instante, sígueme. He ahí la desgracia que yo preveia. Un cohete perdido ha pegado fuego al bastion. Allá abajo se está estrujando la jente. Oyes los gritos? No son gritos de alegría, sino de dolor. Pronto, pronto al coche. Señores, señores, dejadnos pasar.

Y Felipe rodeando con su brazo el talle de Andrea, la arrastró hácia el lado de su padre, que inquieto y presintiendo por los clamores que oia, un peligro de que no podia darse cuenta, pero cuya existencia estaba demostrada, inclinaba su cabeza fuera de la portezuela y buscaba con la vista á sus hijos.

Era ya demasiado tarde, y la prediccion de Felipe se realizaba. La manga com-

puesta de quince mil cohetes, estalló, escapándose en todas direcciones y persiguiendo á los curiosos como esas banderillas de fuego que se lanzan en la arena á los toros que se quiere escitar al combate.

Los espectadores, admirados primero y asustados despues, habian retrocedido con la fuerza de la irreflexion, ante aquella retrogresion invencible de cien mil personas: otras cien mil, ahogadas, habian dado el mismo movimiento á los que se hallaban á su espalda: la armadura seguia ardiendo: los niños gritaban; las mujeres, sofocadas, levantaban los brazos; los arqueros daban golpes á derecha é izquierda, creyendo callar á los gritadores, y restablecer el orden con la violencia. Todas estas causas combinadas, hicieron que la ola de que hablaba Felipe cayese como una trompa marina sobre el ángulo de la plaza que él ocupaba. En vez de acercarse al coche del baron, como esperaba, se vió arrastrado por aquella corriente irresistible, de la que ninguna descripcion podria dar una idea, porque las fuerzas individuales,

duplicadas ya por el miedo y el dolor, se centuplicaban por la adjuncion de las fuerzas jenerales.

Jilberto se dejó tambien llevar de la ola que habia arrebatado á Felipe y su hermana; pero no habia andado veinte pasos cuando volviendo hácia la izquierda en la calle de la Magdalena, una ola lo arrastró ruiendo de desesperacion al verse separado de Andrea.

Esta, asida del brazo de su hermano, fué envuelta en un grupo que trataba de evitar el encuentro de un coche tirado por dos furiosos caballos: Felipe lo vió venir hácia él rápido y amenazador; los caballos parecian arrojar fuego por los ojos y espuma por las narices. Hizo esfuerzos sobrehumanos para desviarse de su paso: pero todo fué inútil: vió abrirse la multitud detrás de él, percibió las cabezas humeantes de los briosos animales, los vió encabritarse como esos caballos de mármol que guardan la entrada de las Tullerías, y, como el esclavo que quiere domarlos, soltando el brazo de Andrea y rechazándola cuanto pudo fuera de la via

peligrosa, se avanzó al freno del caballo que se hallaba á su lado, que se alzó de manos. Andrea que vió caer al joven, volver á levantarse, caer de nuevo y desaparecer, lanzó un grito, estendió los brazos, fué rechazada, y al cabo de un instante se vió sola y arrebatada como la pluma por el viento, sin poder oponer resistencia alguna á la fuerza que la atraía.

Los gritos furiosos, mucho mas terribles que los gritos de guerra; los relinchos de los caballos; un ruido espantoso de ruedas que tan presto hollaban el empedrado como los cadáveres; el fuego lívido de las maderas que ardian; el brillo siniestro de los sables que algunos soldados furiosos habian desenvainado, y por encima de todo este sangriento caos la estatua de bronce alumbrada con reflejos rojizos y presidiendo aquella carniceria, era mas de lo que se necesitaba para trabar la razon de Andrea y quitarle todas sus fuerzas, aunque por otra parte hubieran sido impotentes en una lucha semejante: de uno solo contra todos.

La joven lanzó un grito penetrante: un

soldado se abria paso entre la multitud dando sablazos á roso y á belloso.

La espada habia brillado sobre su cabeza.

Juntó sus manos, como hace el náufrago cuando pasa la última ola sobre su frente y gritando: Dios mio! cayó en tierra.

Cuando uno caia, era muerto.

Pero aquel grito terrible y supremo habia llegado á los oidos de una persona: esta persona lo habia reconocido. Jilberto arrastrado lejos de Andrea, á fuerza de luchar habia vuelto á aproximarse á ella: encorvado bajo la misma ola que habia sepultado á Andrea, se enderezó, se lanzó sobre aquella espada que habia amenazado á la joven, apretó la garganta del soldado que iba á herir, lo derribó al suelo: cerca del soldado se hallaba tendida una joven vestida de blanco. Jilberto la levantó con la facilidad de un gigante.

Cuando sintió sobre su corazon aquella forma, aquella hermosura, aquel cadáver tal vez, un rayo de orgullo iluminó su rostro; y lanzándose con su carga en una corriente de hombres, capaz de derribar un

muro en su fuga, se vió sostenido, levantado y llevado en volandas por aquel grupo inmenso, y marchó, ó mas bien rodó durante algunos minutos. De pronto se para el torrente como detenido por algun obstáculo: los pies de Jilberto tocaron la tierra, y entonces solamente pudo sentir el peso de Andrea. Alzó de pronto la cabeza para darse cuenta del obstáculo y se halló á tres pasos del guarda-mueble. Aquella masa de piedras habia desecho la masa de carne.

Durante aquella parada momentánea y llena de ansiedad, tuvo tiempo de contemplar á Andrea dormida con un sueño tan profundo como el de la muerte: el corazón no latia ya; los ojos estaban cerrados y el rostro lívido como una rosa blanca que se marchita.

Jilberto creyó que habia muerto. A su vez lanzó un grito, apoyó sus labios primeramente sobre el vestido y la mano, despues, estimulado por la insensibilidad, devoró á fuerza de besos aquel rostro frio, aquellos ojos hinchados bajo sus cerrados párpados. Rujió, lloró, quiso hacer pasar

su alma al pecho de Andrea, admirándose de que sus besos, que hubieran animado á un mármol, careciesen de fuerza y de virtud para aquel cadáver.

De repente Jilberto sintió bajo su mano, latir el corazón de la joven.

—Te has salvado! exclamó viendo huir aquella turba negra y sangrienta, y escuchando las imprecaciones, los gritos, los suspiros y la agonía de las víctimas. Se ha salvado y á mí es á quien debe la vida.

El desgraciado, apoyando su espalda contra la pared, y clavando la vista en el puente, no habia mirado á su derecha: delante de los coches, detenidos largo tiempo por las masas, pero que menos comprimidas, al fin comenzaban á moverse, delante de estos coches, decimos, que partieron de repente al galope como si un vértigo jeneral se hubiese apoderado de los cocheros y caballos, huian veinte mil desgraciados, mutilados, heridos y estrujados los unos por los otros.

Instintivamente seguia andando á lo largo de las paredes contra las cuales quedaban aplastados los mas próximos.

Esta masa arrastraba ó ahogaba á todos los que, habiendo tomado tierra cerca del guarda-mueble, habian escapado del naufragio. Un nuevo diluvio de cuerpos y de cadáveres inundó á Jilberto: halló una reja y se asió fuertemente á sus hierros: pero obligado á abandonarla por el ímpetu de los fujitivos, medio ahogado ya, y reuniendo todas sus fuerzas, ciñó el cuerpo de Andrea con sus brazos, apoyando su cabeza contra el pecho de la joven. Habríase dicho que queria ahogar á la que protegía.

—Adios! adios! murmuró mordiendo su vestido y levantando sus ojos al cielo como para implorarle con su última mirada.

Una vision estraña, se presentó entonces á su vista. Sobre un guarda-canton estaba de pié un hombre que, agarrado con la mano derecha á una argolla fija en la pared, mientras que con la izquierda parecia organizar un ejército de fujitivos, veia pasar todo aquel mar furioso á sus pies, ora dirijiendo una palabra, ora haciendo un jesto. A esta palabra y á este

jesto, se veía entonces entre la multitud algún individuo aislado, pararse, hacer un esfuerzo, luchar y trepar hasta llegar á aquel hombre. Otros, luego que llegaban á él, parecían reconocer en los que nuevamente se acercaban hermanos suyos, y los ayudaban á salir de entre la multitud levantándolos, sosteniéndolos y atrayéndolos hácia ellos. De este modo aquel núcleo de hombres luchando juntos, semejante al machon de un puente que divide el agua, habia logrado dividir la multitud y tener en jaque á la masa de los fujitivos.

A cada instante nuevos lidiadores, que parecían salir de debajo de la tierra á las palabras estrañas y á los singulares jestos del desconocido, venian á aumentar su cortejo.

Haciendo Jilberto el último esfuerzo, logró levantarse conociendo que allí estaba la salvacion, porque allí estaba la serenidad y el poder. Avivándose para morir el último rayo de la llama que despedían los maderos incendiados, alumbró el rostro de aquel hombre. Jilberto lanzó

un grito de sorpresa.

—Oh! muera yo, muera yo, dijo en voz baja: pero que viva ella! Este hombre puede salvarla!

Y en un arranque de abnegacion sublime, levantando en sus brazos á la joven exclamó:

—Señor baron de Bálsamo, salvad á la señorita Andrea de Taverney.

Bálsamo oyó aquella voz, que, como la de la biblia, gritaba desde las profundidades de la multitud: vió levantarse por encima de aquella ola devoradora una forma blanca; saltó de su guarda-canton á tierra gritando: seguidme! Su cortejo derribó todo lo que le oponia obstáculo, y cojiendo á Andrea, que sostenian aun los desfallecidos brazos de Jilberto, é impelido por un movimiento de aquella multitud que habia cesado de contener, se la llevó sin tener tiempo para volver la cabeza.

Jilberto quiso articular una palabra; acaso despues de haber implorado la proteccion de aquel hombre, extraño para Andrea, queria pedirla para sí mismo: pero no tuvo fuerzas sino para aplicar

sus labios al brazo pendiente de la joven y arrancar con su mano crispada un pedazo del vestido de aquella nueva Eurydice que le arrebatava el infierno.

Despues de aquel beso supremo, despues de aquel último adios, solo restaba, á Jilberto la muerte: asi es que no trató siquiera de luchar mas tiempo; cerró los ojos y muriendo, cayó sobre un monton de cadáveres.

**FIN DE LA SEGUNDA PARTE DE JOSÉ BÁLSAMO.**







## TERCERA PARTE.

---

JOSÉ BÁLSAMO.

---

### CAPÍTULO I.

#### El campo de los muertos.

 las grandes tempestades sucede siempre la calma, calma terrible, imponente, pero reparadora.

Serian las dos de la mañana y una inmensa capa de nubes blancas que se extendia sobre Paris, dibujaba bajo formas

enérgicas, y á la luz de la pálida luna que se deslizaba lentamente, todas las desigualdades de aquel terreno, en cuyos fosos habian encontrado las turbas fujitivas, primero un tropiezo, y despues la muerte.

Acá y allá, al resplandor de la luna, encapotada de vez en cuando entre las nubes amontonadas de que hemos hablado se veian, en las sinuosidades de los derribos y entre los escombros, multitud de cadávares con sus trajes en completo desorden, los miembros estirados y las manos abiertas en señal de terror ó de súplica. En el centro de aquel espacio, los escombros vomitaban un humo amarillento e infecto producido por las maderas incendiadas, que contribuia á dar á la plaza de Luis XV todas las apariencias de un campo de batalla.

En aquella plaza sangrienta y cubierta de desolacion, se veian tambien vagar sombras misteriosas, que se detenian mirando azoradas en todas direcciones, se encorvaban y huian. Eran ladrones atraidos por la muerte como aves de rapiña, que no habiendo podido despojar á los vi-

ros, acudían á profanar los cadáveres, admirándose de que otros camaradas suyos hubiesen sido mas madrugadores y escapaban con precipitación descontentos y temerosos al asomar las tardías bayonetas que les amenazaban. Sin embargo, entre aquellas prolongadas hileras de víctimas, no eran los ladrones ni los individuos de la ronda los que únicamente se movían.

Otros á quienes cualquiera tomara por curiosos, recorrían aquel espacio, favorecidos por el débil resplandor de sus linternas.

Tristes curiosos en verdad! eran parientes y amigos inquietos que echando menos á sus hermanos, compañeros ó queridas llegaban de los barrios mas distantes, porque la terrible noticia desoladora como el huracan, habia ya circulado en todo Paris, y la ansiedad pública se habia convertido en amargas pesquisas.

Y era aquel un espectáculo mas horrible, mil veces mas desastroso, que el de la catástrofe.

Todas las dolorosas impresiones se retrataban en aquellos rostros pálidos y des-

encajados, desde la desesperacion de los que encontraban el cadáver de una persona amada, hasta el sombrío temor, del que desgraciado en sus pesquisas lanzaba desolado, ávidas miradas hácia el Sena, que arrastraba sus aguas murmurando tristemente.

Corria la voz de que el prebostazgo de Paris, habia ya mandado arrojar al rio gran porcion de cadáveres, pues culpable de la imprudencia que le imputaban, trataba de ocultar el inmenso número de victimas, que sus desaciertos habian ocasionado.

Y los infelices que se habian empapado inútilmente en la contemplacion de aquel espectáculo, despues de haber agotado en balde sus esfuerzos, despues de haberse metido en el Sena hasta las rodillas, con el alma desgarrada por la angustia que les ofrecia el rápido curso de aquel rio que se llevaba sus mas dulces esperanzas, se retiraban con la linterna en la mano á registrar las calles inmediatas á la plaza, en las cuales se aseguraba que muchos heridos habian buscado asilo, á fin de proporcio-

narse algunos recursos y huir del abominable teatro de sus padecimientos,

Y al descubrir para colmar su desgracia entre los cadáveres el ansiado objeto, mil gritos de dolor sucedían á la fatal sorpresa, y los sollozos de un punto contestaban envueltos en tristísimos ayes á los sollozos de otros veinte.

Ruidos inesperados resuenan á veces en la plaza: una linterna cae al suelo y se destroza; el vivo que la lleva se arroja desesperado sobre un muerto, para abrazarle por la vez postrera.

Pero en aquel vasto cementerio se escuchan también otros clamores que laceran el alma.

Algunos infelices magullados por la turba inmensa que habia pasado sobre sus destrozados miembros, ó heridos sin piedad por el acero, exhalan jemidos de súplica, ó gritos de imprecacion. Al punto corren presurosos hacia aquel sitio los que esperan encontrar á sus amigos: mas no tardan en alejarse al reconocer su equivocacion.

Entre tanto, hacia un extremo de la

plaza, en las inmediaciones del jardín, se organiza con todo el entusiasmo de la caridad popular un hospital militar ambulante. Un cirujano joven, pues así lo indican los instrumentos que le rodean, manda que se lleven todos los heridos de ambos sexos, les hace la primera cura, y al vendarles las heridas, les dirige palabras que mas bien revelan odio á la causa de su infortunio, que compasion por los efectos que ha producido.

Sin cesar grita á sus dos ayudantes, robustos pregoneros de folletos que se han encargado de tan sangrienta revista:

—Las mujeres del pueblo! los hombres del pueblo! á estos debeis dar la preferencia: facilmente podeis conocerlos, pues siempre salen mas heridos que los demas, y están mucho peor vestidos.

Al escuchar estas palabras, repetidas á cada cura con estridente monotonía, un joven pálido, que examina los cadáveres con la ayuda de un farol, alza la cabeza por segunda vez.

De una ancha herida que divide su frente, emanan todavia algunas gotas de

sangre: en la levita lleva enrollada una de sus manos, y su rostro inundado en frío sudor, revela una emoción incesante y profunda.

Levantó, como queda dicho, segunda vez la cabeza al llegar á sus oídos la cruel recomendación del facultativo, y mirando con tristeza sus miembros mutilados, que aquel parecía contemplar con delicia, dijo:

—Por qué andais escojiendo entre las víctimas?

—Por qué! repitió el cirujano irguiendo la frente al oír esta interpelación, porque nadie haría caso de los pobres si yo no me condoliese de ellos, y porque los ricos tienen muchas personas que vengán á buscarlos. Bajad vuestra luz, examinad el suelo, y estoy seguro de que en élencontrareis un rico ó un noble por cada cien pobres. También en esta catástrofe, por una felicidad que acabará por cansar á Dios mismo, los nobles, y los ricos han pagado el tributo que ordinariamente se exige: uno por mil.

El jóven levantó el farol á la altura

de su ensangrentada frente, y contestó sin irritarse:

—Es decir, que yo, estraviado como tantos otros entre la multitud, herido en la frente por la cox de un caballo, y con el brazo izquierdo roto por haber caído al foso, soy el único que aquí es rico y noble según asegurais. Sin embargo, ya veis que nadie viene á socorrerme, ya veis que ni siquiera estoy vendado.

—Sin duda tendreis algun palacio, donde no faltarán médicos que os asistan: id á buscarlo ya que podeis andar.

—No he solicitado vuestro auxilio: busco á mi hermana, hermosa jóven de diez y seis años, que habrá sin duda sucumbido, aunque no es hija del pueblo. Llevaba vestido blanco y una gargantilla con su cruz al cuello, y así, aunque mi pobre hermana tenga un palacio y médicos; decidme por piedad: habeis visto esa jóven que ando buscando?

—Caballero, replicó el facultativo con vehemencia nerviosa, prueba de que las ideas que en aquel momento manifestaba jermínaban mucho tiempo hacia en su co-

razon: la humanidad es mi guia, por ella me sacrifico, y cuando abandono en el lecho de muerte á la aristocracia para acudir al auxilio del pueblo que sufre, obedezco y cumpla la ley verdadera de esa humanidad que es mi diosa. Todas las desgracias que hoy deploramos, provienen de vosotros, de vuestros abusos, de vuestra altanería; soportad pues con resignacion sus funestas consecuencias. No, caballero, no he visto á vuestra hermana.

Despues de un apóstrofe tan terrible, el cirujano prosiguió su tarea, pues acababan de llevarle una pobre mujer á la que una carroza habia roto ambas piernas.

—Escuchad, añadió persiguiendo á Felipe que se alejaba: son por ventura los pobres quienes lanzan en medio de los regocijos públicos esos carruajes que privan de sus miembros á los ricos?

Felipe, que pertenecía á la nobleza que produjo los La Fayette y los Lameth, habia mas de una vez profesado las mismas máximas que le horrorizaban en boca de aquel facultativo, y su aplicacion ca-

yó sobre su alma como un castigo.

Alejóse con el corazón traspasado del hospital militar improvisado, con objeto de proseguir su melancólica exploración, y poco después cediendo al impulso de su dolor, exclamó bañado en lágrimas y con desesperado acento:

—Andrea! Andrea!

En aquel momento, pasaba inmediato á él con precipitados pasos un hombre ya anciano, vestido con levita gris y medias negras, apoyando su mano derecha en un bastón, y llevando en la izquierda una linterna formada de una mecha de algodón envuelta en un cucurucho de papel untado de aceite.

Al oír los sollozos de Felipe, conoció aquel hombre cuán grande debía ser su angustia, y murmuró sin poder contenerse.

—Pobre jóven!

Y conociendo que un motivo igual al suyo debía únicamente haberle atraído á aquel lugar, pasó adelante; mas arrepentido de haber presenciado tan intenso dolor sin haber procurado prestarle el menor

consuelo, se detuvo y dirigió al jóven estas palabras.

—Permitid que una vuestra tristeza á la mia, pues los que se ven heridos por un mismo golpe, deben ayudarse mutuamente para no caer. Además... podeis serme útil. Veo que hace tiempo estais aquí rebuscando, porque vuestra luz está ya próxima á apagarse y por tanto deberéis conocer los sitios hoy mas funestos de esta plaza.

—Ah! muy cierto es por desgracia: los conozco.

—Yo tambien busco á una persona.

—Dirijíos entonces al foso grande desde luego, porque en él encontrareis mas de cincuenta cadáveres.

—Cincuenta! Justo cielo! tantas víctimas inmoladas en medio de una fiesta!

—Tantas víctimas decís! Ay! señor! Ya he iluminado mil rostros con esta linterna sin haber podido encontrar á mi hermana.

—Vuestra hermana!

—Estaba allá abajo, en aquella direccion, donde la he perdido al lado de

un banco: y aun cuando he vuelto á él y lo he reconocido, no he podido encontrar la menor huella de la que busco. Ahora voy á comenzar de nuevo mis pesquisas, partiendo del primer bastion.

—Hácia qué lado se dirijia la multitud?

—Hácia los nuevos edificios contiguos á la calle de la Magdalena.

—Es decir, hácia esa parte.

—Así es: pero aunque la he buscado por ahí, los remolinos y oleadas de la jente han frustrado mis esfuerzos. Tambien me he hecho cargo de que si bien el tumulto ha debido arrebatlarla, no es menos cierto que una jóven se turba al verse estraviada, ignora donde vá y solo procura huir en todas direcciones.

—Sin embargo, no es probable que haya podido contrarestar á la multitud: yo voy á recorrer las calles, seguidme y tal vez unidos logremos encontrar....

—Y vos, á quien buscais?... A vuestro hijo por desgracia? preguntó Felipe con timidez.

—No señor, á un jóven que casi habia prohibado.

—Cómo le habeis dejado venir solo?

—Oh! tiene ya de diez y ocho á diez y nueve años: se habia empeñado en asistir á la funcion, y como es dueño de sus acciones, no he podido prohibirselo. Por otra parte: quién habia de presumir tan horrible catástrofe?... Pero vuestra luz se apaga....

—Es verdad.

—Vamos, seguidme y os alumbraré.

—Os lo agradezco, sentiria molestaros....

—Oh! nada de eso, pues yo tambien necesito hacer pesquisas.—El pobre jóven se retiraba con la mayor exactitud, prosiguió el anciano al paso que se internaba en las calles; pero esta noche me asaltó una especie de presentimiento: le estaba aguardando, cuando serian las once, mi mujer supo por una vecina los desastres de la fiesta. He tenido paciencia hasta las dos, figurándome que volveria á casa, pero desengañado al fin, he creido que seria indigno de mi carácter acostarme sin saber su paradero.

—Conque sois de opinion que nos en-

caminemos hácia las casas? preguntó el jóven.

—Si, supuesto, que, segun habeis dicho, la multitud ha cargado hácia aquel punto: allá habrá tambien corrido ese desgraciado jóven, porque es forastero, é ignora no solo las costumbres, sino hasta las calles de Paris; de modo que se me figura que esta ha sido quizá la vez primera que ha pisado la gran plaza de Luis XV.

—Ah! mi hermana tambien es de provincia.

—Horrible espectáculo! exclamó el anciano apartando su vista de un grupo de cadáveres estrechamente amontonados.

—Entre ellos debemos rebuscar, observó el jóven aproximando con resolucion la linterna hácia los muertos.

—Tiemblo al contemplar esos horrores, porque la destruccion me ha causado siempre una repugnancia que jamás he podido vencer.

—Lo mismo me sucedia esta mañana, pero he concluido por acostumbrarme ya. Ahí teneis un jóven de diez y seis á diez y ocho años, que sin duda ha muerto de

sofocacion, pues no se le vé herida alguna. Es tal vez el que buscáis?

Hizo el anciano un esfuerzo, y acercando su luz, contestó:

—No, no es él: el que busco es mas jóven, con cabellos negros y el rostro pálido.

—Oh! esta noche todos lo están, replicó Felipe.

—Ya estamos próximos al Guardamueble, que no representa en verdad, pocos vestijios de la pasada lucha: sangre en los muros, despojos entre los barrotes de hierro, pedazos desgarrados de trajes pendientes de las lanzas del enverjado..... Ya no sabe uno donde dirijirse.

—Por aquí, por aquí estaba el mayor peligro, murmuró Felipe.

—Cuánto desastre!

—Ah! Dios mio!

—Qué hay?

—Un pedazo de tela blanca debajo de estos cadáveres... mi hermana llevaba un traje blanco.. Por piedad, dejadme vuestra luz.

En efecto, Felipe se habia ya apode-

rado de un jiron de seda blanca, pero tuvo que abandonarlo, pues solo podia hacer uso de una mano y la necesitaba para sostener la linterna.

—Esto pertenece á un vestido de mujer, y está entre las manos de un jóven.... se parece al traje de Andrea.... Dios mio!... Andrea!... hermana mia!...

Y el jóven lanzó un grito desgarrador.

El anciano se acercó entonces, y exclamó triste y dolorosamente:

—El és!!

Estas palabras llamaron la atencion del jóven.

—Jilberto! gritó Felipe.

—Cómo! le conoceis?

—Es Jilberto el que buscais?

Estas dos preguntas se cruzaron á un tiempo en el espacio.

El anciano cojió la mano de Jilberto, pero la encontró helada.

Mientras tanto, Felipe le desabrochaba el chaleco, y poniéndole la mano sobre el corazon:

—Pobre Jilberto! murmuró.

—Hijo mio! exclamó el anciano sollozando.

—Oh! esperad.... respira.... vive.... os digo que vive, interrumpió Felipe.

—Estais seguro?

—Segurísimo: su corazon palpita.

—Cierto ¡es.... socorro! socorro! gritó Juan Jacobo, allá abajo hay un cirujano.

—Socorrámosle sin perder tiempo nosotros mismos: ya he acudido á ese hombre, y ha sido en vano.

—Pues os juro que tendrá que curar á mi hijo, gritó el anciano exasperado. Ayudadme, ayudadme á llevarle.

—De un brazo solo puedo servirme pero está á vuestra disposicion.

—Oh! aunque soy muy viejo, espero que el cielo me prestará fuerzas. Vamos.

Juan Jacobo cojió á Jilberto por los hombros, el jóven le abarcó con su brazo izquierdo las piernas, y de este modo lo condujeron hasta el grupo que presidia el facultativo.

—Socorro! socorro! gritó el anciano.

—Primero los hombres del pueblo! contestó el cirujano, fiel á su máxima,

y convencido de que al espresarse así, escitaba un murmullo de admiracion entre cuantos le rodeaban.

—Traigo un hombre del pueblo, contestó Juan Jacobo con enerjia, aunque contajado hasta cierto punto de la admiracion que producía en torno suyo el absolutismo del cirujano.

—Pues bien, repuso este, las mujeres primero, porque los hombres tienen mas fuerza para resistir el dolor.

—Creo que bastará una sangría, observó el anciano.

—Cómo! todavía estais aqui, caballero? preguntó el facultativo, viendo á Felipe antes de haber reparado en su compañero.

Nada contestó el hijo del baron, y el anciano figurándose que aquellas palabras se dirijian á él, replicó:

—Yo no soy caballero, sino un hombre del pueblo: me llamo Juan Jacobo Rousseau.

El cirujano arrojó un grito de sorpresa, y haciendo una señal imperativa añadió:

—Paso, paso al observador de la naturaleza; paso al emancipador de la humanidad; paso al ciudadano de Jinebra.

—Gracias, gracias, contestó Rousseau.

—Os ha sucedido alguna desgracia?

—A mí no, pero ved este jóven.

—Ah! vos tambien, como yo, representais la causa de la humanidad.

Conmovido el anciano por aquel inesperado triunfo, solo pudo articular algunas palabras casi ininteligibles, y Felipe, lleno de respeto al verse en compañía del filósofo á quien tanto admiraba, se separó á un lado.

Jilberto que seguia sin conocimiento, fué colocado sobre una mesa entre Rousseau y otras personas, y el primero se puso entonces á examinar el sugeto cuyos auxilios facultativos habia demandado. Era un jóven poco mas ó menos de la edad de Jilberto, pero sin el menor rasgo que revelase su juventud: su rostro amarillento estaba tan ajado como el de un viejo; sus párpados sin vigor, encubrian unos ojos de serpiente, y tenia la boca torcida como los epilépticos cuando se ven

acometidos de su mal.

Con las mangas remangadas hasta los codos y los brazos empapados en sangre y revueltos en trozos de carne humana, mas parecia un verdugo en el ejercicio de sus bárbaras funciones, entusiasmado con su oficio, que un facultativo desempeñando su triste y santa mision.

Con todo, el nombre de Rousseau habia ejercido en su ánimo tan poderosa influencia, que por algunos instantes pareció que renunciaba á su brutalidad ordinaria; levantó suavemente la manga de Jilberto, oprimió su brazo con una venda, y picó la vena. La sangre comenzó á salir gota á gota, pero al cabo de tres ó cuatro segundos emanó ampliamente aquel licor puro y jeneroso de la juventud.

—Vamos, vamos, se salvará, observó el cirujano, pero es preciso mucho cuidado, porque el pecho ha padecido mucho.

—Solo me resta daros las gracias, contestó Rousseau, y elojaros, no precisamente por la exclusion que haceis en favor de los pobres, sino por los cuidados que

les prodigais. Todos los hombres son nuestros hermanos.

—Tambien los nobles, los aristócratas y los ricos? repuso el facultativo con una mirada que hizo brillar sus encendidos ojos á pesar de los pesados párpados que los velaban.

—Tambien los nobles, los aristócratas y los ricos cuando padecen, contestó Rousseau.

—Dispensadme, pero he nacido en Baudry, cerca de Neuchatel; soy suizo como vos, y por consiguiente algo demócrata.

—Un compatriota! un suizo! exclamó Rousseau, vuestro nombre, decid vuestro nombre.

—Es oscuro, pero pertenece á un hombre modesto dedicado siempre al estudio, aunque espera consagrarse algun dia como vos á la dicha de la humanidad: me llamo Juan Pablo Marat.

—Gracias, señor Marat, repuso el anciano: pero al paso que ilustrais al pueblo acerca de sus derechos, no le esciteis á la venganza; porque si algun dia la ejecuta,

vos mismo os estremecereis á vista de las represalias.

Una sonrisa diabólica se dibujó en los labios de Marat, y dijo.

—Ay! si llegase ese dia viviendo yo... si tuviese la dicha de presenciarlo...

Rousseau oyó estas palabras, y aterrado del tono con que fueron pronunciadas, como el viajero de los primeros truenos que preceden á la tempestad, cojió á Jilberto entre sus brazos, y trató de llevárselo.

—Dos hombres para ayudar voluntariamente á Mr. Rousseau! gritó el cirujano: dos hombres del pueblo!

—Aquí estamos... aquí... aquí... contestaron diez voces.

Rousseau no tuvo mas trabajo que escojer y señaló dos robustos mozos que al momento levantaron á Jilberto.

Al retirarse, pasó inmediato á Felipe, y dijo:

—Tomad esa linterna caballero, pues ya no la necesito.

—Gracias, contestó Felipe recibiendo-la y alejándose inmediatamente, mientras el anciano se dirigia á la calle Platriere.

—Pobre jóven! murmuró este al verle desaparecer en el laberinto confuso de las calles.

Y continuó su camino lleno de sobresalto, pues aun resonaba vibrante en medio de aquel campo de muerte y desolación la áspera voz del cirujano que gritaba:

—Los hombres del pueblo! Aproximadamente los hombres y mujeres del pueblo! Maldicion á los nobles, á los arisócratas y á los ricos!

## CAPÍTULO II.

### La vuelta.

Al paso que se sucedian sin interrupcion mil escenas semejantes á las que acabamos de bosquejar, Mr. de Taverney escapaba como por milagro de todos los peligros de aquella noche.

Aunque incapaz de oponer la menor resistencia fisica á la fuerza devoradora que destrózaba cuanto encontraba, pero tranquilo y esperto, logró sostenerse en el

centro de un grupo que iba arromolinándose en la calle de la Magdalena.

Este grupo, al tropezar en los parapetos de la plaza, al romperse contra los ángulos del guarda-mueble, dejaba por sus flancos abundante rastro de heridos y muertos, mas al fin pudo lograr aunque diezmado á cada instante, librarse del peligro conservando el impulso de su centro.

Entonces la multitud que lo componia se esparció por el boulevard, ansiosa de respirar un aire puro, y lanzando mil gritos de contento.

Mr. de Taverney, como cuantos habian llegado sanos hasta aquel punto, se vió enteramente fuera de peligro.

Parecia increíble lo que vamos á referir, si no hubiésemos ya dado á conocer francamente á nuestros lectores el caracter del baron: pero es muy cierto que en medio de los tormentos de tan terrible noche, Mr. de Taverney (Dios se lo perdone) no pensó mas que en sí mismo.

Añadia el baron á su complexion poco sensible el ser hombre de accion, y

sabido es que en las grandes crisis de la vida, esta especie de temperamentos se rijen siempre por la máxima de Cesar, *Age quod agis*.

No diremos, pues, que Mr. de Taverney se acababa de portar como egoista, contentándonos sin embargo con asegurar que habia estado distraido.

Pero al verse ya sobre la tierra firme del boulevard, dueño de sus movimientos, al ver que dichosamente se habia salvado de la muerte para entrar de nuevo en la vida, y que era uno de aquellos á quienes la Providencia habia alargado su mano protectora y misericordiosa, el baron lanzó un grito de satisfaccion, al cual contestó con otro grito.

Pero este último, mucho mas débil que el primero, era á no dudarlo arrancado por el dolor.

—Hija mia!... exclamó, hija mia!...

Y permaneció inmóvil con los brazos caidos, cabizbajo, clavada la vista en el suelo, reuniendo sus recuerdos y pensando en todos los pormenores de tan cruel separacion.

—Pobre caballero! murmuraron á su lado algunas compasivas mujeres, y poco despues formóse en torno suyo un círculo de desgraciados ó venturosos, cuya única ocupacion, cuyo mas ardiente deseo consistia en quejarse y preguntar.

Mr. de Taverney no abrigaba, como ya sabemos, instintos populares, y encontrándose mal en medio de aquella muchedumbre quejumbrosa, hizo un esfuerzo para alejarse, y se separó al fin, aunque no podemos menos de confesar en honor suyo, que dió algunos pasos hácia la plaza.

Pero aquellos pasos iban dirigidos por el amor paternal, que nunca se amortigua enteramente en el corazon del hombre, de manera que pocos instantes despues, se detuvo aconsejado por la prudencia.

He aqui la marcha progresiva de su dialéctica en el acto de tomar la última determinacion.

En primer lugar, la imposibilidad de poner los pies en la plaza de Luis XV, llena de escombros y de cadáveres: por otra parte, la multitud que salia en todas direcciones, y tan absurdo era rom-

per sus oleadas amenazadoras, como insensato para el nadador tratar de remontarse en la presa que baja estrepitosamente desde el Rhin á Schaffhouse.

Ademas, aun cuando la mano del Omnipotente le guiase por aquel mar inmenso de cuerpos humanos, cómo encontrar á una mujer entre cien mil mujeres? Para qué esponerse de nuevo y sin esperanza de conseguir cosa alguna á una muerte que milagrosamente acababa de evitar?

Y luego acudia á su pecho la esperanza, ese divino resplandor que dora siempre á los ojos de los mortales las negras nubes de la mas lóbrega noche.

No se hallaba tal vez Andrea en compañía de su hermano Felipe, protegida por su brazo y lejos de aquel vasto cementerio, que solo repetia sollosos y plegarias de los vivos, sirviendo de estensa y funeraria sábana á los muertos?

Que él, hombre débil, vacilante anciano, hubiese cedido al torrente de la multitud, nada tenia de extraño: pero Felipe, aquella naturaleza ardiente y vigorosa; Felipe, cuyos músculos eran de ace-

ro, que podia considerarse como responsable de la vida y de la seguridad de su hermana... Oh! era imposible: Felipe habia sin duda luchado y vencido.

El baron, á fuer de buen egoista, adornaba á su hijo de todas las cualidades de que el ogoismo carece y que escluye con gusto de la naturaleza de sus propios individuos, considerando á los demas, fuertes, jenerosos y valientes: para el egoista no dejan de serlo tambien, es decir, sus adversarios, sus enemigos, todos los hombres que no reunen las mencionadas cualidades, porque se le figura que le roban las ventajas que cree tener él solo derecho á sacar de la sociedad.

Tranquilizado Mr. de Taverney por la fuerza de sus propios é interesados raiocinios, sacó al momento la natural consecuencia de que Felipe habia salvado á su hermana, que tal vez perderia tambien algun tiempo buscando á su padre para librarlo de aquel infierno: pero que segun todas las probabilidades habria vuelto á tomar el camino de la calle Coq-Heron acompañando á su hermana, que deberia es-

tar muy asustada por las ocurrencias de la noche.

Dando pues la vuelta y bajando por la calle del convento de Capuchinos, llegó á la plaza de la Conquista ó de Luis el Grande, llamada hoy de las Victorias; mas no bien estuvo á veinte pasos de su morada, cuando Nicolasa, que se hallaba como de ceatinela en el umbral de la puerta hablando con algunas comadres exclamó:

—Y el señor Felipe? Y la señorita Andrea? Qué ha sido de ellos?

Porque ya todo París sabia por los primeros fujitivos la catástrofe de aquella noche, exajerada por el terror.

—Dios mio! exclamó el baron algun tanto conmovido, pues qué! no han vuelto?

—No por cierto: no se les ha visto por aqui.

—Se habrán visto precisados á rodear por otras calles, repuso el baron cada vez mas trémulo, segun iban desapareciendo los cálculos de su lójica.

No pudo por consiguiente hacer otra cosa que situarse acompañado de Nicolasa que sollozaba y de La-Brie que eleva-

ba las manos al cielo.

—Ah! Ya llega el señorito Felipe, gritó Nicolasa con un acento de terror imposible de describir al ver que el hijo del baron se adelantaba solo, desesperado, muerto de fatiga entre las tinieblas de la noche.

—Ha venido mi hermana? preguntó tan luego como hubo divisado el grupo que obstruía el umbral de la puerta.

—Dios mio! Dios mio! exclamó con acento lleno de tristeza el baron que no acertaba á dar un paso.

—Andrea! mi pobre Andrea! esclamaba el jóven acercándose lentamente; dónde está?

—No la hemos visto, no está con nosotros, contestó Nicolasa llorando amargamente. Querida señorita! Ay! qué desgracia!

—Y osas presentarte sin ella! gritó el baron con una cólera tanto mas injusta, cuanto que ya hemos visto los resultados de su inflexible lójica secreta.

Felipe por única respuesta, se acercó á él y le enseñó su rostro ensangrenta-

do y su brazo roto y pendiente de su cuerpo como una rama inútil y muerta.

—Santo cielo! murmuró Taverney, Andrea! infeliz Andrea!

Y pudiendo apenas sostenerse, se dejó caer sobre el banco de piedra inmediato á la puerta.

—La encontraré viva ó muerta gritó Felipe con doloroso acento.

Y volvió á emprender nueva marcha con desesperada actividad, procurando ocultar su mano izquierda, ayudándose con la derecha, entre los botones de su levita, pues aquel brazo roto le estorbaba para penetrar otra vez entre la multitud.

Entonces fué cuando encontró en el funesto campo de los muertos, que ya hemos visitado, á Rousseau, á Jilberto y al terrible cirujano empapado en sangre, que mas se asemejaba á un ser infernal, nuncio de los horrores de aquella noche, que al jénio benéfico que acudia al socorro de las víctimas.

El hijo del baron errante durante largo tiempo en la plaza de Luis XV, pues

no le era posible separarse de las paredes del guarda-mueble, en cuyas inmediaciones habia sido hallado Jilberto, ni dejar de contemplar aquel pedazo de vestido blanco que el jóven habia conservado, y estrechaba tristemente contra su pecho.

Por último, cuando los primeros resplandores, del dia comenzaban ya á iluminar el Oriente, estenuado, viéndose espuesto á caer entre los cadáveres que le impedían el paso, mas pálido que los mismos muertos, sobrecojido de un vértigo extraño y esperando tambien como habia esperado su padre, encontrar á Andrea en su casa, dirijióse maquinalmente hácia la calle de Coq-Heron.

Divisó desde lejos en el umbral de la puerta el mismo grupo que allí habia dejado, y no tardó en conocer que Andrea no formaba parte de él.

—Qué noticias traes? preguntó el baron temblando al reconocerle.

—Ah! Conque es cierto que no ha vuelto! repuso Felipe.

—No, no, no, exclamaron á una voz el baron, Nicolasa y La-Brie.

—Pero ninguna noticia, ninguna informacion, ninguna esperanza...

—Nada, nada...

El jóven cayó rendido de dolor y cansancio en el banco de piedra, mientras su padre exhalaba una esclamacion salvaje.

Casi al mismo tiempo, un fiacre apareció en la calle, se fué aproximando poco á poco y se detuvo por último en la puerta de Mr. de Taverney.

Divisabase por los cristales la cabeza de una mujer que parecia desmayada: Felipe sobresaltado con aquella aparicion se incorporó, abrióse la portezuela del fiacre, y un hombre bajó de él, llevando en sus brazos á Andrea, al parecer inanimada.

—Al fin nos la traen! pero muerta! muerta! exclamó Felipe cayendo de rodillas.

—Muerta! repitió débilmente su padre. Ah! caballero, decidme si es cierto que....

—No lo creo, señores, repuso tranquilamente el hombre que sostenia á Andrea, antes bien me figuro, que esta se-

ñorita solo está desmayada.

—Dios mio! El hechicero! gritó Taverney.

—El Sr. baron de Bálamo! murmuró Felipe.

—El mismo, caballeros, y me doy el parabien por haber reconocido á la señorita de Taverney en medio de tan terrible conflicto.

—Dónde la habeis encontrado? preguntó Felipe.

—Cerca del guarda-mueble.

—Efectivamente, continuó aquel, y pasando al punto de la alegría á la desconfianza, añadió:

—Muy tarde la devolveis, señor baron.

—Caballero, repuso este con sosiego, ya podeis facilmente comprender el apuro en que hé debido encontrarme: ignoraba donde vivia la señorita vuestra hermana, y la mandé conducir á casa de la señora marquesa de Saviñí, que es amiga mia, y habita cerca de las caballerizas reales. Allí este mozo que estais viendo, y me ayudaba á sostener á la señorita.... acercaos Comtois.

Bálsamó acompañó sus últimas palabras con una seña, y al punto salió del fiacre un hombre con librea de la casa real.

—Allí, como os decia, continuó Bálsamo, este honrado mozo, que pertenece á la real servidumbre, reconoció á vuestra hermana por haberla conducido una noche desde la Muelle á vuestro domicilio. La señorita debe este feliz encuentro á su maravillosa hermosura: la he hecho colocar á mi lado en el fiacre, y ahora tengo el honor de devolveros con todo el respeto debido á la señorita de Taverley.

Dicho esto, depositó á la jóven entre los brazos de su padre y de su doncella.

Taverney sintió deslizarse por primera vez una lágrima de sus ojos, y aun cuando se admiró interiormente de aquel exceso de sensibilidad, la dejó correr con libertad por sus mejillas. Felipe ofreció á Bálsamo la única mano de que podia disponer, diciendo:

—Caballero: ya conoceis mi nombre y no ignorais donde vivo: mi mayor deseo es que se presenten ocasiones en que

pueda manifestaros mi reconocimiento por el singular favor que acabais de hacer á mi familia.

—He cumplido un deber, contestó Bálamo, y no olvido que os debia la hospitalidad que me concedió vuestro padre en Taverney.

Saludando despues á todos, dió algunos pasos para retirarse, sin contestar á la oferta que el baron le hacia para que entrase en su casa: pero volviéndose de pronto, añadió:

—Dispensadme, señores, si he olvidado dejaros las señas del domicilio de la señora marquesa de Saviñí. Vive calle de San Honorato, muy cerca de los Fuldenses: digo esto, por si la señorita de Taverney cree de su deber visitarla.

En estas esplicaciones, en esta precision de pormenores, en esta acumulacion de pruebas, habia tanta delicadeza, que Felipe, y aun el mismo baron no pudieron menos de notarla.

—Caballero, contestó el segundo; mi hija os debe la vida.

—Lo sé, señor baron, repuso Bálamo,

y me considero muy dichoso.

En seguida acompañado de Comtois, que no quiso aceptar un bolsillo que le alargó Felipe, montó Bálsamo en el fiacre y desapareció.

Casi en el mismo instante, como si la partida de su libertador hubiera hecho cesar el desmayo que la sobrecojia, abrió Andrea los ojos: pero permaneció por algunos momentos muda, inmóvil, aturrida y sin fuerzas.

—Dios mio! Dios mio! murmuró Felipe: es posible que el cielo no nos la devuelva sino para tenerla que llorar? Se habrá vuelto loca?

Andrea manifestó comprender estas palabras con un movimiento de cabeza: sin embargo, continuó silenciosa, como si la dominase el imperio de un éxtasis extraño.

Estaba entonces en pié, y con un brazo estendido en la direccion de la calle por donde se habia retirado Bálsamo.

—Vamos, vamos, dijo el baron, ya es tiempo que esto concluya. Felipe, sésen á tu hermana y entremos.

El jóven ofreció á Andrea el brazo que le quedaba útil; esta se apoyó en Nicolasa, y como si estuviese dormida, se dirigió á su pabellon.

Allí fué donde recobró el uso de la palabra esclamando:

—Felipe! Padre mio!!

—Ah! ya nos reconoce! gritó el primero loco de alegría.

—Sí, si, os reconozco muy bien: pero Dios mio! Qué ha sucedido esta noche?

Diciendo estas palabras, cerró de nuevo los ojos, no por efecto de un segundo desmayo, sino á impulsos de un sueño apacible y tranquilo.

Nicolasa se quedó con ella en el pabellon, la desnudó, y la acostó en su lecho.

Al entrar Felipe en su cuarto, encontró un médico que el previsor La-Brie habia ido á buscar desde el momento en que desapareció toda especie de inquietud respecto á Andrea.

Examinó el doctor el brazo de Felipe que no estaba precisamente roto, sino desencajado, de modo, que una presion hábilmente dirigida, aunque muy dolorosa,

bizo que el eje entrase en la articulacion de que habia salido.

Concluida esta operacion, Felipe que no estaba todavia bastante tranquilo con respecto á su hermana, condujo al facultativo hasta el pabellon en que aquella descansaba.

Tomó el médico el pulso á la jóven, y despues de observar la respiracion, se sonrió diciendo:

—El sueño de vuestra hermana, es tan sosegado y tan puro como el de un niño. Dejadla dormir, caballero, pues es el único remedio que necesita.

Por lo que toca al baron, suficientemente satisfecho con la vuelta de sus hijos, hacia mucho tiempo que descansaba en los brazos del sueño.

### CAPÍTULO III.

#### Mr. de Jussieu.

Si volvemos ahora á la casa de la calle de Platriere, donde Mr. de Sartines enviara á su agente, encontraremos en la mañana

del 31 de Mayo á Jilberto tendido sobre un colchon en el aposento de Teresa, y á esta y Rousseau acompañados de varios vecinos contemplando aquella triste muestra del gran acontecimiento que habia llenado de espanto á Paris.

Jiberio, pálido y ensangrentado, habia abierto los ojos, y desde el momento en que pudo recobrar su razon, trató de incorporarse; para observar cuanto le rodeaba como si aun se hallase en la plaza de Luis XV.

— Su semblante espresó al principio una profunda inquietud que no tardó en convertirse en indefinible alegría: poco despues desapareció esta bajo una nube de tristeza que de nuevo oscureció su rostro.

—Padeceis, hijo mio? le preguntó Rousseau estrechando su mano con tierna solicitud.

—Ah! dijo Jilberto: quién me há salvado? quién há pensado en mí, en un hombre abandonado y solo en el mundo?

—No estábais muerto, amigo mio, y esto es lo que os há salvado: ha pensado en vos, aquel que piensa en todos.

—Pero no dejaba de ser una imprudencia, murmuró Teresa, el ir á mezclarse en semejantes barullos.

—Sí, sí, no hay duda, es una imprudencia, repitieron en coro los vecinos.

—Señores, poco á poco, replicó Rousseau: no hay imprudencia en hacer aquello que no presenta un peligro patente, y no hay peligro patente en ir á ver unos fuegos artificiales. Si efectivamente ocurre en tal caso una catástrofe, los hombres sobre quienes recae no son imprudentes, sino desgraciados. Yo creo, señores, que nosotros mismos que ahora murmuramos de los demás, hubiéramos hecho otro tanto.

Jilberto estendió la vista en torno suyo, y conociendo que se encontraba en el aposento de Rousseau, trató de hablar; mas el esfuerzo que hizo agolpó su sangre á la boca y á las narices, y el infeliz volvió á perder el sentido.

Juan Jacobo que habia recibido acerca del caso varias instrucciones del cirujano de la plaza de Luis XV, no manifestó la menor sorpresa, pues espera-

ba aquel resultado, por cuyo motivo habia dispuesto colocar al enfermo en un colchon sin sábanas.

—Ahora, dijo á Teresa, ya puede acostarse definitivamente este desgraciado.

—En dónde?

—Aquí mismo, en mi cama.

Oyó Jilberto estas palabras, pero la debilidad le impidió contestar á ellas tan pronto como deseaba: hizo sin embargo un violento esfuerzo, y volviendo á abrir los ojos dijo:

—No, no; allá arriba.... arriba.

—Quereis volver á la buhardilla?

—Con mucho gusto si os parece bien.

Y acabó de espresar mas bien con los ojos que con la lengua este deseo, dictado por un recuerdo mas poderoso que el dolor, y que en su ánimo era tambien mucho mas fuerte que el raciocinio.

Rousseau que participaba de todos los escesos de la sensibilidad, comprendió aquel deseo, pues contestó al punto:

—Está bien, hijo mio, os llevaremos arriba. Ya vez Teresa, dijo á esta; no

quiere incomodarnos.

Teresa aprobó con entusiasmo la determinacion del jóven, y lo trasladó al punto á la buhardilla que acababa de solicitar tan esplicitamente.

A eso de medio dia fue Rousseau á pasar junto á su discípulo el tiempo que otros dias solia emplear en el arreglo por colecciones de sus vejetales favoritos, y el jóven, algo mas tranquilo, le refirió con voz baja y fatigosa los pormenores de la pública catástrofe de la noche anterior, ocultándo sin embargo, el motivo que le habia obligado á asistir á aquella funcion, y suponiendo que la curiosidad le habia únicamente conducido á la plaza de Luis XV.

Rousseau no podia tampoco sospechar otra cosa sin ser adivino.

Así fué que no manifestó á Jilberto la menor sorpresa, contentándose con las preguntas que ya le habia hecho y recomendándole la paciencia. Tampoco le habló del pedazo de tela que habian hallado en su mano, cuando le encontraron, y del cual se habia apoderado Felipe.

Sin embargo, aquella conversacion que para los dos se acercaba tanto al interes real y á la verdad positiva, no era por eso menos amena, y á ella se entregaban con la mayor efusion, cuando sonaron repentinamente los pasos de Teresa en la buhardilla.

—Jacobo! gritó, Jacobo!

—Qué hay?

—Algún príncipe que viene sin duda á visitarme, dijo Jilberto sonriendo con melancolia.

—Jacobo! repitió Teresa.

—Vamos, ya oigo, qué se ofrece?

—Mr. de Jussieu está abajo, repuso Teresa, y habiendo sabido que anoche te vieron en la plaza, viene á informarse si estás herido ó lastimado.

—Ese caballero es un escelente sugeto, dijo Juan Jacobo, como todos los que por aficion ó por necesidad se acercan á la naturaleza orijen de todos los bienes. Permaneced tranquilo, Jilberto, y no os movais de aquí, que pronto vuelvo.

—Gracias, gracias, murmuró el jóven mientras Rousseau salia de la buhardilla.

Pero no bien hubo atravesado el umbral, cuando incorporándose Jilberto del mejor modo que pudo, se arrastró hasta el ventanillo, desde el cual se descubria la ventana del pabellon de Andrea.

Mucho esfuerzo era para un jóven casi estenuado y sin ideas espeditas subirse á un taburete, separar el bastidor del ventanillo, y encaramarse hasta la arista del techo: nuestro jóven pudo al fin conseguirlo; pero llegado al punto que deseaba, se le oscureció la vista, tembló su mano, humedeciéronse de sangre sus lábios, y cayó desplomado sobre el piso de la buhardilla.

En este instante abrióse la puerta y Juan Jacobo entró precediendo á Mr. de Jussieu, al cual dirijia mil cumplimientos.

— Cuidado, cuidado, querido sabio, le decía: bajad un poco la cabeza, porque esta habitacion... en fin, ya veis que no estamos en un palacio.

— Muchas gracias, bien sabeis que tengo buenos ojos y mejores piernas, repuso el distinguido botánico.

— Jilberto! gritó Rousseau, este caba-

llero viene á visitaros. Ah! qué es esto, Dios mio! añadió el filósofo viendo el lecho vacío: donde está? El infeliz se ha levantado!

Y al ver el ventanillo abierto, se preparaba ya á dirigir á su discípulo un sermón paternal, cuando incorporándose Jilberto con trabajo, le dijo con apagado acento:

—Tenia tanta necesidad de aire!

Rousseau no tuvo valor para reprenderle, porque en su rostro se retrataba lo mucho que interiormente sufría.

—En efecto, observó Mr. de Jussieu, aquí hace un calor insoportable. Veamos jóven, veamos; dejad que os tome el pulso, pues tambien soy médico.

—Y mejor que otros muchos, añadió Rousseau, porque lo sois del alma y del cuerpo.

—Me honrais demasiado, murmuró el joven débilmente y procurando ocultarse en su cama á las miradas de sus favorecedores.

—Mr. de Jussieu se ha empeñado en visitaros, dijo Rousseau, y he aceptado su

oferta. Vamos, doctor, qué decís de ese pecho?

El hábil anatómico palpó los huesos y examinó la cavidad por medio de una observacion detenida y concienzuda.

—El interior es bueno, contestó; pero quién diablo os ha estrechado en sus brazos con tanta fuerza?

—Ah! señor, la muerte, repuso Jilberto. Juan Jacobo miró al jóven con admiracion.

—Efectivamente, estais muy magullado, sí, terriblemente magullado; pero eso desaparecerá con tónicos, con el aire puro y con distracciones.

—Nada de distracciones, replicó Jilberto observando á Rousseau, pues no están destinadas para mí.

—Qué quiere decir? preguntó Mr. de Jussieu.

—Este jóven es incansable para el trabajo, contestó el filósofo.

—Hace bien, pero estos dias no se teabaja.

—Para vivir es preciso trabajar siempre, repuso Jilberto.

—Bah! muy poco alimento debeis consumir ahora, y las tisanas que tomareis no cuestan mucho.

—Por poco que cuesten, yo no recibo limosna.

—Estais loco, replicó Juan Jacobo, y exajerais todas las cosas, por lo cual os prevengo que hareis cuanto el señor ordena, pues ha de ser vuestro médico aunque os pese.—Podreis creer, añadió dirijiéndose á Mr. de Jussieu, que me ha suplicado que no llame facultativo.

—Por qué?

—Para no ocasionarme ese gasto: es muy orgulloso nuestro enfermo.

—Sin embargo, observó Mr. de Jussieu sin dejar de examinar con el mas vivo interés aquella cabeza intelijente y espresiva de Jilberto: por orgulloso que sea un hombre, no puede de modo alguno hacer mas de lo posible. Os creeis, pues, en situacion de trabajar, despues de haber caido desplomado por no poderos sostener en un ventanillo?

—Efectivamente, siento mucha debilidad, murmuró el jóven.

—Y por lo tanto necesitais indispensablemente algun descanso moral..... Vivís en casa de un hombre con quien todo el mundo cuenta menos su huésped.

Agradecido Juan Jacobo á este delicado cumplimiento que le dirijia tan ilustre personaje, estrechó su mano afectuosamente.

—Ademas, prosiguió Mr. de Jussieu, pronto sereis objeto de los cuidados paternales del rey y de los principes.

—Yo! exclamó Jilberto.

—Vos, pobre victima de tan deplorable acontecimiento. Al saberlo, el delfin, ha manifestado el dolor mas profundo y sincero, y la delfina que se preparaba á marchar para Marly se ha quedado en Trianon, á fin de hallarse mas cerca de los desgraciados á quienes ha mandado suministrar eficaces auxilios.

—Es cierto lo que decís? preguntó Rousseau.

—Ciertísimo, mi querido filósofo, y no se habla de otra cosa, sino de la carta que ha escrito el delfin á Mr. de Sartes.

—No ha llegado á mi noticia.

—Es un acto admirable de caridad. El delfin recibe cada mes dos mil escudos de pension, y viendo esta mañana que no se les enviaban, recorria pensativo y dando pruebas de su disgusto todas las habitaciones de palacio, hasta que cansado por último de esperar, envió repetidas órdenes al tesorero, quien le llevó la suma mensual que le corresponde. El príncipe sin perder minuto la ha remitido á Paris con una carta á Mr. de Sartines, el cual me la ha comunicado al instante.

—Conque habeis visto hoy á Mr. de Sartines? interrumpió Rousseau.

—Si, acabo de separarme de él, repuso Mr. de Jussieu no sin demostrar alguna turbacion: necesitaba algunas semillas que él puede facilitarme; de modo que la delfina, continuó con viveza, permanecerá por ahora en Versailles, para cuidar de sus enfermos y heridos.

—Sus enfermos y heridos!

—Sí, pues no es el señor Jilberto quien únicamente ha padecido. Oh! el

pueblo solo ha pagado esta vez una contribucion parcial de sangre, y entre los heridos se cuentan muchisimos nobles.

Jilberto escuchaba con una avidéz y una ansiedad inesplicables, pues le parecia á cada instante que el nombre de Andrea de Taverney iba á salir de los labios del célebre naturalista.

Mr. de Jussieu se levantó.

—Es decir que habeis concluido vuestra visita, dijo Rousseau.

—Sí, y mi ciencia es enteramente inútil para este enfermo, á quien solo hace falta aire puro, ejercicio moderado, y algunos paseos por el campo: Ah! una vez que hablo de campo....

—Qué?

—Trato de emprender mañana un reconocimiento botánico en el bosque de Marly. Sois capaz de acompañarme, mi ilustre y aventajado compañero?

—Oh! repuso Juan Jacobo, decid mas bien vuestro admirador indigno.

—Y de este modo se presenta tambien una ocasion propicia, para que venga con nosotros este jóven y se pasee.

—Tan lejos?

—Si está á dos pasos de aquí: mirad. Iremos en mi carruaje hasta Bougival, nos dirigiremos á Luciennes por el camino de la Princesa y entraremos en el bosque de Marly. Como á fuer de botánicos tendremos que detenernos á cada instante, el joven Jilberto llevará una silla de tijera, y mientras nosotros herborizamos, recobrá él las fuerzas y la vida.

—Sois un hombre admirable, mi querido sábio, exclamó Juan Jacobo.

—Dejadme obrar, pues en ello tengo un interés particular: no ignoro que habreis ya preparado un envidiable y concienzudo trabajo acerca de los musgos, tarea que yo tambien he emprendido, pero en la cual voy caminando á ciegas. Esto quiere decir, que confio en vuestras luces para que me sirvan de guia.

—Oh! exclamó Rousseau, cuya satisfaccion brilló en sus ojos aunque procuró disimularla.

—Tambien tendremos allí, continuó el botánico, preparado un almuerzo ligero á la sombra de los árboles, y tampoco nos fal-

tarán magníficas flores.... Conque.... Es cosa hecha?

—Sin duda.

—Corriente: queda dispuesta la partida para el domingo.

—Partida deliciosa! Ya me parece que solo tengo quince años, pues disfruto de antemano todos los placeres de que pienso gozar, contestó Rousseau con una satisfacción infantil.

—Y vos, amigo mio, preparad vuestras piernas para el paseo del domingo.

Jilberto murmuró algunas palabras, como dando las gracias, que Mr. de Jus-sieu no pudo oír, y los dos botánicos salieron de la buhardilla, dejando al jóven entregado á sus pensamientos, y sobre todo, á sus temores.

## CAPÍTULO IV.

### Vuelta á la vida.

En tanto que Juan Jacobo creia haber dejado en completa tranquilidad á su enfermo, mientras su esposa referia á los ve-

cinos que, merced á las prescripciones del sábio facultativo, ya se encontraba Jilberto fuera de peligro inspirando á todos su salud las mas halagüenas esperanzas, el joven se precipitaba en otro peligro mucho mayor que todos los que hasta entonces le habian hecho arrostrar su obstinacion y sus incesantes desvarios.

Rousseau no abrigaba sin embargo una confianza tan absoluta que le cegase hasta el punto de abandonar todas sus sospechas fundadas en un raciocinio filosófico.

Conociendo que su jóven discípulo estaba loco de amor, y habiéndole sorprendido en fragante delito de rebelion á los mandatos medicinales, opinó desde luego que reincidiria en las mismas faltas, si se le dejaba enteramente á su libertad.

En consecuencia, y como buen padre de familia, habia dejado cuidadosamente cerrado el candado de la buhardila, permitiéndole, aunque sin decírselo, asomarse al ventanillo, pero sin dejarle el menor recurso para que pudiese pasar de la puerta.

Imposible nos parece pintar la rabia y los proyectos que inspiró á Jilberto aquella tierna solicitud que convertia en cárcel su buhardilla; pues para ciertas naturalezas la contradiccion es fecundísima en recursos.

Jilberto desde entonces no pensó mas que en Andrea, en la felicidad de verla y de vijilar, aun cuando fuese á cierta distancia, los progresos de su convalecencia.

Pero la señorita de Taverney no se asomaba á las ventanas del pabellon. Únicamente Nicolasa entraba en él para llevar á la enferma sus tisanas, mientras el baron se paseaba por el jardin tomando tabaco con todas sus fuerzas como para despertar en su mente pasados recuerdos. Esto es lo que únicamente lograba ver Jilberto cuando examinaba con avidez la profundidad de los aposentos y la espesura de las paredes.

Sin embargo, aquellas dos personas le tranquilizaban algun tanto, porque su presencia indicaba una enfermedad, y no una muerte.

—Allí, murmuraba el infeliz, tras aquella puerta, ó tras aquella mampára, alienta, suspira y padece la que yo adoro hasta la idolatría, la que con su sola presencia inunda de sudor mi frente y hace temblar todos mis miembros, la que sujeta mi existencia á la suya, y la que respira por mí y por ella cuando yo no puedo respirar.

Inclinado entonces fuera del ventanillo, y en una postura que hubiera hecho creer á la curiosa Chon, que iba á caer veinte veces en una hora, tomaba el jóven con su vista perspicaz medida á los tabiques, á los pisos y á todos los ángulos del pabellon, maquinando en su cabeza un plan exacto de las piezas que lo componian. Allí debia dormir Mr. de Taverney: al otro lado estaria la despensa, la cocina y el cuarto de Felipe: contíguos á este, el aposento de Nicolasa y el gabinete de Andrea, santuario á cuya puerta quisiera él pasar un cuarto de hora de rodillas aunque le costase la vida.

El tal santuario, con arreglo á las ideas de Jilberto, era una gran pieza cor-

respondiente al piso bajo, precedida de una antesala con puerta vidriera, en la cual se hallaba la cama de Nicolasa, si hemos de atenernos á los cálculos de nuestro enamorado enfermo.

—Oh! exclamaba aquel loco en sus accesos de furor, dichosos los seres que pisan ese jardin que se divisa desde mi ventanillo y desde los de la escalera; dichosos los indiferentes que destrozan con sus plantas esos hermosos cuadros de flores, porque pueden oír durante la noche los suspiros y las quejas de la señorita Andrea.

Del dicho al hecho hay gran trecho; pero todo lo aproximan las inteligencias privilegiadas, pues siempre encuentran medios que obstinadamente se ocultan á las demas, ven la realidad en medio de los mayores imposibles, echan puentes sobre los ríos y escalan las montañas.

Jilberto no hizo al principio mas que desear con todo ahinco la ejecucion de un plan que todavia no habia formado, pero que se creia capaz de conseguir; mas á pesar de su decidido empeño, no podia menos de conocer que tendria que luchar con

terribles obstáculos, y esto le desalentaba.

Sin embargo, poco á poco reflexionó despues, que aquellos seres afortunados á quienes tanta envidia tenia, no eran mas que simples mortales dotados como él de piernas para andar por el jardin, y de brazos para abrir las puertas, imaginando al mismo tiempo la dicha que debia experimentar al introducirse furtivamente en aquella casa vedada y al aproximar su oido á las persianas que daban paso al ruido del interior.

Jilberto no se contentaba ya con desear; y queria poner inmediatamente en ejecucion sus planes.

Ademas, iba recobrando las fuerzas con rapidez, porque la juventud es rica y abundante en recursos; de modo que al cabo de tres dias y con ayuda de la fiebre, nuestro jóven se sentia con mas vigor que nunca.

Conoció desde luego que habiéndole encerrado Rousseau, se hallaba vencida una de las mayores dificultades, la de entrar en casa de la señorita de Taverney por la puerta, pues esta daba á la calle de Coq-

Heron y hallándose él encerrado en la de Platriere, era imposible salir ni esta ni aquella, y por consiguiente no tenia necesidad de pensar en puertas.

Quedábanle únicamente las ventanas, la de su buhardilla caia perpendicularmente al jardin; pero tenia cuarenta y ocho pies de elevacion.

Solo un loco ó un borracho, hubiera tomado la determinacion de bajar por ella.

—Ah! exclamaba en su ira: las puertas son sin duda alguna una magnifica invencion. Y el mismo Rousseau, nada menos que un filósofo me las cierra! Facilmente lograria hacer pedazos el candado; pero tendria entonces que renunciar á volver á esta casa hospitalaria.

—Escaparme de Luciennes, escaparme de la calle Platriere despues de haberme escapado de Taverney, escaparme de todas partes, es ponerme voluntariamente en el caso de no poder mirar á la cara á alma viviente, sin que todos me acusen de lijereza ó de ingratitud. No, no, conviene que nada sepa mi protector.

Y colocado ya en el ventanillo prosi-

guió Jilberto de este modo:

—Con las piernas y manos, instrumentos naturales del hombre libre, me aterraré á las tejas, y siguiendo la canal, muy angosta por cierto, pero recta, y que es por consiguiente el camino mas corto de un punto á otro. llegaré si me es posible, á la ventana paralela á la mia, que cae á nuestra escalera. Si no logro llegar á ella caeré al menos al jardin, todo el mundo se alarmará, saldrán del pabellon, volarán á mi auxilio, me reconocerán y moriré noble y poeticamente, porque escitaré la compasion; este medio es excelente.

Pero si por el contrario, llego como es de presumir, me deslizo por el ventanillo de la escalera, bajo sin zapatos hasta el piso principal, que tambien tiene una ventana que dá al jardin y que está á quince pies de altura: desde allí salto y asunto concluido.

Pero el caso es que se agotarán mis fuerzas y mi ajilidad: no importa, hay una espaldera que me servirá de apoyo... pero podrá fácilmente romperse con el peso de mi cuerpo, porque está carcomida, en cuyo

caso me desplomaré, y sin morir noble y poéticamente, tendré que levantarme cubierto de yeso y de barro, con el vestido desgarrado y lleno de vergüenza como sucede al ladrón de fruta cuando cae de un árbol... Oh! esto es terrible! Mr. de Taverney mandará que el conserje me solfee las espaldas y que La-Brie me estire las orejas.

Nada de eso: aquí tengo veinte pedazos de bramante, que unidos formaran una cuerda, ó por mejor decir: pediré á la señora Teresa todos sus bramantes por una sola noche, los anudaré, y despues que llegue sano y salvo á la ventana del primer piso, amarraré á ella mi cuerda y bajaré al jardín.

Jilberto se afirmó cada vez mas en su resolucion, y despues de haber inspeccionado la canal del tejado, medido la cuerda que hasta entonces podia disponer, y observado la altura que le separaba del blanco de sus deseos, se puso á trenzar los bramantes á fin de dar consistencia á la cuerda: despues ensayó sus fuerzas colgándose de una viga del desvan, y viendo que á pesar de los esfuerzos que hiciera solo

una vez habia arrojado sangre, quedó irrevocablemente decidida en su mente la expedicion nocturna.

A fin de mejor engañar á Rousseau y á Teresa, finjió que aun se sentia muy débil y no se levantó hasta las dos, hora en que despues de haber comido, solia salir el filósofo á paseo, del cual no volvia hasta la noche.

Jilberto manifestó que tenia tanto sueño, que probablemente no despertaria hasta el dia siguiente, á lo cual contestó Juan Jacobo que debiendo ir á comer fuera de casa, se alegraba mucho de que su jóven discípulo se recojiese tan temprano para restaurar sus perdidas fuerzas.

Separáronse ambos muy satisfechos el uno del otro: mas apenas salió Rousseau cuando Jilberto siguió trenzando sus bra-  
mantes, tarea que por fin dejó del todo concluida.

Volvió á tantear la canal y las tejas, y en seguida se puso á examinar el jardin esperando que llegase la noche.

## CAPÍTULO V.

### Viaje aéreo.

Luego que Jilberto hubo preparado su desembarco en la enemiga playa, pues así calificaba el jardín del baron de Taverney, se ocupó en explorar el terreno desde su ventana con la atención profunda de un hábil estratéjico que se prepara á dar una batalla; mas de repente y con gran admiracion suya, ocurrió una escena que escitó vivamente su atención.

Una piedra, hendiendo los aires, pasó por encima de la tapia del jardín y dió contra un ángulo de la casa.

No ignoraba Jilberto que no hay efecto sin causa, y por lo mismo se dedicó á investigar la causa, despues de haber visto el efecto.

Pero por mas que sacó el cuerpo fuera de la ventana, no pudo divisar la persona que habia lanzado la piedra desde la calle.

Lo único que pudo comprender, fué que esta maniobra coincidía precisamente

con otra, pues vió que se abria con precaucion una de las contraventanas del piso bajo y que se asomaba la cabeza de Nicolasa.

Al reconocerla ocultóse con precipitacion Jilberto para no ser notado, pero sin perder de vista los movimientos de la joven astuta.

Despues de examinar esta de hito á hito todas las ventanas, y muy particularmente las de su misma casa, salió de ella dirijiéndose al jardin hacia la parte que ocupaba la espaldera, en la cual se veian algunos encajes secandose al sol.

Precisamente habia caido junto á la espaldera aquella piedra que llamaba la atencion de Jilberto y de Nicolasa. El primero observó que la segunda empujaba con el pié aquel objeto de tanta importancia en aquel instante, y que le seguia empujando hasta hacerle llegar al acirate abrigado por la espaldera.

Entonces Nicolasa comenzó á hacer como que recojia los encajes tendidos, y dejó caer en el suelo uno de ellos que levantó al punto, cojiendo tambien al mis-

mo tiempo la piedra codiciada.

Nada podia Jilberto adivinar aun: mas viendo que la doncella quitaba á la piedra una cubierta de papel, llegó á persuadirse de que el asunto merecia la mayor consideracion por su parte.

Era nada menos que un billete que Nicolasa acababa de recibir pegado á la piedra.

Poco tardó la taimada en desplegarlo, leerlo y ocultarlo en el pecho: concluida esta última operacion nada la detenia ya en aquel sitio, porque ya se habian secado enteramente los encajes.

Jilberto, sin embargo, movia la cabeza con ese ciego egoismo del hombre cuando llega á despreciar á una mujer, que Nicolasa era efectivamente una criatura viciosa, y que él se habia portado muy bien, moral y politicamente hablando, al separarse con tanta precipitacion como valor de una joven que recibia billetes por las paredes de los jardines.

Raciocinando así, aquel joven filósofo, que tan perfectamente hablaba de las causas y de los efectos, condenaba con todas

sus fuerzas, con toda su indignacion, un efecto del cual él era tal vez la única causa.

Nicolasa entró en el pabellon, y volvió á salir con una mano oculta en el bolsillo, del cual sacó en seguida una llave, que Jilberto vió brillar entre sus dedos, y la puso debajo de la puerta del jardin situada al extremo de la pared que comunicaba con la calle, y paralela á la otra puerta por donde entraba y salia la familia de la casa.

—Bien, dijo Jilberto: ya lo comprendo todo: tenemos en campaña un billete y una cita: Nicolasa no pierde el tiempo, de lo cual deduzco que ya tiene otro amante.

Y arragó el entrecejo, como un hombre persuadido de que la falta de su persona debia causar un vacio irreparable en el corazon de la mujer que habia abandonado, y que vé llenarse de pronto aquel vacio cuando menos lo espera.

—Esto puede contrariar mis proyectos, continuó el jóven que deseaba excusar su mal humor con un motivo cualquiera.—

No importa, añadió despues de algunos segundos de silencio: no me pesará conocer personalmente al galan que me sucede en el cariño de la señorita Nicolasa.

Pero como Jilberto tenia para ciertas cosas un gran fondo de justicia, calculó desde luego que el descubrimiento que acababa de hacer, circunstancia que hasta los mismos interesados ignoraban, le daba sobre Nicolasa una ventaja, de la cual sabria aprovecharse en tiempo oportuno, supuesto que conocia su secreto con pormenores que ella nunca se atreveria á negar, al paso que la joven solo sospechaba el suyo, y no se hallaba en el caso de presentar la menor prueba que pudiese condenar á nuestro filósofo.

Jilberto resolvió pues no olvidar estas circunstancias, cuando llegase ocasion de hacerlas valer.

Por último: entre las idas y venidas de Nicolasa, y las reflexiones de Jilberto, llegó la noche. Pero este comenzó entonces á temer una cosa: la llegada imprevista de Rousseau á su buhardilla: que el filósofo le sorprendiese escalando el tejado ó en-

medio de la escalera, ó que en fin llegase á conocer que el pájaro habia volado. En cualquiera de estos casos, debia estallar con violencia la cólera del jinebrino, y Jilberto trató de evitarla por medio de un billete, que escribió y dejó sobre la mesa dirigido al filósofo.

Dicho billete estaba contenido en estos términos.

«Mi querido é ilustre protector:

«No forméis de mí mala opinion por «haber tomado la libertad de salir de casa «á pesar de vuestros consejos. No puedo «tardar en volver á ella, si es que no me «veo espuesto á alguna nueva desgracia, «como la que ya he sufrido: pero aun «cuando así sea, aun cuando tenga que «arrostrar mayores peligros, necesito de- «jar mi reclusión por dos horas.»

—Ignoro lo que le diré despues, pensó Jilberto; pero al menos estoy seguro de que mi protector estará sin inquietud, y que no se enfadará mucho conmigo.

La noche era sombría y sofocante como sucede durante los primeros dias de la primavera, y el cielo tan oscuro, que la

vista mas ejercitada nada hubiera podido distinguir en el fondo de aquel negro abismo que con tanta atencion registraban las miradas de Jilberto.

Entonces, y solo entonces, fué cuando el jóven se hizo cargo por primera vez de que respiraba con dificultad, y de que bañaba su frente y su pecho un copioso sudor frio, señal indudable de debilidad y de atonia. La prudencia le aconsejaba que no se aventurase en semejante estado á una espedicion, en que necesitaba de todas sus fuerzas, de toda la seguridad de sus miembros y sentidos, no solo para el logro de la empresa, sino para la conservacion del individuo; pero Jilberto nada escuchó de cuanto le ofrecia á la imajinacion su instinto físico. La voluntad moral habia tenido mas poder sobre su corazon, y el enamorado filósofo obedió ciegamente sus inspiraciones.

Llegó entretanto la hora. Jilberto rodeó á su cuerpo en doce vueltas la cuerda que tenia preparada, y con el corazon palpitante comenzó á escalar el ventani-

llo: sostúvose con firmeza en el dintel del mismo, y dió su primer paso en la canal del tejado hacia el ventanillo de la derecha, que como ya dejamos espuesto, era el correspondiente á la escalera, y se hallaba separado del otro por unas doce toesas de distancia.

Metidos sus piés en un conducto de plomo de unas ocho pulgadas de ancho, que aunque sostenido de distancia en distancia por graponos de hierro cedia sin embargo por su blandura bajo el peso del joven; apoyadas las manos en las tejas que cuando más podian servirle de apoyo para conservar el equilibrio, pero de manera alguna de sosten en caso de desgracia, supuesto que las uñas no hacian presa en ellas: tal fué la posicion del filósofo Jilberto durante aquella escursion aérea, que duró dos minutos, es decir, dos eternidades.

Pero Jilberto estaba decidido á no tener miedo, y tal era el poder de su voluntad, que logró dominar sus afectos é impresiones. Recordaba haber oido decir á un equilibrista que para andar con buena suerte por caminos estrechos, es pre-

ciso no mirarse los pies, sino dirijir la vista á diez pasos al frente, sin pensar en que debajo hay un abismo, sino como piensa el águila, esto es, con la conviccion de que está en nuestra mano salir con bien de él. Además, Jilberto habia ya puesto en práctica estos mismos principios en las visitas nocturnas que hiciera en Taverney á Nicolasa, á aquella mujer tan tímida á la sazón, pues se servia de puertas y llaves, en lugar de chimeneas y tejados.

Llegó por fin á puerto de salvacion sin temblar una sola vez y no tardó en deslizarse con arrojo y serenidad por la escalera.

Mas al llegar á la primera meseta, vióse precisado á detenerse, porque llegaron á sus oidos confusas voces. Eran la de Teresa y las de algunas vecinas, que hablaban del talento de Rousseau, de sus libros y de la armonia de su música.

Estas buenas mujeres habian ya leído la *Nueva Eloisa* y confesaban francamente que esta obra no dejaba de ser bastante licenciosa: Teresa les hacia observar con-

testando á su critica, que ellas no podian comprender la parte filosófica de tan bellísima produccion.

Nada tenian que oponer á esto las vecinas, y desde luego se declaraban incompetentes para dar su dictámen en tan delicada materia.

Esta importante conversacion, tenia lugar desde una meseta á otra de la escalera, pero el fuego de la discusion no era tan activo como el de las hornillas, en las cuales se iban poco á poco preparando las sabrosas cenas de las interlocutoras.

El joven oia los argumentos y el chirrido de las carnes puestas al fuego: pero su nombre pronunciado en medio del ruido que los primeros producian, le causó una impresion desagradable.

—Despues de cenar, decia Teresa, iré á ver si nuestro querido joven de la buhardilla, necesita alguna cosa.

Las palabras *querido jóven* le ocasionaron menos alegria, que terror la amenaza de la visita. Por fortuna reflexionó que á Teresa cuando cenaba sola, se le

trascurrían largas horas en saborear el licor contenido en su amada botella, que el asado prometía ser esquisito, y que al decir después de cenar, quería dar á entender después de las diez de la noche.

Además, todavía no eran las nueve de la noche siendo también muy probable que después de la cena, cambiase el curso de las ideas de Teresa, y que esta no volviese á acordarse del querido joven.

Con todo, el tiempo volaba con no poco disgusto de Jilberto, cuando de repente empezó á conocerse por el olor, que uno de los asados se quemaba. En el mismo instante resonó un grito terrible, un grito de cocinera alarmada que interrumpió la tertulia mujeril, haciendo que todas las vecinas corriesen precipitadamente hácia el teatro de la desgracia.

Nuestro joven se aprovechó de la ocupación cocinal de las vecinas, y bajó sin que le sintiesen, hasta el primer piso.

Viendo allí que el plomo tenía la resistencia necesaria para sostener la cuerda, la ató por medio de un nudo corredi-

zo, y subiendo á la ventana, comenzó su descenso.

Encontrábase suspendido entre el plomo y la tierra, cuando resonó en el jardín, debajo de su cuerpo, el ruido de precipitados pasos.

Afortunadamente tuvo el tiempo necesario para trepar hasta la ventana, agarrándose á los nudos de la cuerda, y se puso á investigar quien era aquel improvisado paseante.

Era un hombre, y como traia la direccion de la puertecilla del jardín, se convenció Jilberto de que precisamente era el afortunado mortal que Nicolasa aguardaba. Observó por consiguiente con la más escrupulosa atencion los movimientos de aquel intruso, que llegaba á estorbar su peligroso descendimiento, y por su porte, por la línea de su rostro, que dejaba descubierto un tricornio, por la inclinacion sobre la oreja que dicho tricornio tenia, Jilberto creyó reconocer en aquel personaje al famoso Beausire; el exento con quien Nicolasa habia entablado relaciones en Taverney.

Casi al mismo tiempo observó que la doncella abría la puerta del pabellon, que salía al jardin dejándola abierta, y que con la lijereza de una nevatilla, se dirijia al invernadero, es decir, al mismo sitio donde se encaminaba tambien el exento Beausire.

Segun las apariencias, no era, aquella la primera cita que se habian dado, pues ninguno de ellos dudaba de que llegarían á reunirse en dicho invernadero.

—Ahora puedo bajar definitivamente, murmuró Jilberto, porque ya que Nicolasa admite á estas horas á su amante, es señal de que le sobra tiempo y de que Andrea está sola. Sola, Dios mio! sola!....

En efecto, no se oía ningun ruido, y solo una luz esparcía un débil resplandor en el piso bajo.

Luego que bajó Jilberto sin el menor contratiempo, no quiso atravesar diagonalmente el jardin: costeó la pared, llegó á un bosquecillo, lo atravesó encorvándose y llegó sin ser visto ni sentido á la puerta que Nicolasa habia dejado abierta.

Al abrigo allí de un grande arbusto

de hojas medicinales que se estendian sobre la puerta, observó que la primera pieza, antesala bastante espaciosa, como él se habia imaginado, estaba enteramente solitaria.

Dicha antesala se comunicaba con el interior por dos puertas, de las cuales una se hallaba solamente abierta. Jilberto conoció que la abierta era la del aposento de Nicolasa.

Introdujose silenciosamente en este aposento, estendiendo las manos por delante para no tropezar con los muebles, pues estaba en medio de la oscuridad mas completa.

A la estremidad de una especie de corredor, veíase una puerta vidriera, que al reflejo de la luz de una pieza inmediata, dibujaba los objetos que dentro de esta habia: la parte interior de la vidriera estaba cubierta por una cortina.

Al adelantarse por el corredor, oyó Jilberto una voz débil que parecia salir de la pieza alumbrada.

Era la de Andrea, y toda la sangre de Jilberto se reconcentró en su corazon.

Otra voz contestaba á la primera: era Felipe que se informaba con tierna solitud de la salud de su hermana.

Jilberto se adelantó algunos pasos con el mayor cuidado, y se colocó detras de una media columna que servia de pedestal á un busto cualquiera, de aquellos que en la época de nuestra historia eran el adorno principal de las entradas de los salones.

Viéndose ya en completa seguridad, se puso á escuchar y á mirar, considerando tan dichoso, que su corazon se dilataba de contento, y tan conmovido por su misma alegría, que aquel corazon se oprimia hasta el extremo de reducirse á un punto invisible dentro del pecho.

Así escuchaba y veia el enamorado jóven.

## CAPÍTULO VI.

### Los dos hermanos.

Dijimos que Jilberto escuchaba y veia. Veia á Andrea recostada en su ancha

poltrona, con la cara vuelta hácia la puerta vidriera, es decir, hácia él. Aquella puerta estaba ligeramente entornada.

Un velon de ancho platillo colocado en una mesa inmediata llena de libros, que indicaban la única distraccion á que podia entregarse la hermosa enferma, iluminaba la parte inferior del rostro de la señorita de Taverney.

Sin embargo, cuando se recostaba algunas veces con el objeto de que su cabeza descansase sobre la cómoda poltrona, la claridad de la luz llegaba hasta su frente, que aparecia blanca y pura bajo su cófia de encaje.

Sentado Felipe al pie de la poltrona, daba la espalda á Jilberto: tenia el brazo vendado, y se le habia espresamente prohibido que hiciese movimiento alguno.

Aquella era la vez primera que Andrea se levantaba, y la primera tambien que Felipe salia de su cuarto, de modo que estos jóvenes no se habian visto desde la noche de la terrible catástrofe, pero mutuamente habian recibido noticias diarias acerca de su salud y sabian ambos que se ade-

lantaba por grados su convalecencia.

Reunidos pocos momentos hacia, hablaban con fraternal franqueza, pues sabian que estaban solos, y que si alguno llegaba á interrumpirles, les avisaria la campanilla de aquella puerta que sin su conocimiento habia dejado abierta Nicolsa.

Por lo mismo que ignorban esta circunstancia, contaban con la campanilla, al paso que como se deja dicho, Jilberto veia á los dos jóvenes y oia cuanto hablaban, gracias á la indiscrecion ó poco cuidado de la doncella de la señorita de Taverney.

—Es decir, observaba Felipe á tiempo que Jilberto se ocultaba tras una cortina, que respiras con mas libertad, querida hermana mia....

—Sí, con mas libertad, aunque no por eso dejo de padecer.

—Y las fuerzas?

—Todavia me encuentro muy débil, aunque ya he podido acercarme hoy dos ó tres veces á la ventana. El aire y las flores me hacen mucho provecho, y me parece

que aspirándolas nadie debe morir.

—Sin embargo, Andrea, veo que efectivamente estás muy débil.

—Sí, sí, porque la impresion que recibí fué terrible y dolorosa. Te repito por lo mismo, añadió la jóven sonriéndose y meneando la cabeza, que ando con mucha dificultad apoyándome en los muebles, pues se me doblan las piernas, y á cada paso se me figura que voy á caer.

—Vamos, vamos, Andrea, un poco de valor: el aire y esas hermosas flores de que acabas de hablarme te animarán, y dentro de ocho dias estarás en disposicion de visitar á la delfina que, segun he sabido, se informa de tu salud con la mayor ternura.

—Así lo espero, Felipe, porque en efecto, Su Alteza me dá mil pruebas de aprecio.

Y al decir esto, la jóven recostó la cabeza, apoyó una de sus manos sobre el pecho y cerró los ojos.

Jilberto dió un paso hacia adelante y abrió maquinalmente los brazos.

—Qué tienes, hermana mia? preguntó

Felipe estrechando entre las suyas las manos de Andrea.

—Me acometen de vez en cuando congojas y la sangre se me agolpa á las sienes. Tambien suele faltarme la respiracion, y se me oprime el pecho.

—Oh! dijo Felipe algun tanto pensativo: eso no es extraño, porque has sufrido una gran prueba y te has salvado como por milagro.

—Tienes razon, hermano mio, como por milagro.

—Ahora que hablamos de eso, Andrea, añadió Felipe acercándose á su hermana con el objeto de dar mayor importancia á sus palabras: ya sabes que hasta ahora no he podido hablar contigo acerca de la catástrofe.

Andrea se ruborizó experimentando cierto malestar inesplicable; pero su hermano no reparó en él, ó cuando menos finjió no haberlo notado.

—Yo creia, repuso la jóven, que mi vuelta habia sido esplicada de una manera capaz de satisfacerte: nuestro padre me ha manifestado que no le habia queda-

do recelo alguno.

—Sin duda, querida Andrea, y á juzgar por las apariencias, aquel hombre se ha portado con la mas esquisita delicadeza: pero sin embargo, me han parecido sospechosos.... sospechosos no, confusos, algunos puntos de su relacion.

—Qué quieres decir con eso? preguntó la joven con un candor virjinal.

—Ya me has oido

—Esplicate mejor.

—Hay un punto sobre todo, que no me habia llamado la atencion al principio, pero que al fin me ha parecido bastante extraño.

—Cual? preguntó Andrea.

—Se refiere al modo con que te salvastes: cuéntame eso.

—Ah! Felipe, repuso la jóven haciendo un esfuerzo sobre sí misma. Ya casi lo he olvidado todo. He pasado tanto!

—No importa, querida hermana: refiérme todo lo que puedas recordar.

—Pero Felipe, ya sabes que la multitud nos separó á veinte pasos del Guardamueble: ví que el torbellino te arrastraba

hacia el jardin de las Tullerías, al paso que á mi me impelia hacia la calle Real. Volví poco despues á divisarte haciendo inútiles esfuerzos para reunirme á mí, y estendí los brazos gritando: Felipe! Felipe!!

Pero repentinamente quedé envuelta entre el jentío, y, arrojada poco despues hacia las verjas del edificio, sentia el choque de las oleadas que me empujaban al estrellarse contra las paredes, oia los gritos de los que contra ellas se destrozaban y presajiaba que pronto sufriria yo la misma suerte. Casi me hallaba en el caso de calcular los segundos que me restaban de vida, cuando medio muerta ya y poco menos que loca, alcé los brazos al cielo para dirigirle mi última oracion, y vi la mirada de un hombre que dominaba toda aquella inmensa multitud, como si fuese obedecido de ella.

—Y ese hombre era el baron José Bálamo?

—Sí, el mismo á quien ya habia visto en Taverney, el mismo que me habia inspirado tanto terror, y el mismo, en fin, que parece encerrar en su persona alguna

cosa sobrenatural, que ha fascinado mis ojos; con los suyos, haciendo temblar todo mi cuerpo con el simple contacto de su dedo sobre mi hombro.

—Continúa, continúa, Andrea, dijo Felipe con acento sombrío.

—Pues ese hombre se me apareció en medio de la catástrofe como si el dolor le respetase, y al punto leí en sus ojos que queria salvarme. Obrose entonces en mí una revolucion extraordinaria, pues á pesar de mi impotencia, á pesar de mi estremada debilidad, me sentí arrebatado hácia mi salvador, como si una fuerza desconocida, misteriosa é invencible me arrojará á su encuentro. Parecíame que unos brazos sacándome de aquel abismo de cadáveres y de cuerpos destrozados me devolvian el aire y la vida. Ah! Felipe, añadió la joven con exaltacion: estoy segura de que todo era obra de la mirada de aquel hombre que me atraia. Conseguí al fin estrechar su mano, y me salvé.

—Dios mio! murmuró Jilberto: no vió mas que á él. Y no pudo verme á mí aunque estaba espirando á sus pies.

Diciendo así, enjugó su frente bañada en sudor.

—Conque eso es todo lo que sucedió? preguntó Felipe.

—Sí, hasta que estuve fuera de peligro: entonces, sea que toda mi vida se concentrase en el último esfuerzo que habia hecho, sea que efectivamente el terror que habia experimentado fuese superior á mis fuerzas, me desmayé.

—A qué hora crees que perdistes el sentido?

—Diez minutos despues de haberme separado de tí.

—Así debió ser, prosiguió Felipe, porque no faltaria mucho para las doce de la noche. Pero cómo fué que no vinistes á casa hasta las tres de la mañana? Perdona querida Andrea, un interrogatorio que puede parecerte ridículo, pero que se funda en algunos motivos.

—Gracias, gracias, Felipe, contestó Andrea estrechando las manos del jóven: no hubiera podido contestarte hace tres dias, pero hoy debo decir, aunque te parezca extraño, que mi vista interior es mas

fuerte, que una voluntad superior á la mia me está ordenando que lo recuerde todo, y que en efecto, lo recuerdo.

—Habla pues, habla Andrea; te escucho con impaciencia. Ese hombre te sacó en sus brazos del peligro?

—En sus brazos!.... contestó la joven ruborizándose: no me acuerdo bien, y únicamente sé que me separó del jentío: pero el contacto de su mano me causó el mismo efecto que en Taverney, y apenas lo sentí me desmayé de nuevo, ó mejor dicho, volví á quedar dormida, porque el desmayo tiene preludios dolorosos, y yo sola experimenté las benéficas impresiones del sueño.

—Te aseguro, Andrea, que me parece tan extraordinario cuanto me refieres, que si lo escuchase de cualquiera otra persona, no podría creerlo. Prosigue, prosigue, hermana mia, añadió con voz mas alterada de lo que él hubiese querido.

Entretanto, Jilberto devoraba todas las palabras de la relacion de Andrea, pues sabia que hasta entonces, solo espresaba la verdad.

—Recobré los sentidos y me desperté

en un salon ricamente amueblado. Una señora y su doncella estaban á mi lado, sin que al parecer les causase inquietud mi situacion, porque cuando abrí los ojos, me acojieron con bondadosas sonrisas.

—Puedes indicarme qué hora era?

—Las doce de la noche.

—Ah! exclamó el joven respirando con libertad, bien, bien, Andrea, prosigue tu relacion.

—Dí las gracias á aquellas señoras por los cuidados que me prodigaban, pero conociendo tu inquietud las supliqué me permitiesen retirarme sin demora al seno de mi familia: entonces me dijeron que el baron habia vuelto al teatro de la catástrofe para prestar nuevos auxilios á los heridos, pero que no tardaria en presentarse en su coche, y que él mismo deseaba entregarme á mi padre despues que descansase un rato. En efecto, á eso de las dos se oyó el ruido de un carruaje, y un estremimiento semejante á los que ya habia experimentado á la proximidad de ese hombre, me sobrecojió de nuevo: caí casi sin fuerzas en un sofá, abrióse la puerta, y á

pesar de mi aturdimiento, reconocí al que me habia salvado, volviendo en aquel mismo instante á perder los sentidos. Entonces fué cuando probablemente me bajaron al fiacre para conducirme aquí. Es todo cuanto puedo decirte, hermano mio.

Felipe calculó el tiempo y no pudo convenir en que su hermana habia sido conducida directamente desde la calle de Caballerizas del Louvre hasta la de Coq-Heron, de la misma manera, que desde la plaza de Luis XV hasta la de Caballerizas, por lo cual estrechando su mano con paternal cariño, la dijo:

—Gracias, querida mia, gracias; todos esos cálculos corresponden perfectamente al mio: me presentaré pues en casa de la señora marquesa de Saviñí, y le haré presente nuestra gratitud. Ahora voy á hacerte otra pregunta de interes secundario.

—Habla.

—Recuerdas haber visto en medio de la confusion y desorden de la multitud algun rostro conocido?

—No.

—Tal como por ejemplo, el de Jilberto.

—En efecto, contestó Andrea esforzándose por combinar sus recuerdos: sí, precisamente cuando el jentío te separó de mí, se hallaba á unos diez pasos.

—Me habia visto! murmuró Jilberto.

—Digo esto, Andrea, porque cuando te buscaba por la plaza, encontré á ese pobre muchacho.

—Entre los muertos? preguntó la joven con ese acento de interes que los grandes manifiestan respecto á sus inferiores.

—No; solo estaba herido, ayudé á sacarle de un hoyo en que habia varios cadáveres y espero que se habrá salvado.

—Oh! me alegro mucho, repuso Andrea. Y qué tenia?

—Le habian magullado el pecho.

—Sí sí, quedó aplastado contra el tuyo Andrea, dijo Jilberto entre dientes.

—Pero lo extraño, prosiguió Felipe: lo que me obliga á hablarte de Jilberto, es que encontré entre sus manos crispadas por el dolor, un pedazo de tu vestido.

—Qué dices! En efecto, es muy raro.

—No le viste en el último trance poco antes de salvarte?

—Felipe, vi en el último trance tantos rostros desfigurados por el tormento y el terror, por el egoísmo, por el amor, por la piedad, por el cinismo y por el crimen, que muchas veces se me figura haber pasado un año en el infierno. Entre aquellos rostros que me causaron el efecto de una revista de condenados por la mano del Eterno, tal vez se presentaría á mis ojos el de ese desgraciado Jilberto; pero puedo asegurarte con toda verdad que no recuerdo haberle visto despues que te separastes de mi.

—Sin embargo, Andrea, no sé lo que deba pensar de ese pedazo de tu vestido encontrado en sus manos: y... no te quede la menor duda; era de tu vestido, pues yo mismo en compañía de Nicolasa he visto que falta en él.

—Y has dicho á Nicolasa el motivo que te inducia á ello? preguntó Andrea recordando la singular esplicacion que habia tenido en Taverney con su doncella

relativa al mismo Jilberto.

—No por cierto, hermana mia, pero el hecho es que encontré en poder de ese pobre jóven el pedazo de tu vestido y no sé como esplicar esto.

—Es muy fácil, repuso Andrea con una tranquilidad que hacia singular contraste con las angustias que estaba padeciendo Jilberto: si se encontraba á mi lado cuando me sentí atraida por las miradas del hombre extraordinario, tal vez se agarraria á mi vestido para aprovecharse al mismo tiempo del socorro que me enviaba el cielo, semejante al que se ahoga y oprime con sus brazos el primer objeto que se presenta.

—Ah! exclamó Jilberto con un acento reconcentrado de desprecio al conocer las ideas de Andrea. Qué desfavorable y orgullosa interpretacion de mis sentimientos! Cómo juzgan esos nobles de los valientes hijos del pueblo! Por fin veo que el filósofo Rousseau tiene razon: valemos mucho mas que ellos, porque nuestros corazones son mas puros y mas fuertes.

Al decir esto, hizo un movimiento pa-

ra seguir escuchando la conversacion de Andrea y de su hermano, perdida para él por este incidente, cuando creyó oír ruido á su espalda.

—Dios mio! murmuró: alguno hay en la antesala.

Y observando que se acercaban los pasos al corredor, se ocultó en la pieza de tocador empujando en seguida la mampara.

—Qué es esto? Dónde anda esa loca Nicolasa? preguntó el baron de Taverney que pasó casi rozando á Jilberto, y entró en la habitacion de su hija.

—Sin duda en el jardin, contestó Andrea con una tranquilidad que probaba evidentemente que la presencia de una tercera persona no le inspiraba la menor sospecha. Buenas noches padre mio.

Felipe se levantó respetuosamente, pero el baron le hizo seña de que no se molestase y cojiendo un sillón, se sentó entre sus dos hijos.

—Vamos, queridos, les dijo: os aseguro que es larga la distancia desde la calle de Coq-Heron hasta Versailles, cuando en vez de recorrerla en un buen coche

de corte, solo cuenta uno con una especie de patache arrastrado por un mal caballo; pero sea de esto lo que quiera, he visto por fin á la delfina.

—Ah! exclamó Andrea, conque llegais ahora de Versalles?

—Sí, pues la princesa ha tenido á bien llamarme por haber sabido los sustos que hemos pasado.

—Andrea está mucho mejor, padre mio, observó Felipe.

—Ya lo sé, y así lo he hecho presente á Su Alteza Real, que me ha prometido llevarla á su compañía tan luego como se restablezca: de modo, que irás á Trianon, residencia que decididamente ha elegido y que trata de embellecer á su gusto.

—Yo á la corte! Yo!.. dijo Andrea con timidez.

—Pero aquello no es precisamente la corte, hija mia, porque la delfina tiene gustos sedentarios, y el delfin aborrece igualmente la sujecion, el esplendor y el ruido. En Trianon se vivirá muy familiarmente, aunque, segun el caracter que revele la delfina, podrán convertirse esas reuniones

amistosas en algo mas que tribunales de justicia, ó estados jenerales. La princesa es mujer de mucho carácter, y el delfin hombre muy intelijente á lo que se dice en muchas materias.

—Sin embargo, hermana mia, observó Felipe con sentimiento, no por eso dejarás de hallarte en la corte.

—En la corte, murmuró Jilberto con rabia y desesperacion concentradas. La corte! es decir una altura á la cual no puedo trepar; un abismo en el cual no puedo precipitarme.... Andrea, perdida para mí, perdida enteramente!...

—No poseemos, repuso Andrea á su padre, ni la fortuna que permite habitar en tan distinguidos lugares, ni la educacion indispensable para alternar con la grandeza que en ellos respira. Qué haré, yo, por ejemplo, sencilla jóven, en medio de esas brillantes damas, cuyo májico esplendor solo una vez he divisado, cuyo talento sutil pero espresivo y picante he podido ya apreciar? Ah! padre mio! somos muy oscuros, para meternos de repente en el foco de tantas luces.....

—Todavía, abrigas semejantes ideas! exclamó el baron con irritado acento. No acabo de comprender ese empeño que manifiestan los míos en rebajar todo lo que pertenece á mi familia. Oscuros! Por Cristo que pareceis loca, señorita. Oscura una Taverney Casa-Roja! Oscura! Pues quién brillará en la corte si tu no brillas? Has hablado de fortuna como si no supiéramos aquí lo que son fortunas en la corte; el sol de la corona las eclipsa y el mismo sol las hace florecer de nuevo; son el pro y el contra de la naturaleza. Estoy arruinado, ya lo sabemos: pues bien, volveré á la opulencia, y á todos nos convendrá perfectamente.

No tiene ya por ventura el rey dinero para sus fieles servidores? O crees que no soy capaz de aceptar para mi hijo único, para el verdadero representante de mi raza, el mando de un regimiento, y una dote para ti? Supóngamos que se me ofrezca también una pensión vitalicia, ó que en un almuerzo de Trianon encuentre debajo de la servilleta un contrato de rentas, te figuras que despreciaré estas ventajas? Creed,

hijos míos, que únicamente los necios y estúpidos tienen lo que ellos llaman miramientos, y son en realidad preocupaciones hijas de la ignorancia: yo no conozco semejantes vicios, y además debo hacerme el cargo, de que al aprovecharme del viento de la fortuna, no hago más que recobrar lo perdido. Desecha, pues, querida mía, esos escrúpulos de comedia, porque son altamente perjudiciales en este mundo.

Fáltanos ahora hablar del segundo punto, de tu educación que también acabas de sacar á plaza, y aquí debo recordarte que tal vez no existe en la corte una señorita que haya sido educada con el esmero que tú: hay más, supuesto que á la brillante educación de una joven de la primera nobleza, reunes la instrucción sólida de la clase media; posees el arte encantador de la música, sabes dibujar paisajes con rebaños de corderos y con vacas que el mismo Berghem adoptaría por suyos, y no debo ocultarle que la delfina es aficionadísima á corderos, á vacas y á las pinturas de Berghem. Además eres hermosa, circunstancia que no puede escapar á la ob-

servacion del rey, y posees el don de la palabra, lo cual encantará al conde de Artois y á Mr. de Provence; de modo que no solo serás bien recibida, sino adorada. Sí, sí, añadió el baron riéndose y frotándose las manos de tan estraña manera, que Felipe miró á su padre dudando que aquella risa pudiese salir de una boca humana. Adorada, sí, adorada... he encontrado la palabra verdadera.

Andrea bajó los ojos y Felipe le cojió la mano diciendo:

—El señor baron no se equivoca: eres en efecto todo lo que ha dicho, un modelo de hermosura y de habilidades, y por lo tanto digna como la que mas de figurar en la corte de Versalles.

—Pero de ese modo viviré separada de vosotros.

—No por cierto, replicó el baron, porque Versalles, á Dios gracias, es bastante grande, querida mia.

—Sí, pero Trianon es pequeño, repuso Andrea, que era poco condescendiente cuando alguno disputaba con ella.

—Trianon es siempre bastante grande

para que en él no falte una habitacion destinada al baron de Taverney: un hombre como yo es siempre admitido en todas partes, añadió con una modestia que significaba: sabe siempre hacerse admitir en todas partes.

Poco tranquila Andrea por lo inmediata que iba á estar á su padre, miró con intencion á Felipe.

—Hermana mia, dijo este: creo que no formarás parte de lo que, hablando propiamente, se llama corte. En vez de ponerte en un convento y pagar en él tu dote, quiere la delfina colocarte á su lado en prueba del aprecio que la mereces. Hoy no es tan rigurosa é implacable la etiqueta como en tiempo de Luis XIV, supuesto que hay fusion y largueza en los cargos: servirás, por ejemplo, á la delfina de lectora, ó de dama de compañía: ella dibujará contigo, y tal vez no te verán los que sean admitidos á su presencia, sin que por eso sea menor que la suya tu influencia inmediata, y sin que dejes de inspirar celos á los cortesanos. Esto último es lo que temes ¿eh?

—Si, hermano mio.

—Bah! observó el baron; no creo que debemos aflijirnos por unos cuantos envidiosos mas ó menos. Restablece pronto tu salud, Andrea, y tendré el gusto de presentarte en Trianon como antes, pues tal es la orden que he recibido de la delina.

—Está bien, padre mio; iré.

—A propósito, prosiguió el baron: cómo estás de dinero, Felipe?

—Si lo necesitais, contestó este, me parece que no tengo el que quisiera para ofrecéroslo; pero si vuestras palabras indican el deseo de poner fondos á mi disposicion, debo deciros que todavia tengo para mí lo suficiente.

—No me acordaba de que en efecto eres filósofo, dijo el baron sonriéndose con malicia. Y tú, Andrea? Eres tambien filósofa y nada me pides? Nada necesitas?

—Temo molestaros, padre mio.

—Oh! No lo creas, pues no es lo mismo estar aqui que en Taverney; el rey me ha enviado quinientos luises.... á cuenta, segun se ha espresado Su Majes-

tad. Piensa por lo tanto en componerte, querida Andrea.

—Gracias, gracias, contestó la joven con alegría.

—Hola! hola! añadió el baron; he aqui lo que son los extremos: hace poco que nada querias y al presente eres capaz de arruinar al emperador de la China. Pero no importa, no importa, pide cuanto quieras, pues el lujo debe sentarte á las mil maravillas.

Diciendo asi se levantó Mr. de Taverney y despues de dar á Andrea un tierno beso, abrió la puerta de un aposento inmediato al de su hija, y desapareció murmurando:

—Maldita Nicolasa! En dónde estará que no viene á alumbrarme?

—Quereis que tire de la campanilla, padre mio?

—No, no; por ahí encontraré á Lachrie dormido en algun sillón: buenas noches, hijos míos.

Tambien Felipe estaba ya en pie, y Andrea le dijo:

—Buenas noches, hermano mio; no

te enojas si te despido, pues me siento sumamente fatigada, como que esta es la primera vez que he hablado tanto desde esa terrible noche.

Al mismo tiempo presentó su mano al jóven, quien la besó con fraternal cariño, mezclado de aquel respeto que siempre habia profesado á su hermana, retirándose en seguida por el corredor y pasando junto á la mampara, detras de la cual se hallaba Jilberto.

—Quiéres que llame á Nicolasa? preguntó á Andrea al paso que se alejaba.

—No, no; contestó la joven; yo sola me desnudaré. Adios, Felipe.

## CAPÍTULO VII.

### **Lo que habia previsto Jilberto.**

Sola ya Andrea en su estancia, abandonó el sillón que hasta entonces habia ocupado, y todos los miembros del pobre Jilberto se estremecieron.

La joven en pie empezó á desprender con sus manos, blancas como el alabas-

tro, todos los alfileres y cintas de su tocado, al mismo tiempo que cayendo de sus hombros la lijera bata que la cubria, ponía de manifiesto su torneado y gracioso cuello, su pecho palpitante y sus mórvidos brazos, que formando un arco sobre la cabeza, añadian nuevos encantos á aquella preciosa garganta que ya no temblaba bajo la esquisita batista.

Jilberto de rodillas, sin respiracion, arrobado, sentia atropellarse toda su sangre al corazon y á las sienas: un fuego inestinguible circulaba por sus venas, sus ojos se iban oscureciendo poco á poco, y un murmullo febril desconocido resonaba en sus oidos: se hallaba efectivamente próximo al furioso delirio, que precipita á los hombres en el horrible abismo de la locura, y ya se disponia á penetrar en el cuarto de Andrea gritando:

—Oh! qué hermosa eres! Pero no envidies tu propia belleza, no la contemples con orgullo, porque me la debes á mí; porque yo soy quien te ha salvado la vida...

Pero al mismo tiempo observó que un nudo del cordon de la bata comenzaba á

impacientar á Andrea: se irritó esta, dió una patada en el suelo, se sentó casi desnuda en un sofá, como si el ligero obstáculo que acababa de hallar hubiese agotado sus fuerzas, y alargando el brazo tiró de la campanilla con indecible despecho.

Aquel ruido hizo que Jilberto volviese en su acuerdo, pues Nicolasa, que habia dejado la puerta abierta, podría volver de un momento á otro.

Adios sueños, adios felicidad; solo quedaban ya de tantos delirios una imagen y un recuerdo eternamente abrasadores para la imaginacion é inolvidables y profundos para el alma.

Jilberto quiso echarse precipitadamente fuera del pabellon, pero el baron habia cerrado al retirarse la puerta del corredor, circunstancia que nuestro joven ignoraba y que le hizo perder algunos segundos en inútiles esfuerzos.

Al mismo tiempo que entraba en el cuarto de Nicolasa, llegaba esta del jardin, y Jilberto, que acababa de oir el ruido de sus pasos sobre la arena, solo tuvo el tiempo necesario de colocarse en la os-

curidad para dejar paso á la joven, que atravesó la antesala despues de cerrar la puerta entrando en seguida en el corredor con la lijereza de un ave.

Jilberto entonces se deslizó hasta la antesala y procuró salir á todo trance.

Pero Nicolasa al mismo tiempo que entraba iba diciendo:

—Aquí estoy, señorita, aquí estoy, pues solo me he detenido para cerrar la puerta.

Y la cerraba efectivamente con dos vueltas de llave, quitaba esta de la cerradura en medio de su distraccion y la metia en su bolsillo.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de Jilberto para volver á abrir aquella puerta, por lo cual no tuvo mas remedio que recurrir á las ventanas: estas sin embargo tenian fuertes rejas, y todas las investigaciones que practicó le convencieron de que la salida era imposible.

El jóven, en vista de esto, se acurrucó en un rincon del aposento, decidido á hacer que la misma Nicolasa le abriese la puerta.

Por lo que tocá á la doncella, despues de haber dado á su ausencia el plausible pretesto de haber ido á cerrar el invernadero, para que el aire de la noche no perjudicase á las plantas y flores de la señorita, acabó de desnudar á Andrea y la ayudó á acostarse.

Notábase en la voz y en las manos de Nicolasa un temblor y una agitacion que no le eran habituales; hasta en la manera y la prisa con que servia á su ama habia un aturdimiento que revelaba su interior inquietud y desasosiego, pero arrojada Andrea en sus propios pensamientos, que la hacian remontarse al cielo, pocas veces miraba á la tierra, y cuando esto sucedia, aparecian á su vista como átomos los seres inferiores.

Esto quiere decir que no advirtió la turbacion de su doncella.

Jilberto sufría terriblemente, y se impacientaba al considerar que no le quedaba el menor recurso para asegurar su retirada, pues ya únicamente aspiraba á volver á su buhardilla con el mayor sigilo.

—Andrea despidió por fin á Nicolasa

despues de breve plática, en la cual desplegó esta todos los medios de adormecer las sospechas, que emplea una mujer coqueta acosada de remordimientos.

Arregló perfectamente la colcha de la cama de su señorita, colocó el velon de modo que su luz no le ofendiese la vista, endulzó la tibia bebida que contenia el cubilete de plata, y despues de dar las buenas noches con acento sumamente cariñoso y tierno á su ama, salió del aposento de puntillas, cerrando la puerta vidriera.

Púsose en seguida á tararear en voz baja una cancion para persuadirse á sí misma que tenia el espíritu tranquilo, atravesó su aposento, y se dirigió á la puerta del jardin.

Conociendo Jilberto la intencion de la doncella, se preguntó si en lugar de darse á conocer no le seria posible salir por sorpresa, aprovechando para escapar el momento en que la puerta se entreabriese: mas pronto quedó convencido de que en tal caso seria visto, aunque no le reconociesen, y podrian equivocarle

con un ladron: Nicolasa daria voces, él no tendria el tiempo necesario para enca-ramarse por la cuerda, y aun cuando lo consiguiese, se pondria de manifiesto en su fuga aérea, lo cual descubriria su vivienda consiguiendo un escándalo de no poca consideracion, tratándose de los Taverney, á quienes tan escasas pruebas de cariño tenia que agradecer el pobre Jilberto.

Es verdad que en llegando las cosas á mayores, denunciaria á Nicolasa, y quedaria despedida del servicio de Andrea: pero de qué podria servirle semejante medida? Jilberto perjudicaria á la doncella por un acto de venganza, pero sin el mayor provecho propio, y no era tan débil, ni tan pobre de espíritu que se contentase con una venganza estéril. Efectivamente vengarse sin utilidad era en su concepto mas censurable que otra mala accion cualquiera: era una solemne tonteria.

No bien estuvo la doncella junto á la puerta, salió Jilberto repentinamente de la sombra que le ocultaba, y se pre-

sentó á la joven en un rayo de luz producido por la claridad de la luna que daba de lleno en los cristales del aposento.

Nicolasa iba á gritar, mas equivocando á Jilberto con otro, le dijo despues de hacer un movimiento de sorpresa.

—Ah! sois vos! qué imprudencia!

—Si, yo soy, contestó en voz baja Jilberto, pero no grites ahora, y trata de conducirte como si yo fuese otro.

—Dios mio! Jilberto! exclamó entonces la doncella asustada reconociendo á su interlocutor.

—Ya te he suplicado que no grites, repuso con frialdad el jóven.

—Pero qué haceis aquí? preguntó Nicolasa ciega de cólera.

—Vamos, vamos, interrumpió Jilberto con el mismo sosiego; hace poco me llamastes imprudente, y acabo de conocer que lo eres mucho mas que yo.

—En efecto, tienes razon: es una necesidad preguntarte lo que haces aquí.

—Pues qué hago?

—Has venido á ver á la señorita Andrea.

—A la señorita Andrea? repitió Jilberto con calma.

—Sí, porque estás enamorado de ella, aunque por fortuna ella no te corresponde.

—De veras?

—Pero cuidado, cuidado, señor mio, añadió Nicolasa en tono de amenaza.

—Yo cuidado?

—Sí.

—Y de qué?

—De que yo te denuncie.

—Tú!

—Yo misma, yo, pues con una voz puedo darte un mal rato, haciendo que te echen de aquí.

—Pues hazlo.

—Cómo! Me desafías?

—Sin duda.

—Y qué sucederá, si digo á la señorita, á Mr. Felipe y al baron que te he encontrado aqui?

—Sucedirá como has dicho, no que seré echado porque gracias á Dios ya hace tiempo que dejé de servir á tus amos, sino que seré perseguido como una fiera.

A quien sí echarán, será á Nicolasa.

—Cómo á Nicolasa!

—Es claro, á Nicolasa que espera con sosiego las piedras que le arrojan por encima de las paredes del jardin.

—Señor Jilberto, habeis de saber que en la plaza de Luis XV se ha encontrado en vuestras manos un pedazo del vestido de la señorita.

—Lo crees así?

—El señorito Felipe se lo ha dicho á su padre: y aunque este nada sospecha hasta ahora, si se le ayuda un poco sospechará.

—Y quién le ha de ayudar?

—Yo.

—Señora Nicolasa, habeis de saber que tambien puede inspirar sospechas la circunstancia de que cuando salís al jardin á ver si están secos los encajes, recojeis con cuidado las piedras que os llegan por encima de las paredes.

—No es cierto, no es cierto, interrumpió la doncella, y ademas, el recibir billetes no es crimen, al paso que lo es y muy grande el introducirse aquí mientras se

desnuda la señorita. Ah! Qué contestais á esto, señor Jilberto?

—Contestaré, señora Nicolasa, que tambien comete un gran crimen la jóven prudente, como vos, que entrega llaves por debajo de las puertas de los jardines.

La doncella se estremeció.

—Diré, continuó el jóven, que si yo, á quien ya conocen el baron de Taverney, Mr. Felipe y la señorita Andrea, he cometido el delito de introducirme en su casa, impulsado por la inquietud que me inspirara la salud de mis antiguos amos, y sobre todo la de la señorita, á quien he procurado, hace dias, salvar de la muerte, como lo prueba el hecho de haber quedado entre mis manos un pedazo de su vestido segun acabas de referir tú misma; diré, repito, que si efectivamente se me echa esto en cara como una falta, tú eres culpable del imperdonable crimen de haber introducido un hombre en casa de tus amos, y de haberle dado cita en el invernadero, donde has estado con él por espacio de una hora.

—Jberto! Jilberto!

—Ahí tienes lo que significa la virtud .. es decir, la virtud de Nicolasa. Ah! con que te parece mal que yo esté en tu cuarto, al paso que tu estás....

—Señor Jilberto!

—Dí, dí ahora á la señorita que estoy enamorado de ella, pues yo diré que estoy enamorado de tí y me creerá, porque ya en Taverney tuvistes la necedad de declarárselo tú misma.

—Jilberto! Amigo mio!...

—Y os echarán, Nicolasa, y en vez de ir á Trianon acompañando á la señorita, en vez de coquetear con grandes señores y apuestos caballeros, como pudiéras hacerlo si permanecieses en la casa, irás á reunirse con tu amante, con ese señor Beausie, que no es mas que un exento, un soldado. Oh! qué caída! No hay duda de que la ambicion habrá servido de mucho á la señorita Nicolasa convirtiéndola en querida de un guardia francés.

—Y al mismo tiempo Jilberto se puso á cantar dando fuertes carcajadas:

En guardias fiel servia

El novio que tenia

—Por piedad, Jilberto, murmuró la doncella, no me mires así, porque tus ojos me amenazan y brillan en medio de la oscuridad que nos rodea. Oh! Tampoco te rías de ese modo, porque tu risa me destroza el alma.

—Pues bien, dijo Jilberto con imperio, ábreme la puerta, y quédese todo entre nosotros.

Nicolasa obedeció, pero el temblor que sentía era tan violento, que sus hombros se agitaban fuertemente y se movía su cabeza á derecha é izquierda, como la de una mujer de ochenta años.

El jóven salió con la mayor tranquilidad, y viendo que la doncella trataba de guiarle hácia la puerta del jardin, la dijo:

—Nada de eso; tú tienes tus medios para introducir aquí á quien bien te place, y yo los míos para salir cuando mejor me convenga. Vete, pues, al invernadero, puesto que tu amante Beausire te espera impaciente y quédate con él diez minutos mas de lo que tenias pensado: concedo esa recompensa á tu discrecion.

—Diez minutos! Y por qué? preguntó

la jóven temblando.

—Porque los necesito para desaparecer del jardin: vete, vete Nicolasa, que no hagas como la mujer de Loth, cuya historia te contaba yo en Taverney cuando me dabas citas en el granero: no vuelvas la cabeza, porque puede sucederte alguna cosa peor que quedar convertida en estatua de sal. Adios hermosa coqueta, adios: nada mas tengo que advertirte.

Subyugada la doncella por la serenidad de Jilberto que tenia entre sus manos todo su porvenir, se dirijió con la cabeza baja hacia el invernadero, donde efectivamente la esperaba con indecible ansiedad el exento Beausire.

Por su parte, Jilberto usando de las mayores precauciones para no ser visto, llegó á la pared donde estaba la cuerda, y apoyándose en la cepa de una parra, subió por ella hasta la ventana del primer piso, y pocos minutos despues llegó á su escondite.

Quiso tambien su buena estrella que á nadie encontrase cuando subia las escaleras hasta el último piso, porque todas

las vecinas se habian ya retirado y Teresa permanecia todavia sentada á la mesa.

Jilberto estaba demasiado exaltado por la victoria que acababa de alcanzar contra Nicolasa para que tuviese miedo de tropezar en la canal del tejado. Al contrario, se sentia muy fuerte, y hubiera caminado sobre aquel precipicio, aun cuando hubiese tenido media legua de largo, sin manifestar el mas leve indicio de debilidad.

Entró pues como hemos dicho en su buhardilla, cerró el ventanillo y rasgó el billete que habia dejado para Rousseau.

Hecho esto se acostó blandamente en su cama.

Media hora despues, Teresa cumpliendo su palabra, se acercó á la puerta para informarse de la salud de nuestro jóven.

Este le dió las gracias entre unos cuantos finjidos bostezos para que la buena mujer creyese en su sueño. Deseaba permanecer solo, enteramente solo, á oscuras y en silencio, para entregarse con delicia á sus padecimientos, para analizar con el corazon, con el alma, y con

todas sus facultades, las inefables ideas de aquel día memorable.

No tardó en desaparecer todo ante sus ojos, el baron, Felipe, Nicolasa y Beausire huyeron de su mente, y solo vió en sus recuerdos á Andrea medio desnuda, con los torneados brazos al rededor de su cabeza, quitándose los alfileres que sujetaban su gracioso tocado.

## CAPÍTULO VIII.

### Los herborizadores.

Los acontecimientos que acabamos de referir habian tenido lugar el viernes por la noche, de modo que solo faltaba que trascurriese un día para que se verificase el proyectado paseo al bosque de Luciennes, paseo á que tanta importancia habia dado el filósofo Rousseau.

Indiferente á todo el joven Jilberto desde que habia sabido la próxima partida de Andrea para Trianon, pasó todo el día reclinado sobre el ventanillo de su pobre morada: tambien la ventana de

Andrea habia permanecido constantemente abierta y dos ó tres veces se habia asomado á ella la hija del baron pálida y débil, como para tomar el aire, pareciendo á Jilberto al verla que se tendria por feliz si el cielo le concediese la dicha de que Andrea habitase eternamente aquel pabellon, la de no salir él de su buhardilla y la de contemplar dos veces al dia la hermosura de su adorada.

Llegó por fin aquel domingo tan deseado, para el cual habia hecho ya Rousseau sus preparativos desde el sábado, sacando del armario sus zapatos charolados y la casaca color gris tan lijera como propia para el abrigo, aunque con gran disgusto de Teresa, la que pretendia que una blusa de tela era mas que suficiente para la tarea que iba á emprender el filósofo paseante; pero este, sin replicar palabra, se habia despachado á su gusto, y no solo habia arreglado su traje, sino tambien el de Jilberto con el mayor afan, aumentando á este medias y zapatos nuevos que le regalaba, proponiéndose causarle una sorpresa.

Tampoco Rousseau habia olvidado su coleccion de yerbas y los musgos que á juicio suyo debian representar aquel dia un papel muy importante. Por último, impaciente como un niño, se asomó mas de veinte veces á la ventana para observar si alguna de las carrozas que rodaban por la calle era la de Mr. de Jussieu, hasta que al fin vió una perfectamente barnizada con caballos enjaezados con lujo y á un enorme cochero parado delante de la puerta de su casa. Al punto corrió á buscar á Teresa y le dijo:

—Ahí está, ahí está. Bravo! Ya lo tenemos seguro.

En seguida gritó á Jilberto:

—Pronto, pronto, hijo mio, porque el coche nos está esperando.

—Y qué! replicó Teresa: ya que tanto os gusta andar en carruaje, por qué no habeis trabajado para comprar uno, como lo ha hecho Mr. Voltaire?

—Vamos, vamos, murmuró Rousseau.

—Siempre estais diciendo que teneis tanto talento como él....

—Yo no he dicho eso, exclamó el filó-

sofo amostazado; lo que digo es... en fin, nada... nada.

Y toda su alegría desapareció de repente, como siempre le sucedía cuando resonaba en sus oídos el nombre de su rival.

Por fortuna entró en aquel momento Mr. de Jussieu.

Se presentó con el pelo rizado y empolvado y tan fresco y amable como la primavera: una casaca primorosamente trabajada de satin doble de la India con cenefas de color gris, calzon de tafetan color de lila claro y medias de seda blanca sumamente finas con lazos de oro, componían su elegante atavío.

Al entrar en el cuarto de Rousseau, lo llenó de un esquisito y variado perfume que Teresa se puso á aspirar con avidéz y delicia, sin disimular su admiracion.

—Muy hermoso estais á fé mia, le dijo Rousseau mirando oblicuamente á Teresa y comparando con la vista su modesto traje y sus voluminosos preparativos de botánico, con el soberbio porte de Monsieur de Jussieu.

—Oh! no, contestó este con cierta negligencia, he tenido miedo del calor.

—Y la humedad del bosque? Si herborizamos en los pantanos veo que vuestras magníficas medias de seda....

—Bah! ya escojeremos el terreno á nuestro gusto.

—Y abandonaremos hoy los musgos acuáticos?

—Tranquilizaos en cuanto á eso, mi querido amigo.

—Cualquiera diria que vais á un baile ó á visita de damas.

—Y por qué no nos hemos de presentar con medias de seda á la naturaleza? repuso Mr. de Jussieu con algun empacho. No es una querida que merece se haga algun gasto en obsequio suyo?

Rousseau no insistió mas, pues al oir que Mr. de Jussieu invocaba á la naturaleza, convino interiormente en que esta merecia en efecto cuantos honores se la hiciesen.

En cuanto á Jilberto, á pesar de su estoicismo, miraba á Mr. de Jussieu con envidia. Desde que habia visto realzadas

por los adornos las gracias naturales de tantos jóvenes elegantes, habia conocido la frívola utilidad de la elegancia, y se decia entre dientes que aquella seda, aquella batista y aquellos encajes añadirían nuevos encantos á los que ya poseia, y que si en lugar de ir vestido como estaba se presentase como Mr. Jussieu delante de Andrea, esta le miraría sin la menor duda.

Partieron los tres al trote de dos buenos caballos daneses, y una hora despues se aparearon en Bougibal, dirijiéndose en seguida al campo hácia la izquierda por el camino de los castaños. Este paseo, bellísimo en el dia, era entonces poco mas ó menos lo mismo, porque la parte del coto que se proponian recorrer nuestros paseantes, convertido ya en bosque en tiempo de Luís XIV, habia sido objeto constante de muchas mejoras desde que el soberano dió en preferir á todo la residencia de Marly.

Los castaños de rugosas cortezas, de jigantescas ramas y fantásticas formas, que imitan unas veces en sus nudosas vueltas los movimientos de la serpiente enros-

cándose al rededor del tronco, y otras al toro bravo herido por la cuchilla del sacrificador y revolcándose en su negra sangre; los manzanos cubiertos de húmedo musgo y los inmensos nogales, cuyas hojas se convierten durante el mes de junio de verde-amarillas en verde-azules; aquella soledad, aquella pintoresca aspereza del terreno que desde la sombra de los árboles seculares se dibuja viva y resplandeciente sobre el azul mate del cielo; toda aquella naturaleza poderosa, encantadora y melancólica, abismó á Rousseau en un inesplicable delirio.

En cuanto á Jilberto, sosegado y sombrío, toda su vida estaba en este pensamiento:

—Andrea va á abandonar el pabellon del jardin para trasladarse á Trianon.

Desde el punto mas elevado del coto, por cuya cuesta caminaban nuestros tres botánicos, se veia el cuadrado edificio de Luciennes.

El aspecto de aquel castillo, de donde habia huido, cambió el curso de las ideas de Jilberto, recordándole ideas mas agra-

dables exentas de toda especie de temor. En efecto, iba el último de todos, contaba con los dos protectores que le precedían, y se tenía como muy seguro en vista de su apoyo: miró pues á Luciennes, como un náufrago mira desde el puerto el banco de arena contra el cual se ha estrellado el buque que le conducía.

Rousseau, provisto de un azadon de cortas dimensiones, empezaba á examinar el terreno, y lo mismo hizo Mr. de Jussieu, con la diferencia de que el primero buscaba plantas y el segundo ponía sumo cuidado en que no se le mojasen las medias.

—Admirable *Lepopodion!* dijo Rousseau.

—No hay duda, repuso Mr. de Jussieu; pero sigamos si os place.

—Ah! Aquí tenemos la *Lyrimachia Fenella*, y está en buena sazón para cojerla.

—Cojedla, pues, si teneis gusto en ello.

—Pero qué es eso? No herborizamos?

—Sí por cierto... Pues no faltaba mas! solo que se me figura que allá en la meseta

de esa loma encontraremos cosas mejores.

—Decis bien, compañero, vamos, vamos.

—Qué hora es? preguntó Mr. de Jussieu: no he traído el reloj, pues con la prisa de vestirme se me ha olvidado.

Rousseau sacó del enorme bolsillo de su calzon un abultado reloj, de plata y contestó.

—Las nueve.

—Podríamos descansar un poco si no os parece mal.

—Sois poco andador, amigo mio: hé ahí las consecuencias de herborizar con zapatos finos y medias de seda.

—No, no, lo que hay es que tengo ganas de almorzar.

—Pues bien, almorzemos; tenemos la aldea mas próxima á un cuarto de legua.

—Nada de eso. Para qué nos hemos de molestar tanto?

—Toma! Habeis traído por ventura almuerzo en el coche?

—Mirad allá abajo, al centro de ese ameno bosquecillo, dijo Mr. de Jussieu se-

ñalando con la mano el punto del horizonte que queria designar.

Rousseau se levantó de puntillas y colocó su mano delante de los ojos para que le sirviese de pantalla; en seguida respondió:

—Nada veo.

—Cómo! No distinguís una casita rústica?

—No.

—Que tiene una veletilla que le sirve de cataviento y paredes de paja blanca y encarnada? En una palabra, una especie de choza....

—Sí, sí, me parece.... en efecto, una casita nueva.

—Eso es, un Kiosko.

—Y qué tenemos?

—Que en él vamos á encontrar el modesto refrijerio que os prometí el otro dia.

—Perfectamente, dijo Rousseau. Teneis ganas de almorzar, Jilberto?

Este que habia permanecido indiferente al anterior diálogo, entreteniéndose maquinalmente en arrancar florecillas de los matorrales, contestó de pronto:

—Como gustéis.

—Adelante pues, señores, ya que al mismo tiempo podemos herborizar andando.

—Oh! Vuestro sobrino, observó Rousseau, es un naturalista mas ardiente que vos: he herborizado con él en el bosque de Montmorency, y las horas trascurrían tanto para él como para mí agradablemente: observa bien, coje con acierto y esplica con mucho tino y con precision metódica.

—Eso consiste en que es jóven y necesita adquirir reputacion.

—No cuenta con la de vuestro nombre? Ah, compañero, compañero! Herborizais hoy como un simple aficionado.

—Vamos, señor filósofo, no nos enfademos; ahí teneis casi á vuestros pies el hermosísimo *Plántago Monanthos*. Contais con otro igual en el bosque de Montmorency?

—No á fé mia, exclamó Rousseau lleno de júbilo, pues le he buscado mil veces inútilmente bajo la garantía de Tournefort. Oh! Este es magnífico.

—Bellísimo pabellon! dijo al mismo

tiempo Jilberto que habia pasado de la retaguardia á la vanguardia.

—Jilberto tiene hambre, respondió Mr. de Jussieu.

—Perdonad, caballero; puedo esperar hasta que deis fin á vuestra tarea.

—Y hareis bien, pues el herborizar despues de comer algo, no es muy saludable para la dijestion, prescindiendo de que la vista se cansa pronto en la eleccion de las plantas y cuesta mas trabajo el bajarse para cojerlas.

—Herborizemos, pues, un rato, dijo Rousseau, pero qué nombre tiene ese pabellon?

—*La Ratonera*, contestó Mr. de Jussieu acordándose del nombre inventado por Mr. de Sartines.

—Es bastante singular!

—Ya sabeis que en el campo todos son caprichos.

—A quién pertenecen estas tierras y estos bosques?

—Lo ignoro.

—Sin embargo, debeis conocer al propietario, supuesto que disponeis en su casa,

observó Rousseau manifestando alguna sospecha.

—Nada de eso, ó mejor dicho, conozco en estos contornos á todo el mundo: los guarda-bosques, que me ven continuamente recorriendo los cotos y que no ignoran, ó al menos creen que agradan á sus amos cuando me ofrecen una liebre guisada ó un salmorejo de chochas, me dejan hacer lo que se me antoja. No sé positivamente si este pabellon pertenece á Mme. de Mirepoix ó á Mme. de Egmont, ó á otra señora cualquiera, porque lo principal, mi querido filósofo, y creo que pronto pensareis como yo, es que en él encontraremos pan, frutas y empanadas.

El acento sencillo y natural con que Mr. de Jussieu pronunció estas palabras, disipó las nubes que empezaban á amontonarse en la frente de Rousseau. El filósofo sacudió el polvo de sus zapatos, se frotó las manos con el pañuelo, y Mr. de Jussieu entró sin vacilar en el musgoso sendero que á la sombra de los castaños conducia al pintoresco Kíesko.

Siguióle Rousseau lentamente y sin de-

jar de examinar el terreno que á sus pies descubria, y por último, Jilberto que habia vuelto á ocupar su puesto, cerraba la marcha soñando con Andrea y con los medios de verla cuando fuese á vivir á Trianon.

## CAPÍTULO IX.

### **La ratonera de los filósofos.**

En la meseta de la colina que no sin trabajo llegaron á alcanzar nuestros tres botánicos, se elevaba un pequeño edificio de madera, cercado de nudosas columnas, cuyas paredes remataban en punta, y cuyas ventanas aparecian tapizadas de enredaderas y de clematidas, verdaderas importaciones de la arquitectura inglesa, ó mas bien de los jardineros ingleses, los cuales pretenden imitar á la naturaleza, ó por mejor decir, inventan una naturaleza á su gusto, circunstancia que proporciona cierta orijinalidad á sus creaciones moviliarias y á sus caprichos vegetales.

Los ingleses han inventado las rosas

azules, y su mayor ambicion ha consistido siempre en la mas pronunciada antitesis de todas las ideas recibidas. Algun dia nos presentarán azucenas negras.

Aquel pabellon, bastante espacioso para contener una mesa y seis sillas, estaba enlosado de ladrillos cuadrados cubiertos de finísima estera. En cuanto á las paredes eran de mosaicos de piedras que habia proporcionado el ribazo del próximo rio y de conchas marinas, porque las playas de Bougival y de Port-Marly no ofrecian á la vista del que visitaba sus bellezas las conchas de Saint-Jacques, ni las nacaradas que solo se encuentran en Harfleur, en Dieppe ó en los arrecifes de Sainte-Adresse.

El techo era de relieve. Piñas, cepas de forma particular que imitaban los mas repugnantes perfiles de varios faunos ó de diversos animales silvestres, aparecian como suspendidos sobre las cabezas de los que entraban en aquel recinto: veianse ademas, al través de los vidrios de colores, ya se mirase por uno de color de violeta, ó encarnado, ó azul, á un lado la

llanura y el bosque de Vesinet envueltos entre tempestuosas nubes, al otro resplandecientes con el aliento abrasador del sol de agosto, y en distinta direccion frios y mustios, como si se hallasen bajo la terrible influencia de una helada del mes de diciembre. Solo se trataba de elejir el vidrio conveniente, es decir, de contentar el deseo y de examinar el horizonte.

Aquel espectáculo entretuvo muchísimo á Jilberto, que observó por todas partes el rico panorama que se descubre desde la cumbre de la colina de Luciennes, en cuyo centro serpentea el Sena.

Otro espectáculo no menos interesante, al menos así lo juzgaba Mr. de Jussieu, era el precioso almuerzo que presentaba la mesa de madera, imitando la piedra, que se veía colocada en medio del pabellon.

Crema exquisita de Marly, sazonados albaricoques, ciruelas de Lucciennes, salchichas aplastadas y empanadas de Nanterre, humeantes en fuentes de porcelana, sin que hubiesen sido servidas por criado alguno; sabrosísimas fresas colocadas en un elegante canastillo adornado

con hojas de parra, manteca blanca como la nieve, fresca y apetitosa, pan moreno del que come el aldeano, y dorado y tierno como el que satisface el sibarítico gusto del habitante de la ciudad.... Hé aqui los preparativos que hicieron lanzar un grito de admiracion á Rousseau, filósofo como el que mas, pero gastrónomo franco, porque tenia el apetito tan vivo como modestas las inclinaciones.

—Qué locura! dijo á Mr. de Jussieu: el pan y las frutas pase, pues es cuanto necesitamos; y aun si me apurais mucho, debiamos á fuer de verdaderos botánicos y laboriosos exploradores comer el pan y las ciruelas, sin dejar de escarbar en el bosque y de poner á contribucion los ribazos. Ós acordais, Jilberto, de mi almuerzo de Plessis-Piquet, que tambien fue el vuestro?

—Oh! Si por cierto: recuerdo aquel pan y aquellas cerezas que tanto me gustaron.

—Así almuerzan los verdaderos amantes de la naturaleza.

—Querido maestro, repuso Mr. de

Jussieu, si traitais de censurar mi prodigalidad, haceis mal, pues este es en verdad un obsequio tan modesto....

—Cómo así, señor Lúculo! exclamó el filósofo. Despreciais vuestra mesa?

—La mia! no por cierto, respondió Jussieu.

—Pues entonces dónde estamos? añadió Rousseau con una sonrisa que á la vez espresaba empacho y buen humor. En alguna morada de encantadores?

—O de hechiceras, murmuró Mr. de Jussieu levantándose y dirijiendo una mirada hácia la puerta del pabellon.

—Hechiceras! gritó Rousseau con jovialidad. Oh! Dios las bendiga, ya que son tan hospitalarias. Por Dios, que tengo mucho apetito: ea, Jilberto, almorcemos.

Diciendo y haciendo cortó un respetable trozo de pan moreno, y pasó este y el cuchillo á su discípulo.

Y al paso que hincaba el diente en la miga compacta, escojió un par de ciruelas de las mas maduras.

Jilberto vacilaba aun.

—Vamos ¿qué haceis? le dijo Rous-

seau: nuestras hechiceras se ofenderían de vuestra cortedad si la notasen, y tal vez creerían que no os parece completo el des-ayuno que os presentan.

—O que es indigno de vuestro mérito, caballeros, articuló una voz argentina desde la entrada del pabellon, en la que se presentaron del brazo dos jóvenes hermosas, haciendo repetidas señas á Mr. de Jussieu para que moderase sus incesantes saludos.

Rousseau volvió la cabeza sin soltar de las manos el pedazo de pan y una de las dos ciruelas que habia cogido; vió aquellas dos diosas, ó al menos tales les parecieron por su juventud y belleza, y se quedó estupefacto, aunque tambien las saludó sobrecojido.

—¡Ah, señora condesa! exclamó Mr. de Jussieu. ¡Vos por aquí! ¡Qué sorpresa tan inesperada y agradable!

—Buenos dias, querido botánico, dijo una de las damas con gracia y familiaridad verdaderamente reales.

—Permitid que os presente á Mr. Rousseau, contestó Mr. de Jussieu apoderándose

la mano del filósofo que todavía no había soltado el pan moreno.

También Jilberto había visto y reconocido á las dos señoras: lo único que hacía era abrir los ojos desmesuradamente; estaba pálido como un muerto y examinaba la ventana del pabellon con la idea de precipitarse por ella.

—Buenos días, joven filósofo, le dijo la otra dama acariciándole la mejilla con sus rosados dedos.

Rousseau lo notó y comprendió todo el misterio; pero faltó poco para que le sofocase la cólera. Su discípulo conocía á las dos diosas y era conocido de ellas.

En cuanto á Jilberto, también estuvo á pique de caer privado de sentido.

—¿No habeis conocido á la señora condesa? preguntó Mr. de Jussieu á Rousseau.

—No, contestó este desconcertado, me parece que esta es la primera vez que...

—Es la señora condesa Dubarry, añadió Jussieu.

El filósofo hizo un movimiento como si hubiese pisado carbones encendidos.

—¡La señora condesa Dubarry! exclamó.

—Yo misma, caballero, dijo la dama con una gracia inesplicable; y me doy el parabien por haber recibido en una posesion mia y visto de cerca, á uno de los mas ilustres pensadores de esta época.

—¡La señora condesa Dubarry! repitió Rousseau sin conocer que su prolongada admiracion se convertia ya en una ofensa grave... ¡Ella! ¡Y sin duda este pabellon es suyo! ¡Y sin duda es ella la que me da hoy de almorzar!

—Lo habeis adivinado, mi querido filósofo; estas dos señoras, es decir, la señora condesa y su hermana, os obsequian, replicó Mr. de Jassieu que no las tenia todas consigo al observar aquel principio de tempestad.

—¡Su hermana que conoce á Jilberto!

—Con mucha intimidación, caballero, contestó la señorita Chon con aquella audacia que ni respetaba el mal humor de los reyes ni los arranques de los filósofos.

Jilberto se puso á descubrir por todas partes un agujero bastante grande para

ocultarse enteramente, porque los ojos de Rousseau brillaban de rabia y de despecho.

—¡Con mucha intimidad! repitió este último. ¡Jilberto conocia á esta señorita con mucha intimidad y yo nada sabia! ¡Conque se me estaba haciendo traicion! ¡Conque se burlaban de mí!

Chon y su hermana se miraron sonriéndose con malicia, y Mr. de Jussieu hizo pedazos una pieza de china que valia lo menos cuarenta luises.

Jilberto juntó las manos, ya para suplicar á Chon que callase, ya para pedir á Rousseau que le hablase con mas benignidad.

Pero sucedió precisamente lo contrario, pues Rousseau guardó silencio y Chon soltó la tarabilla.

—Si por cierto, dijo; Jilberto y yo somos conocidos antiguos, pues ha sido huésped mio. ¿No es verdad, joven? ¿No recuerdas los dulces de Luciennes y los de Versailles?

Este golpe colmó la medida; los dos brazos de Rousseau se estendieron como

impulsados por un resorte, retirándose en seguida con violencia.

—¡Ah! ¡Ah! exclamó mirando al jóven de soslayo. ¿Conque todo eso es cierto, desgraciado?

—¡Por Dios, Sr. Rousseau! murmuró Jilberto.

—¡Toma! Cualquiera diria que lloras porque mis manos te han acariciado, dijo Chon. Vamos, ya me figuraba yo que eras un ingrato.

—¡Señorita!... gritó Jilberto con voz suplicante.

—Joven, añadió la condesa Dubarry; vuelve á Luciennes en donde tendrás dulces y te espera Zamora, pues serás bien recibido aunque saliste de allí de un modo bastante singular.

—Gracias, señora, contestó con sequedad Jilberto; cuando salgo de algun sitio doy á entender que no me gusta.

—¿Y por qué habeis de rehusar los beneficios que se os ofrecen? replicó Rousseau amargamente: habeis saboreado el placer de las riquezas, mi querido Jilberto, y debeis volver á ellas.

—Pero cuando os juro...

—Vamos, vamos; yo no soy amigo de los que se arriman al sol que mas calienta.

—Señor Rousseau, veo que no me habeis entendido.

—Si tal.

—He huido de Luciennes, en donde me tenian encerrado.

—¡Falsedad! Ya conozco la malicia de los hombres.

—Pero si os he preferido, si os he aceptado por protector y por maestro....

—¡Hipocresía!

—Sin embargo, tened presente que si me tentase la codicia, aceptaria los ofrecimientos de estas señoras.

—Jilberto, se me puede engañar una vez, pero dos... nunca, sois libre y podeis ir á donde gustéis.

—¡A dónde, gran Dios! exclamó Jilberto abismado en su dolor, porque veia para siempre perdidas su ventana y su proximidad á Andrea, porque padecia horriblemente al ver que se le tenia por traidor y se desconocia su abnegacion y la larga lucha que sostenia contra la pereza

y los deseos de su edad, á los cuales habia vencido hasta allí con tanto denuedo.

—¡Oh! repuso Rousseau; por lo pronto os acoje esta señora, que es muy amable y bella.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! gritaba Jilberto mesándose los cabellos.

—Tranquilizaos, joven, le dijo Jussieu profundamente herido como hombre de mundo por el epigrama que Rousseau acababa de lanzar contra la condesa: se os cuidará bien, y se tratará de indemnizaros lo que hoy perdeis.

—Ya lo veis, añadió el filósofo irónicamente; Mr. de Jussieu un sábio, un admirador de la naturaleza, uno de vuestros cómplices, prosiguió haciendo una horrible mueca para reirse, os promete bienandanza y fortuna: podeis contar con ambas cosas porque Mr. de Jussieu es hombre de grande influencia.

Y diciendo estas palabras no pudo contenerse por mas tiempo: saludó á las damas y á Mr. de Jussieu al estilo de Orosma y sin mirar á Jilberto salió

trájicamente del pabellon.

—Jesus! Qué animal tan feo es un filósofo! dijo Chon con la mayor tranquilidad observando al jinebrino que bajaba ó mas bien huía por el sendero.

—Pedid lo que os acomode, dijo Mr. de Jussieu á Jilberto, que permanecia aun con el rostro entre las manos.

—Sí, sí, pedid, señor Jilberto, añadió la condesa sonriendo con la mayor amabilidad al discípulo abandonado.

Irguió este su pálida frente, separó los cabellos que el sudor y las lágrimas habian pegado á su cara, y respondió algo mas sosegado:

—Ya que se me ofrece un destino, deseo entrar en Trianon de ayudante jardinero.

Chon y la condesa se miraron y la primera posó su pequeñísimo pie sobre el de su hermana, haciéndola al mismo tiempo un guiño: la condesa indicó con un movimiento de cabeza que comprendia perfectamente lo que aquellas señas daban á entender:

—Puede hacerse eso, Mr. de Jussieu?

preguntó á este: ya veis que deseo dar gusto á este joven.

—Es cosa hecha, señora, pues me basta conocer vuestra voluntad, contestó el interpelado.

Jilberto se inclinó respetuosamente y puso la mano en su pecho para contener los latidos de su corazón que no podía contenerse de alegría después de haberse visto sumido en la mayor tristeza.

**FIN DEL TOMO VI.**













